



Antología

DE LA NOVÍSIMA

NARRATIVA BREVE
HISPANOAMERICANA

2006

Compilación: Unión Latina

Fundación Editorial



Prólogo: Ángel Gustavo Infante



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio
de la
Cultura



Antología

DE LA NOVÍSIMA
NARRATIVA BREVE
HISPANOAMERICANA
2006

Compilación: Unión Latina

Prólogo: Ángel Gustavo Infante

©Gabriela Arévalo Angulo, Rodrigo Blanco Calderón, Blas Enrique Brítez Santacruz, Bruno Cancio, Luis Chacón Ortiz, Ezequiel D'León Masís, Paola Esteban Castrillón, Ignacio Fritz, Carlos Gómez, Ulises Juárez Polanco, Alma Lilia Luna Castillo, Daniela Maestres, Lester Ojeda Nieves, Juan Pablo Roncone, Rodrigo Sepúlveda Stephens, Claudia Ulloa Donoso, Alejandro Javier Varela Suárez, Eglé Vera, Andrés Federico Wassington, Victor Wessex.

©“Una larga fila de hombres”: Monte Ávila Editores, 2005

©De esta edición: Fundación Editorial el perro y la rana, 2006

Av. Panteón, Foro Libertador, edif. Archivo General de la Nación, PB. Caracas
Venezuela 1010.

TELEFOS.: (58-0212) 5642469

FAX: (58-0212) 5641411

CORREO ELECTRÓNICO:

mcu@ministeriodelacultura.gob.ve

elperroylaranaediciones@gmail.com

DISEÑO DE PORTADA

Waleska Rodríguez

DEPÓSITO LEGAL

Lf 40220068003046

ISBN 980-396-270-1

Fundación Editorial



elperroylarana

Antología

DE LA NOVÍSIMA
NARRATIVA BREVE
HISPANOAMERICANA
2006

Compilación: Unión Latina

Prólogo: Ángel Gustavo Infante

Preliminar

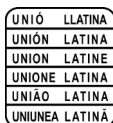
Existen muchas antologías de cuentos del mundo hispanohablante. Es éste además un género particularmente cultivado en lengua española y con gran resonancia mundial: citemos a Rulfo o a Borges como testigos. Pero con frecuencia los autores que leemos están ya consagrados o poseen cierto grado de notoriedad y han rebasado con creces sus primeros tratos con la palabra. Con esta *Antología de la Novísima Narrativa Breve Hispanoamericana* (2006) la Unión Latina busca ofrecer un panorama que se abre a la narrativa de quien se está iniciando: son todos autores menores de 27 años. Con ello deseamos abrir una percepción del mundo hispanohablante desde la particular narrativa de los jóvenes y darlos a conocer fuera de sus países. Salimos entonces, desde Madrid hasta Santiago de Chile, pasando por todas las otras latitudes, a buscar en talleres literarios, en revistas, en universidades, en internet, en todo sitio o institución susceptible de generar relatos. Al final recolectamos más de cien cuentos que pusimos en manos del jurado –constituido por Ángel Gustavo Infante (Instituto de Investigaciones Literarias de la Universidad

Central de Venezuela), Coral Pérez Gómez (Fundación Editorial el **perro** y la **rana**) y Carlos Leáñez Aristimuño (Unión Latina)-; el cual se dio a la delicada tarea de presentar una selección final, que hoy pueden ustedes apreciar en este volumen, y de otorgar el premio Unión Latina a la Novísima Narrativa Breve Hispanoamericana, ganado este año por Ignacio Fritz, de Chile, con el cuento “Camila Rochet”.

Desde un principio contamos con el generoso compromiso de la Dirección de Literatura del Consejo Nacional de la Cultura de Venezuela para lograr la edición de este libro. Hoy se concreta esta promesa, que agradecemos profundamente, a través de la Fundación Editorial el **perro** y la **rana** del Ministerio de la Cultura del mencionado país. La publicamos simultáneamente en nuestro ciber sitio www.unilat.org.

Estamos muy entusiasmados con la cosecha de relatos que hoy presentamos. Al hacerlo cumplimos nuestro primordial fin: afianzar la herencia latina estrechando los lazos entre los 39 Estados que hoy componen nuestra organización, la cual extiende sus acciones y oficinas a lo largo de África, América, Europa y Filipinas.

Bernardino Osio
Secretario General de la Unión Latina



Prólogo

Informe de Portero

9

Veinte del veintiuno

Al principio fue una pregunta y la duda hasta Dios hoy la comparte: díganme, por favor, si acaso ustedes lo saben, si ya estamos en el siglo XXI. Imagino que esto motivó la convocatoria realizada por la Unión Latina y el Ministerio de la Cultura a los jóvenes que superan el balbuceo, según el calendario, en la esquina de entresiglos. El resto no es silencio, no lo permite así el gentilicio hispanoparlante de este lado del mundo ni, mucho menos, la juventud, que por naturaleza y fortuna nunca sabe guardarlo. El resto es, más bien, dispensar una visita a esa tradición centrada en el empeño de redescubrirnos para sacudir los polvos del dominio y, a la vez, calibrar los alcances de nuestra ficción.

De la muestra obtenida sobre una población amplia y virtual (un conjunto de 102 relatos remitidos por correo electrónico desde los distintos países de América Latina) se puede inferir una respuesta para sintonizarnos con el tiempo o, quizá, para sincronizarnos. Lo advierto: al final no se sabe a cuál edad asistimos y no necesitamos una guerra como aquella que puso en marcha al siglo

XX para saberlo. Ahora es cuando podemos disfrutar del prefijo que todo lo post-erga, la comodidad de la etapa postmoderna –llegada a nuestras costas cuando los autores que tengo el gusto de presentar asistían a la escuela primaria– marca un *continuum* que nos permite confirmar la ineficacia de los discursos totalizadores desde perspectivas políticas o literarias, la rotación de los centros, la emergencia de las periferias y la incorporación de las voces subalternas.

Estos aspectos que prefiguran en los tempranos noventa el futuro imperfecto que hoy pisamos, circulan por el torrente semántico de unos cuentos que ya no tienen deudas ni con la magia ni con el testimonio, esa suerte de frutas exóticas tan demandadas por el *marketing* de otrora. Los signos identitarios son distintos, estos chicos están más acá de la estética del *País McOndo* (1996) y les importa más la autodefinición que el levantamiento de los rasgos colectivos, sin perder de vista el prefijo que los autoriza a no presentar perfiles comunes ni a retratarse en grupo.

Cada uno acudió al llamado como quien acude a una fiesta donde no conoce a nadie, tan sólo con la esperanza de divertirse tras el reconocimiento o la publicación. Al final la fiesta derivó en reunión y quienes elegimos a los veinte invitados sólo tratamos de cumplir la delicada tarea de ejercer el control de calidad sobre un catálogo heterogéneo e irregular, conscientes de que esta función de arbitrar el talento en el fondo se asemeja a la del vigilante o, en este caso, a la del portero.

Novísimos

Nacidos a partir de 1980 comparten la primera juventud y, en muchos casos, la condición de inéditos. Se hallan tan dispersos como globalizados en las capitales de sus respectivos países: unos pasan la vida metiendo sus deseos en el *iPod*, unas van del *cyber* al pre-despacho sin reparar en la temperatura de las birras, salen con alguien y rapean o pinchan discos y le sacan brillo al *piercing* hasta el éxtasis *Rave*; otros ya reconciliados con sus padres, o en vías de, almuerzan los domingos en familia, otras han concluido una

carrera y van del hazmerreír al paradigma, a veces pasan por la iglesia y salen con alguien que tiene nombre y apellido; unas y otros coinciden en el Chat, en la blogosfera y en las páginas inmortales que quizá comenzaron imitando; unos y otras frecuentan la pasión de escribir e insisten en contar sin pretender cambiar el curso de la historia ni intentar ganar el afecto ni ningún otro territorio distante.

Son los novísimos.

Y desde la piel de la ficción breve vienen a dar cuenta del tiempo que les ha tocado vivir. Sin orden y en concierto, con rock de fondo, son ellos: la mexicana Alma Lilia Luna, el puertorriqueño Lester Ojeda, la uruguaya Eglé Vera y sus vecinos Alejandro Javier Varela, Bruno Cancio y Victor Wessex, los venezolanos Rodrigo Blanco y Carlos Gómez acompañados por la compatriota Daniela Maestres, la peruana Claudia Ulloa, los chilenos Ignacio Fritz, Rodrigo Sepúlveda Stephens y Juan Pablo Roncone, la colombiana Paola Esteban, los nicaragüenses Ulises Juárez y Ezequiel D'León, la boliviana Gabriela Arévalo, el paraguayo Blas Enrique Brítez, el costarricense Luis Chacón y el argentino Andrés Federico Wassington.

Seis chicas y catorce chicos con promedio de un cuarto de siglo en su haber, cuyos nombres, más allá de la casa materna, suenan a seudónimos, cuando apenas comienzan a ser fastidiados con el calificativo de “promesas”; pero eso no importa y cada uno de ellos lo sabe. Lo que importa es lo que aportan, el producto imaginario actual, tan útil para divertir o divertirse como para saborear los giros de la lengua en la región y obtener una copia cercana a nuestras más recientes cicatrices culturales.

Tendencias

Este reporte ficcional de los últimos días baja de la eternidad temática las visiones individuales y cumple con la tradición de ofrecer una lectura novedosa. Un macrotexto que el lector irá confirmando con placer bajo los títulos respectivos, para entender las implicaciones transculturales del “salir con alguien” en las visitas parciales que se le hacen al viejo amor (*Café, Solo hasta el dolor*,

El sueño de todos); conocer los comercios del cuerpo (*Piantados, La delgadez perfecta, Una larga fila de hombres*); indagar en la simulación y la fabulación urbanas (*Actor, Cerdos*) o en las relaciones y reconstrucciones literarias (*Kafka y Brod, Souvenires de Guyana*). Del mismo modo podrá actualizarse en abandono paterno (*Gansos, Un rencor vivo, El Periódico, Carta de papá*), descifrar los códigos secretos de los paraísos artificiales (*Los tatuajes de Ernesto, Camila Rochet*) y, finalmente, seguir el curso del delirio y los sueños en el ámbito privado (*Iguanas rojas, Orquídea, Tranvía, La calle allá abajo*).

La tendencia es realista. La novedad es que la mimesis no recurre a la memoria con la frecuencia acostumbrada. Las excepciones vienen dadas desde los mundos posibles de los narradores que pasan la alcabala de Comala rumbo a una infancia sin figura paterna. No hay lecciones ni grandes tragedias. Estos autores se permiten algunas licencias poéticas; pero suelen saltar los pozos líricos y seguir contando. Asimismo no desconocen la historia; pero el reflejo político no está entre sus objetivos y, no obstante, dejan fiel relación de un contexto que hace rato trocó el comunismo en consumismo.

Unánime

De los veinte del veintiuno hubo que escoger uno y así se hizo en medio día de discusión que resumió un mes literal y literariamente intenso, durante el cual el trío de verdugos conformado por Carlos, Coral y yo (no se pierdan nuestras micro-biografías en algún lugar de este libro) advirtió la ausencia de españoles, elogió la calidad corporativa de chilenos y uruguayos, echó de menos a los cubanos, comentó la presencia de una sola mexicana y, después de un largo etcétera y cantidades industriales de café, ya en la mañana del juicio final, decidió por unanimidad otorgarle el premio a *Camila Rochet* y distinguir con sendas menciones a *El periódico* y a *Una larga fila de hombres*.

Los tres cuentos son muy buenos, tienen en común calidad narrativa y actualidad temática. Eso se agradece. El riesgo formal no conduce al experimentalismo vacuo. El ritmo reproduce con

autenticidad el tráfigo de los escenarios masificados cuyas improntas vienen dadas en el habla de sus personajes.

La transgresión juvenil montada sobre una plataforma estructural impecable en *Camila Rochet* viene de Santiago, “la ciudad más tóxica de América”, según Ignacio Fritz. El humor crítico pasa revista a la condición colonial cotidiana de La Isla del Encanto, en la lectura de *El periódico* que hace Lester Ojeda desde San Juan de Puerto Rico. Finalmente, la intertextualidad anima la ambigüedad sexual, subterránea como una de las excavadoras del Metro de Caracas, de un siquiatra forense en el afortunado texto de Rodrigo Blanco: *Una larga fila de hombres*.

Después de todo, esta representación de complejos culturales, conflictos sociales, desvíos síquicos o tragedias íntimas, quizá sirva para fijar los aires que en la región nos damos unos con otros y derive en aporte a la trillada identidad. Malo no es; pero yo prefiero el placer que brindan no sólo los cuentos reconocidos, sino todas estas historias que, por el lado estético, también nos ayudan a apreciar este tiempo que ya se va pareciendo al siglo XXI.

Ángel Gustavo Infante

Caracas, abril de 2006

Veredicto del jurado del Premio Unión Latina a la Novísima Narrativa Breve Hispanoamericana

Reunido en Caracas, en la sede del Instituto de Investigaciones Literarias de la Universidad Central de Venezuela el 3 de marzo de 2006, el jurado del Premio Unión Latina a la Novísima Narrativa Breve Hispanoamericana, integrado por Coral Pérez Gómez (Fundación Editorial el **perro** y la **rana**), Ángel Gustavo Infante (Instituto de Investigaciones Literarias de la Universidad Central de Venezuela) y Carlos Leáñez Aristimuño (Unión Latina), decidió otorgar el galardón al relato

Camila Rochet

de Ignacio Fritz, nacido en Chile en 1981, habida cuenta de su agilidad narrativa, su adecuado manejo de la oralidad y de la voz juvenil femenina, así como su acertada creación de una crisis personal llevada a la exacerbación, que nos interroga sin cesar sobre el escurridizo sentido en una modernidad hueca.

Decidió igualmente este jurado otorgar menciones especiales a los relatos

El Periódico

de Lester Ojeda, nacido en Puerto Rico en 1984 y

Una larga fila de hombres

de Rodrigo Blanco, nacido en Venezuela en 1981.

Carlos Leñéz Aristimuño

Representante

Unión Latina en Venezuela

Ángel Gustavo Infante

Instituto de Investigaciones Literarias

Universidad Central de Venezuela

Coral Pérez Gómez

Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

Ediciones del Ministerio de la Cultura

ANTÓLOGOS

17

Carlos Leáñez Aristimuño

Nacido en Caracas, Venezuela, en 1957. Diplomado en estudios universitarios generales de alemán por la Universidad de Nanterre, Francia. Abogado *summa cum laude* por la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas. Magister en Literatura Latinoamericana Contemporánea por la Universidad Simón Bolívar de Caracas. Conferencista, escritor de obras de ficción, de trabajos sobre teoría del cuento y de artículos de opinión. Desde 1994 se vincula a la Unión Latina, en particular a sus programas de promoción y enseñanza de las lenguas latinas y de terminología e industrias de la lengua. Desde 1999 se desempeña como profesor del Departamento de Idiomas de la Universidad Simón Bolívar de Caracas.

Ángel Gustavo Infante

Nacido en Caracas en 1959. Ha publicado el libro de cuentos *Cerrícolas* (tres ediciones: 1987, 1991, 2004), la novela *Yo soy la rumba* (1992) y *Primeros momentos del pasado crítico*

(2002), estudio sobre la formación de la crítica literaria en Venezuela. Entre los premios que ha recibido se encuentran el Fundarte de Narrativa (1986), Cuentos de *El Nacional* (1987), Bienal Latinoamericana “José Rafael Pocaterra” (Mención Narrativa) y Ateneo de Valencia (2004), por el libro de cuentos inédito *Una mujer por siempre jamás*, de pronta edición por Monte Ávila Editores Latinoamericana. Es Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela y Magíster en Literatura Latinoamericana Contemporánea por la Universidad Simón Bolívar de Caracas. Se desempeña como Docente-Investigador en el Instituto de Investigaciones Literarias de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela y dicta clases de literatura venezolana en la Escuela de Letras de la Universidad Católica Andrés Bello.

Coral Pérez Gómez

Nacida en La Habana, Cuba, en 1971. Ensayista e investigadora. Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela (2005). Actualmente coordina la *Colección Los ríos profundos*, de narrativa universal, en la Fundación Editorial el **perro** y la **rana**. Autora de la monografía “Lo emotivo lúcido” sobre la obra de Ida Gramcko, para la Colección Premios Nacionales Literarios de dicha editorial. Próximamente publicará, para la misma casa editora, “Relámpago extasiado entre dos noches” sobre Vicente Gerbasi, “Santiago Key Ayala: entre la historia y la pasión bibliográfica”, y en la revista del Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV el ensayo “La logografía de Simón Rodríguez”.

Iguanas Rojas

Gabriela Arévalo Angulo

Bolivia

Anoche soñé y, cosa rara en mis noches, el sueño no tenía sentido. Soñé con pequeñas iguanas rojas trepando y arruinando los encajes de mis cortinas, mientras el ambiente que me rodeaba iba impregnando mis sentidos como sólo puede hacerlo el aroma y el sonido del mar. Un sueño corto, repetido varias veces, una tras cada breve vigilia. Ahora, mientras desayuno, me distraigo del sabor del café para tratar de encontrar los motivos de tan singular acontecimiento. No soy de las que buscan en los sueños mensajes de mi inconsciente, mucho menos supongo en ellos premoniciones. Lejos está de mí exigir significados a mi actividad onírica, peor aún, permitir que ésta dirija mi presente. Lo mío es otra cosa, por eso me preocupé.

Quiero dejarlo claro.

El hecho es que llevo una vida calmada, meticulosamente estructurada. Una rutina. Son ya ocho años (sin contar mi infancia, adolescencia y juventud, todas, por cierto, caóticas) en los que aprendí y me hice maestra en el establecer una vida tranquila, precisa en sus detalles, sin complicaciones. Me dedico a las artes plásticas y de ello vivo. Nada de bohemia o desorden. Disciplina en todas las áreas de mi vida. Alguna vez leí esta frase en un cuento: “alguien que vive bellamente lo ha dispuesto todo como una reiteración visible de su alma”. Me encantó y me propuse hacerla mía. Puedo decir que lo he logrado. Hay precisión y rituales. Sonidos y colores armonizan perfectamente. En las habitaciones de mi departamento, sus muebles y enseres han sido minuciosamente pensados, casi todos con fines prácticos.

Nada de lo mío altera su orden. Son días y noches de perfecto balance.

Camila Berríos, 29 años, artista plástica. Sé de ella desde varios años atrás. Algo excéntrica y disciplinada, mejor dicho, obsesiva con sus hábitos. Conozco de memoria su rutina, a fuerza de observarla y seguirla. Cuestión de pocos días. La idea es sorprenderla en su taller y cobrar algo que me debe desde hace mucho. Desde que, tras conocernos, me utilizó y me dejó. El tiempo ha pasado, no vale la pena recordar. Saldrá de su departamento poco después de las 8:30, caminará hasta su taller y esperará que el reloj,

cualquier reloj, supongo, dé las nueve en punto para comenzar a pintar. Primero pinta el óleo. Es algo que hace desde que era estudiante de la academia. Me lo contó hace mucho, pero estoy segura que el paso del tiempo no ha cambiado el primero de los muchos hábitos que desarrollaría después. Hay cosas que el tiempo no cambia; mis deseos, por ejemplo. En las mañanas pinta al óleo. Durante tres horas. Luego, con el ruido de los primeros escolares que salen de sus colegios, abrirá los grandes ventanales del taller y se asomará por un instante al balcón. Supongo que quiere ventilar los ambientes por el olor de la trementina y el agua ras. Así sabré que el primer periodo de su trabajo ha terminado. Entrar a su taller tampoco será difícil. Mientras los ventanales están abiertos, baja a la calle, deja la puerta entreabierta, cruza la acera y entra a un almacén. Generalmente compra galletas saladas. Galletas y café, ése es su almuerzo. Yo aprovecharé ese instante para entrar y esconderme en un cuarto al que convirtió en biblioteca. Allí va luego de que se pone el sol. Allí la estaré esperando.

22

Las 8:30. Cosa rara: no terminé mis huevos revueltos. Ni modo; ya están fríos. Otra variante dentro de mi cotidianeidad. Espero que no vengan más, espero que lo de mi sueño no sea el primero de muchos cambios, de pequeños cambios infinitos o de un cambio radical y total. Mejor voy a trabajar. Mi taller está en el segundo piso de una deteriorada casa colonial y queda a pocas cuadras del departamento. Cinco, para ser precisos. Conozco de memoria el recorrido, de modo que sé muy bien el tiempo que me toma llegar y sé también de lo que mis vecinos y los que viven por mi rumbo hacen. Ellos se dan cuenta si están a tiempo o retrasados con sólo verme pasar; los que salen al trabajo, los niños que corren al colegio, los que llegan a sus negocios, los que no hacen sino salir a sus puertas para recibir algo de sol. El repartidor de pan me lo dijo un día. Si cuando doblo la esquina usted ya está abriendo la puerta de entrada a su taller, sé que demoré demasiado en algún lugar. Eso dijo. Yo ni me daba cuenta. Como le pasaba a Kant, pensé, sintiéndome importante. Al entrar al taller, me encanta abrir la puerta y recibir de lleno la luz del sol entrando por los grandes ventanales. La luz es el más valioso instrumento en mis

obras. La luz y la soledad. Mi taller es un departamento de cuatro habitaciones: cocina, un pequeño baño, un dormitorio que hace las veces de biblioteca y el salón principal, un ambiente oscuro, frío y de tímido decorado que remodelé para adecuarlo a mis necesidades. Ahora tiene forma rectangular, las paredes son todas blancas, el piso es de cerámica, todo blanco también, lo que me permite la diaria sugestión de ser una diosa creando a partir de la nada. De la pared de uno de los lados más largos cuelgan lienzos de distintos tamaños, también blancos, esperando mi toque. Del otro lado, grandes ventanales (ya los mencioné anteriormente) permiten que la luz inunde de calor y claridad mi trabajo matutino. En uno de los lados más estrechos se acomodan pinceles, óleos y disolventes, en el otro lado coloco los papeles y carboncillos para los bocetos. Aquí, en el centro de la habitación, me coloco al dar las nueve en punto y doy inicio a un nuevo proceso creativo. Para este momento sirven todos los hábitos y su asfixiante rutina. Sólo para este tiempo están reservadas las sorpresas. Sólo en este lugar doy la bienvenida a lo novedoso. Aquí es donde los colores se combinan dando lugar a matices no imaginados anteriormente, los trazos de mis pinceles adquieren espontaneidad, soltura, libertad de expresar eso que de verdad soy: la fantasiosa, la apasionada y confundida pintora. No hay miedo ni hay complejos cuando pinto. He aprendido a captar lo que hay dentro de mí y expresarlo con evidente sinceridad en cada uno de mis cuadros. No en vano alaban los críticos mi obra. No en vano mis trabajos se cotizan entre los más caros.

Tiembla de miedo, Frida Kahlo.

Pero hoy, aquel sueño sin sentido acapara todo. Pequeñas iguanas rojas trepadas en blancas cortinas de encaje. Y yo prendiendo fuego. No puedo pintar. Las iguanas no me dejan pintar. Solo me traen recuerdos. Mientras busco mis lápices sanguina, el sonido y el aroma del mar aclaran las cosas. ¿Isabel? Una iguana. Una relación lésbica con una playa como escenario. Otra iguana. Ella era una chiquilla perdida, decía que buscaba amor, en realidad estaba buscando mamá. Se equivocó de persona, yo me equivoqué de actitud. Ya van nueve iguanas. Me dio algo de pena dejarla,

pero no tenía de otra. Qué será de ella ahora. Mediodía. Asomada al balcón veo a los colegiales retornar a sus casas. ¿Por qué abrí los ventanales? Hoy no he pintado con óleos; no hay olores tóxicos que eliminar. Tengo una idea: me lavaré las manos, ordenaré mis bocetos e iré por unos cigarrillos. Es un buen día para comenzar a fumar. Es un buen día para algunos cambios.

Ni bien entró al almacén, me apresuré para ingresar en la vieja casa y subir a su taller. Ella tardará por lo menos unos tres minutos en volver. La cafetera está funcionando, supongo que tomará por lo menos tres tazas. Voy directamente a la biblioteca. Al fondo, desde el cuarto en el que pinta, se escucha música a todo volumen. Siempre pinta con música; hoy, su último día, está escuchando estridencias en inglés. Hay un fuerte olor a parafina. Se nota que pinta mucho. Coloco mi estuche de cuchillos al borde de una repisa. Creo que ya sé en qué gasta su dinero: libros, libros, más libros. Mi espera no será aburrida. Ella me inició en el gusto por la buena literatura, me regalaba excelentes novelas y lo mejor de la poesía en español. Es lo único de lo que le estoy agradecida. Alrededor de mí, tres paredes cubiertas de libros. ¿Qué leeré? Encuentro las obras completas de Pizarnik y me acomodo en la esquina más oculta de la habitación. Van unas cuantas páginas de mi lectura cuando me doy cuenta de que tarda en llegar. Siento frío y miedo. Desde el taller escucho una canción extraña, seductora. Tardo unos momentos en atreverme a salir. Ni rastros de la pinche pintora. ¿No habrá encontrado la marca de galletas que le gusta? No ha subido, eso es seguro. Me aventuro al taller, quiero ver sus últimos trabajos, hasta podría llevarme uno como recuerdo. El sonido de la música oprime mis oídos, pero mucho más impactante es lo que veo: unas enormes paredes blancas todas llenas de iguanas pintadas en color rojo sangre. No puedo moverme. Siento que se me corta la respiración mientras parece que el cuarto gira alrededor de mí. En la pared frente a los ventanales puedo leer: “Hola, Isabelita. ¿Te gusta mi taller?”. Quiero salir corriendo pero no puedo, hay fuego en la entrada. Grito al ver que el fuego se expande rápidamente por el piso, por las cortinas y grito al verla, a la entrada de la biblioteca, lejos de mi alcance.

No pensé que llegaría hoy, pero valió la pena anticiparme. Por eso derramé la parafina alrededor del piso y sobre las cortinas. Espero que los bomberos lleguen antes de que el fuego alcance la biblioteca. Sería una pena que además de perder mi taller, pierda los libros. Aún no sé qué le diré a la policía cuando me pregunten por el olor a carne chamuscada. Creo que me haré a la tonta: tal vez alguien vio la puerta abierta, ingresó al taller y derramó alguno de mis disolventes por accidente. Alguien que fumaba, supongo. Eso provocó el incendio. No me complico la vida si me creen o no. Los gritos de Isabel no me dejan pensar. La muy pendeja. Otra vez tratando de hacer las cosas a su tonta manera. Claro que me duele ver mi taller en llamas, pero aquel sueño sin sentido me invita a un nuevo comienzo. Quién sabe: puedo dejar atrás todo esto y hacer cosas nuevas. Me encantaría vivir en algún pueblito europeo, coleccionando libros finos. O dedicarme al rescate de animales en peligro de extinción. Cualquier cosa me es atractiva ahora. Me alejo del fuego y los gritos decidida a decir adiós al arte, a mi rutina precisa, a mi departamento perfecto, a todos estos años y comenzar de nuevo, desde cero.

Ni que fuera tan difícil.

Una larga fila de hombres

Rodrigo Blanco Calderón

Venezuela

*Hay que ser muy macho para hacerse
coger por un macho, decía el Gaucho Dorda.*

RICARDO PIGLIA

Miguel Ardiles, psiquiatra forense, mira el reloj del carro para comprobar que, efectivamente, sale a buena hora. Siempre puntual, hombre brillante y reconocido en su trabajo, todavía joven (apenas cuarenta y un años), ese día despierta con inquietantes dudas acerca de su virilidad. No son dudas, corrige mentalmente, son elementales preguntas que cualquier hombre puede hacerse sobre su propia sexualidad. Al pensar o nombrar la palabra “sexualidad” se le ha venido a la mente (sin saber cómo ni por qué) la imagen de un pene enorme, erecto y amenazador. Aturdido por la repentina imagen, no se percata de que el semáforo está en rojo y tiene que frenar bruscamente. El conductor de adelante saca el brazo para hacer visible su enfado y, cuando cambia la luz, le grita: *¡ponte las pilas, maricón!* Miguel está más aturdido aún, pero logra llegar a su trabajo sin mayores contratiempos. Estaciona el carro, se baja y la brisa de la mañana le sienta bien. El rostro se le recompone y asume los rasgos y el color de todos los días; ese rostro que encara violadores, asesinos, traficantes, filicidas; ese rostro, el único frente al cual lo más sórdido y asqueroso de Caracas busca aparentar amabilidad, inocencia o locura. Al lado del pequeño edificio de la Medicatura Forense (tres pisos nada más) están las instalaciones de la escuela de policía científica. En la plaza que hay que atravesar para entrar, un grupo de estudiantes-soldados forma filas frente a uno de sus superiores y luego hace honor a la bandera. Como todos los días desde que trabaja ahí, Miguel observa la pequeña antorcha erigida en el centro de la plaza, que siempre está encendida, y trata de adivinar qué macabra esperanza representa. Se desentiende de la escena y camina hacia la entrada de la Medicatura. Pone un pie en el primer escalón de mármol y la primera ráfaga de aire putrefacto lo termina de despertar. Inmediatamente le viene a la memoria un verso de un poema de Borges, *La conjunción del mármol y la flor*, y enseguida piensa que hubiese sido mejor estudiar Letras. Es lunes en la

mañana y los muertos típicos del fin de semana caraqueño se acumulan en los depósitos de la morgue. Desde ahí, a sólo diez o quince metros de la Medicatura, los cadáveres emanan su señal explícita y a la vez sutil, para que los reconozcan y los entierren. En el pequeño muro que divide el estacionamiento de la entrada, una señora de unos sesenta años atiende su improvisado puesto de comida. Empanadas, arepas y el cafecito de las mañanas. Miguel Ardiles termina de subir los escalones y se detiene a observar a un grupo de muchachos y muchachas que esperan, esposados, dentro de una patrulla. Se oyen risas que salen de la patrulla.

—¿Y éstos quiénes son? —pregunta Miguel a uno de los porteros.

—Unos hijitos de papá... Heroína —responde el portero.

—¿Qué edad tienen?

—Son unos carajitos, mi *dóctor*. Sólo uno es mayor de edad.

Miguel se despide del portero, sube las escaleras que llevan al primer piso. Moviendo lentamente la cabeza se dice a sí mismo: *esta ciudad se jodió*. Abre la puerta, saluda a las secretarias. Una de ellas le comenta a otra sobre la primera comunión de una de sus hijas. Miguel hoy no está como para sentarse a hablar con nadie. Tiene una preocupación. Tiene dudas. No tarda un segundo en volver a corregir, no son dudas ni preocupaciones, son simplemente preguntas, “ideas”, eso es, ideas (le gusta esa palabra) que le han surgido a partir de la lectura de esa novela. Se apresura y se sirve un café, afortunadamente todavía no ha llegado ningún caso. Saca la novela y se encierra con ella en su oficina. *Plata quemada*, buen título, piensa Miguel. La portada del libro es una foto de una escena de la versión cinematográfica. Tres hombres musculosos pero delgados, en camiseta, con las pistolas en mano y a punto de acabar con todo. De fondo, el horizonte dominado por una gran llama de fuego que resalta el atractivo de esos cuerpos sudorosos (¿atractivo? ¿sudorosos? Sí. Eso no significa nada, se tranquiliza Miguel a sí mismo). Esos tres hombres son: el Gaucho Dorda, el Nene Brignone y el Cuervo Mereles. Los tres peores y más maravillosos criminales de Argentina. Unos héroes de verdad. Lo más impresionante es que los dos primeros, el Gaucho y el Nene, son

homosexuales. Y hasta pareja. Y sin embargo, son tan varones, tan machos, piensa Miguel. ¿Habría que decir “sin embargo” o “por eso mismo”? ¿No sería más bien “a causa de” que son homosexuales es que son tan machos? Miguel no sabe qué pensar, duda. Corrige, él no duda, él se pregunta, que es algo muy diferente. Pues Miguel Ardiles, psiquiatra forense, está bien claro y definido: él es un hombre y le gustan las mujeres. Lo que más le confunde es una frase que leyó ayer en la noche antes de acostarse. Miguel no recuerda si la dice el Gaucho o el Nene, o si la dice el narrador, pero lo cierto es que la frase ha quedado resonando en su mente, inquietándolo por su posible verdad. Sí, la novela es bárbara, piensa Miguel, este Piglia es impresionante. Luego hace una rápida reflexión de sus lecturas de Piglia y se pregunta si este escritor será homosexual. Horas más tarde en la noche de ese día, en el bar El muñeco de Sabana Grande, Diana le aclarará que no, que no es homosexual. Según vi en Internet, Piglia vive con su mujer, sólo que ahora no recuerdo su nombre ni qué hace. Diana le responderá eso a Miguel momentos antes de que el hombre de traje gris y ojos grises lo mire fijamente. Pero en este momento, en sus reflexiones de oficina, Miguel piensa que tal vez Ricardo Piglia sea homosexual, ¿por qué no?, *Plata quemada* gira en torno a ese romance épico, tierno y brutal al mismo tiempo, entre dos hombres: el Gaucho Dorda y el Nene Brignone. El relato “El laucha Benítez cantaba boleros” también es una historia homosexual y, por otro lado, en *Respiración artificial* si bien es cierto que no hay ninguna aventura entre hombres, también es cierto que no aparece prácticamente ninguna mujer.

Pero a fin de cuentas, ¿qué es lo que había desencadenado todo este cuestionamiento? Sabía que había sido al leer aquella frase. Sí, al leerla se sintió interpelado como si el narrador le hubiese mirado a los ojos, a él, a Miguel, y sin consideraciones de ningún tipo le hubiese soltado aquellas palabras. Con inusitada energía (sólo mental, abstracta, por supuesto) Miguel decide encarar el problema y enfrentarlo desde la raíz. Relee la frase y comienza a analizarla, a mirarla a los ojos, sin interponer excusas o correcciones mentales. Siguiéndola al pie de la letra, la frase

parece indicar que la hombría radica en el acto valiente que hace un hombre al dejarse coger por otro. Pero Miguel desecha, al menos en parte, esta interpretación. Es demasiado literal. Ahora intenta ir más allá del choque inicial que genera la frase y piensa que si el narrador de *Plata quemada* afirma que hay que ser muy macho para dejarse coger por un hombre es por el dolor que semejante acción conlleva. Un dolor muy específico, añade después Miguel. Con implicaciones distintas de cualquier otro dolor, un dolor que invade cuerpo y espíritu, que se debe pegar al alma como una afrenta, como un remordimiento, especula Miguel. Se siente tranquilo con esta interpretación o, por lo menos, no está angustiado. Pero esta débil película de tranquilidad que hay en su rostro se rompe frente a una nueva pregunta: ¿por qué entre tantas pruebas de hombría que ha visto en el mundo –sacerdotes chinos que se flagelan durante horas, domadores de leones, surfistas cabalgando olas de treinta metros– le llama la atención, precisamente, ésta? Porque le parece verdadera, piensa sin darse cuenta. Las otras son de la piel para afuera y cicatrizan. En cambio con esta singular prueba no se puede predecir nada. Y Miguel sabe que es superficial medir la hombría en términos de pruebas, pero sabe también que él no puede medirla de otra forma. Finalmente, a sus cuarenta y un años, admite que siempre ha sido un cobarde o, por lo menos, así se ha sentido, que es lo mismo.

32

Recuerda sus relaciones de pareja que jamás han durado más de ocho meses y una semana; las dos o tres peleas que ha evitado en su vida retirándose “elegantemente” para no discutir con idiotas, las muchas ocasiones en que ha preferido callar para no entrar en polémicas, etc. Miguel piensa en todo lo que disfrutaría Homero colocándole epítetos. Se acomoda en el sillón de cuero sintético, gira hasta quedar frente al pequeño espejo que cuelga de la pared izquierda y comienza el catálogo de epítetos: “Miguel el culillúo”; “Ardiles el de las bolas en corbata”; “Miguel el de los pies ligerísimos”. Suena el teléfono. Mira el reloj antes de contestar y se sorprende de que sean ya las once de la mañana. *Llevás dos horas pensando pavadas*, le dice Piglia, fantasea Miguel. Levanta el auricular y oye la voz de Gladis, una de las secretarías,

informándole que acaba de llegar un caso, el de las muchachas de Boconó. Miguel Ardiles, al escuchar a la secretaria, olvida todas sus divagaciones homoeróticas literarias y se concentra en su trabajo. Le contesta a Gladis:

—Diles que esperen un momento. Ya las atiendo.

Cuelga, trata de precisar el caso y a los pocos segundos recuerda su conversación de ayer con Omaira, la fiscal. Dos muchachas, una de quince y otra de dieciséis que han sido violadas desde hace tres o cuatro años por su padre. A él le corresponde hacer la evaluación psiquiátrica de estas muchachas y, seguramente, del violador, si el caso lo amerita. Son las once y quince de la mañana y Miguel dice a la secretaria que haga pasar a las jóvenes. En ese mismo instante, en distintos puntos de la ciudad y el país, otros hombres y mujeres hacen también su trabajo. Un cajero de banco confirma un número de cédula y paga un cheque, una estudiante de medicina en el Delta del Orinoco atiende una mordida de cochino de monte, un taxista discute con un señor el precio de una carrera y una mujer vende el periódico en un quiosco. Todos ellos, al igual que él, a las once y quince de la mañana, están cumpliendo con sus funciones. Desde una perspectiva general (laboral), Miguel hace un trabajo como cualquier otra persona. Pero Miguel trabaja con las vejaciones y atrocidades que sufren y cometen esas mismas personas después de su jornada diaria. Miguel se da cuenta de esto cada tres meses y, entonces, se desespera. La valentía también está en los actos cotidianos, se olvida de pensar Miguel.

Culmina la entrevista y las dos chicas se secan las lágrimas antes de salir. Miguel observa la hora y decide dejar el informe del caso para el día siguiente, pues ya son las doce y media y tiene hambre.

En su apartamento, Miguel deja transcurrir la tarde sin mayores preocupaciones. El Gaucho Dorda, el Nene Brignone y el Cuervo Mereles dejan a todos sus contactos esperando, se roban un auto y se largan con el dinero al Uruguay. Atraviesan el río, esa frontera líquida, y se ocultan en un apartamento donde, como leerá Miguel días después, se enfrentarán ellos tres contra un batallón de

policías. Aparte de la fuga de los ladrones y de la llamada de Diana, esa tarde no ha pasado más nada. Se ha citado con ella a las siete de la noche para ir a El Muñeco. Ese lugar es uno de los pocos residuos de sus primeros años universitarios. Va cada dos o tres años para comprobar que el bar no ha cambiado. A Diana también la ve una vez al año para comprobar lo mismo. Comprobación de lugar y persona que Diana hace también con él.

Miguel está en una de las salidas de la estación Sabana Grande, esperándola. Desde donde se encuentra puede ver la torre La Previsora: son las siete y tres minutos de la noche. Ha preferido venir en metro pues afuera de El Muñeco no es seguro estacionar el carro. Después tomará un taxi de regreso a casa, no ahí mismo en la avenida Casanova como tenía pensado, sino mucho más lejos, en otro punto de Caracas, frío y desolado pero de alguna manera conocido, como si ese mirador hubiese aguardado en silencio y a distancia por aquellas gotas de sangre. Voltea hacia la cueva de la estación y ve surgir a Diana como en cámara lenta, deshaciéndose de algún pensamiento para enfocarse en él. Miguel observa y agradece con un guiño a la escalera mecánica por ese efecto especial que llena de sentido y gracia lo que sería un simple ascenso. Diana se acerca y lo besa en la mejilla. Al abrazarlo, Miguel siente los senos de ella que lo presionan fuertemente (ricamente), ve el ceñido suéter azul y le pregunta:

—¿Y esas amigas?

—¿Te gustan, Mickey? Me las puse en diciembre —le responde Diana.

Aún impresionado comienza a caminar con ella hacia El Muñeco. Hablan, se preguntan cómo están. Echa una ojeada otra vez a su busto y recuerda cuando salían juntos hace cinco años. Piensa que, tal vez, ella termine esta noche en su casa. Lo emociona esa posibilidad tan oportuna. Pero ya antes de entrar al bar ella acaba con sus planes. Se tiene que ir a las once, pues mañana sale temprano a la playa con su novio, un brasilero, ahorita te cuento, Mickey. Miguel se desanima y tiene deseos de volver a casa; éste no ha sido un buen día. Tocan el timbre, el señor Ramón asoma su vieja cabeza por encima de la barra y al verlos presiona un botón y

se abre la reja. Entran y Miguel decide descargar su rabia con el pobre señor Ramón. Lo ve y mientras le da la mano, mentalmente, lo insulta. Una vez adentro observa el bar, ese viejo y sucio pasillo que se extiende unos quince metros y que en esa medida se va oscureciendo. El pasillo no tiene más de cinco metros de ancho. En el lado derecho hay tres mesitas pegadas a la pared; en el lado opuesto la barra, que siempre le ha recordado la película *Los intocables*. Se sientan al final de ésta, un tanto alejados de tres sujetos que están cerca de la entrada. Al rato, con ritmo artrítico, aparece la esposa (la hermana) del señor Ramón y ésta se salva también de leerle el pensamiento a Miguel.

—¿Cuánto tiempo llevarán casados? —pregunta Miguel, observando a la pareja de ancianos.

—¿Casados? ¿Quiénes? —responde Diana. Miguel señala discretamente al señor Ramón y a la señora. Diana pone cara de sorpresa, sonrío y dice:

—¡Pero si son hermanos! Coño Miguel, no pongas esa cara. ¿Me vas a decir que tienes tantos años viniendo para acá y no sabías eso?

A Miguel este descubrimiento lo tiene anonadado. Observa al señor Ramón y a su esposa (hermana, corrige mentalmente) y siente que poco a poco aquella imagen heroica y hermosa de una joven pareja que huye de la dictadura franquista y llega a Venezuela en medio de enormes dificultades para lograr, al fin, establecer un bar y permanecer juntos por siempre, se desvanece. Miguel ya no entiende nada. Pide otra ronda de cerveza y pregunta:

—Entonces... ¿es marico el señor Ramón?

—¡Dios mío, pero qué lengua! No, vale, al parecer su esposa murió un tiempo antes de que se fueran de España. No recuerdo si fue el mismo señor Ramón quien me lo contó o...

—Sabes...estoy leyendo *Plata quemada* —la interrumpe Miguel.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿No crees que Piglia sea también homosexual?

—Cómo que *también*. Ya te dije que el señor Ramón no es homosexual. En cuanto a Piglia, él tampoco. Yo también tuve mis

sospechas, pero el otro día vi en Internet... Miguel escucha la respuesta de Diana como si estuvieran separados por una enorme distancia. Su voz se pierde en el murmullo del bar, en los gestos bufonescos de un presentador en la televisión. Allá afuera, en la calle, se suma el ruido de la ciudad, de los carros, de la música a todo volumen, del paso apresurado de alguien que desaparece en una esquina. Y todo ese ruido, que es solamente el roce de las personas y las cosas, le parece el engaño estruendoso de un animal que lentamente se va comiendo a Caracas por dentro, desde las entrañas. Mañana Miguel leerá la primera página de *El Nacional*, cuyo titular reza: “*Milagros en Plaza Venezuela*”, refiriéndose a la excavadora de este nombre que ha culminado exitosamente su ingesta subterránea y a la extensión de las líneas del Metro, que está en camino. Sí, un engaño de un monstruo escondido que no lo deja escuchar a él ni a nadie el grito sofocado de una mujer tomada por sorpresa en una calle, una bala que atraviesa el parabrisas de un auto, atraída por la carne del desafortunado conductor, un animal cuyas patas son proporcionales al temor de las personas y que sólo deja ver sus huellas: la desolación de los rostros que Miguel ve todos los días.

36

Diana lo nota distraído pero no dice nada. Piden otra ronda de cervezas y ella le advierte que es la del estribo porque van a ser las once. Es en ese instante cuando Miguel dirige su vista hacia el otro extremo de la barra y se percató del hombre de traje gris y ojos grises que lo mira fijamente. Miguel, sin saber por qué, le sostiene la mirada. En ella hay un matiz de complicidad que, Miguel, sin saber por qué, avala con una ligera sonrisa. El hombre está solo en aquella esquina, los otros dos que lo acompañaban, cuando él y Diana entraron, ya se han ido. Es un hombre gordo, muy blanco, la frente constelada por el sudor. La camisa y el traje lo delatan como un típico y sombrío hombre de oficina. La forma de mirar también lo delata. Diana ve la hora y va a pedir la cuenta cuando Miguel la detiene:

—Yo me quedo un rato más.

Diana pone cara de extrañeza.

—¿Y vas a beber solo? Mira que ya estás medio borracho —le advierte Diana.

Miguel le dice que se toma una o dos más y después me voy a casa, no te preocupes. Diana guarda silencio y finalmente se despide. Miguel pide otra cerveza y al levantar la cara se da cuenta de que el otro hombre lo sigue mirando atentamente, como adivinándole el pensamiento. Él lo observa también unos segundos y voltea, pensando: *Gordo maricón*. Bebe toda la cerveza sin quitar los ojos de la pared de enfrente, como si quisiera memorizar el nombre de todas las botellas que hay en la barra. Sin embargo, siente la mirada del gordo, apuntándolo, como un arma escondida. Miguel comienza a sudar y entonces siente miedo. Lo sabe. Pero, ¿miedo de qué?, se pregunta. Yo podría darle una paliza al gordo si quisiera. A pesar de saber esto, sigue inquieto. Cual gotas de aceite, los sucesos del día comienzan a agruparse y mezclarse en esa agua sucia en la que se siente inmerso. La frase de Piglia que, cabalísticamente, está en la página 69; las dudas y preguntas que lo asaltaron esta mañana en su oficina; el miedo de ahora que parece confirmar lo que siempre ha pensado de sí mismo.

Pide otra cerveza y mientras la nube de espuma se posa sobre el sol líquido, se decide: lo va a hacer. Sólo que no halla cómo. El hombre gordo se lo facilita levantándose en ese instante del taburete y dirigiéndose al baño, que se encuentra al final del bar, a pocos metros de Miguel. Éste mantiene su posición, concentrado en su bebida y siente al gordo pasar. Oye el crujir de la puerta del baño al abrirse y volverse a cerrar. Miguel ve el televisor que está en una de las esquinas del techo al lado de la entrada. Están transmitiendo el noticiero, la sección deportiva. Miguel está tenso, emocionado y tenso. Se siente como cuando está por iniciar una conversación con una mujer atractiva y desconocida. Entonces le viene a la cabeza la imagen de siempre, la de estar entrando en una cueva oscura. Cierro que ahora estaba entrando de espaldas, pero bueno... eso reafirma la condición de *prueba* a lo que está por hacer. Sabe que tiene que vencer el miedo y tal vez el asco y seguir hasta el final. El gordo sale del baño, Miguel se gira un poco en su asiento y cuando ya el otro está por seguir de largo, comenta:

—¡Qué bolas el cambio de Ronaldo! ¿No?

El gordo voltea, raudo y veloz, y con una sonrisa que no le cabe en el rostro le contesta que sí, quién iba a pensarlo, Ronaldo

en el Madrid. Media hora más tarde Miguel Ardiles y Jorge Reyes (mucho gusto) se montan en el auto de este último y arrancan. Suben hasta la avenida Solano y se dirigen hacia la Plaza Venezuela. Conversan, ríen y Jorge le parece un tipo simpático. Miguel se siente una basura pero ya no puede hacer nada. En mitad de la conversación, y cuando ya enfilan hacia la autopista, Miguel propone ir a un mirador. Jorge lo mira sorprendido. Los colores de su rostro descienden tono a tono. Está pálido. Jorge balbucea algo como que no está acostumbrado a hacer esas cosas, que él había pensado en ir a otro bar, etc. Miguel, indetenible, sutilmente, lo convence. Ahora están en camino hacia uno de esos miradores de la cota mil donde la gente no va a mirar nada y donde ocurre buena parte de las grotescas historias que escucha Miguel en su oficina. Llegan y estacionan el carro. No hay nadie más. Por las ventanas entra el frío de la noche como la caricia de un muerto. Enfrente, tienen las luces de los rancheríos y los edificios de Caracas. Detrás, el Ávila que a esa hora es sólo una masa inmensa y negra, que dormita dándoles la espalda. Miguel quiere terminar con aquello de una vez. Baja del auto y espera a Jorge que parece dudar todavía. Éste desciende también y camina hasta donde lo espera Miguel y quedan frente a frente. Jorge le toma las manos y las acaricia. Miguel aguanta y lo deja hacer. Luego intenta darle un beso pero Miguel lo esquiva, no estoy para mariconadas, piensa Miguel. Se da vuelta y se baja los pantalones:

—Hay que apurarse —dice Miguel— este sitio es peligroso.

Jorge se acerca ya más confiado. Y en ese instante, cuando Miguel ve la ciudad allá abajo, comienza a escuchar un rumor creciente que al principio le cuesta identificar. Trata de concentrar la mirada en las luces y los edificios, pues sabe que el ruido proviene de allá. Oye cómo Jorge abre la bragueta de su pantalón y siente que un pánico terrible se apodera de él. Y a medida que su miedo va en aumento, el ruido también crece y ya lo reconoce. Puede ver al animal, al monstruo oculto devorando el interior de los edificios, acabando con personas y cosas, insaciable. Voltea y ve que Jorge termina de ponerse un condón. Miguel tiembla cada vez más y piensa que ya no tiene el control de la situación. El hombre gordo

y gris da un paso adelante y Miguel siente el contacto del pene entre sus nalgas. Miguel parece despertar y preguntarse qué carajo hace ahí, a esa hora y con ese tipo. El miedo se transforma en rabia, una rabia que surge al mismo compás del ruido, asumiendo idénticos visos de destrucción. En un segundo, se pone el pantalón y ya encara con mirada perdida y vesánica al hombre gordo. El hombre gordo observa a Miguel y se da cuenta de que algo ha cambiado en su rostro, y entonces parece despertar también y hacerse la misma pregunta. Esboza un gesto cariñoso, un último intento, pero Miguel ya no entiende razones. Los rasgos del hombre gordo se contraen de terror y Miguel lanza el primer puñetazo que aterriza, certero, en el pómulo derecho. Miguel golpea dos y tres veces más y el otro yace, ahora, en el piso, mareado, casi inconsciente. Tiene el rostro y la camisa manchada de sangre. El ruido cesa, la ciudad parece dormir satisfecha. Miguel sólo escucha un coro de grillos que entona su indescifrable tragedia y su propia respiración agitada. El gordo hace esfuerzos por despertar y ya Miguel es un manajo de nervios que sólo atina a huir, dejando abandonado a un hombre herido, al mejor estilo del Gaucho Dorda.

39

Miguel está en su casa pero no tiene idea de cómo llegó. Horas después recordará haber corrido por la autopista oscura y escapar luego por una curva en descenso que daba a la parte alta de La Florida. Recordará haber seguido corriendo calles abajo, con la vista nublada por las lágrimas, sintiendo que ningún ser humano merece estar en ese desierto nocturno. Finalmente se verá tomando un taxi, rehuyendo los ojos del taxista que ya está acostumbrado a la mirada esquiva de los fantasmas urbanos. Por lo pronto, está en su habitación. Mira el reloj. Son las dos de la mañana. Un repentino y absurdo alivio se posesiona de él, pues se da cuenta de que no es tan tarde como pensaba y que mañana podrá llegar a buena hora a su trabajo. Se echa sobre la cama y cae fulminado de cansancio.

Ya es otro día y el sol de verdad lava las culpas, pues nadie le recrimina nada a Miguel ni los hombres lo señalan al pasar. Miguel piensa que tal vez esas personas, el portero de la Medicatura, las

secretarias, la señora que vende comida, todos ellos, también han golpeado a alguien la noche anterior y lo han dejado a su suerte en un mirador. Con este pensamiento Miguel sube los escalones de mármol de la entrada y trata de recordar una frase de Camus, pero no puede precisarla. Es algo como: el día que todos los hombres sean declarados culpables, ese día habrá justicia, e inmediatamente vuelve a pensar, como todas las mañanas que, mejor, mil veces mejor, hubiese sido estudiar Letras. Sube al primer piso y sigue hasta su oficina. Al pasar saluda a las secretarias, intercambia unas palabras con Antonio, el jefe del departamento, y toma un periódico que está sobre uno de los escritorios. Se sienta, busca la página de deportes y trata de no pensar en la noche anterior. Tiene miedo de ver la página de sucesos, pero luego se tranquiliza a sí mismo diciendo que es imposible, todo sucedió hace apenas unas horas. Le aterroriza la posibilidad de que el hombre gordo todavía esté en el mirador, herido y desahuciado. Pero no lo golpeé tanto, se dice, no lo golpeé tanto. Se lo buscó por maricón, sigue pensando, sí, por maricón. El timbre del teléfono lo salva de sus pensamientos. Es Omaira, la fiscal:

—Hola Miguel, ¿cómo estás? ¿Sabías que el caso se cerró solo?

—¿Cuál caso? —tartamudea Miguel.

—Coño, el de las muchachas de Boconó. ¡Y tan bonito que me estaba quedando!

—¿Qué pasó? —pregunta Miguel.

—Yo no sé si el abogado lo asesoró mal. A lo mejor el tipo pensó que estaría veinte años en la cárcel y prefirió el camino el corto. Tú sabes cómo se ensañan los presos con los violadores y los sádicos. Segurito que se imaginó noches eternas con una larga fila de hombres rencorosos y salvajes, esperando cada uno su turno. Lo cierto es que apenas ayer en la mañana le llegó la citación y ya en la tarde estaba muerto. Se bebió un litro de ácido muriático. Qué cobarde, ¿no?

— ...

—¿Aló?

—Sí, sí —balbucea Miguel— todo un cobarde el tipo.

Intercambia otras palabras y cuelga. Miguel comienza a sudar frío y siente ganas de vomitar. Se ve en el espejo y en su rostro se notan las huellas del monstruo, una palidez repulsiva. Se levanta para irse y antes de salir echa una ojeada a la primera página del periódico y lee la noticia *Milagros en Plaza Venezuela*. Observa la foto de la gran excavadora que al fin toca luz y con espanto ve su reflejo en aquellos dientes metálicos, color sangre.

Un rencor vivo

Blas E. Brítez Santacruz

Paraguay

El día anterior lo había visto en un bar asunceno, los ojos inyectados de sangre, la mirada extraviada en algún rincón invisible de la sala, una botella de whisky vacía en el centro de la mesa. En medio de la sórdida noche de verano apuraba el vaso sin verme, apretado el cigarrillo entre los dedos de la otra mano, ciego a la hermética ironía del destino. El calor volvía gelatinoso el interior del bar, que tenía todas sus mesas ocupadas. La música tropical llenaba de euforia a los parroquianos. Sentado frente a la barra, en otra sala distinta a la que él ocupaba, yo lo miraba con desdén y recordaba el puño trémulo que tantas veces había aureolado de moretones los ojos de mamá, la cólera sin nombre de la que había que correr, esconderse. Hacía mucho tiempo que no lo veía en Asunción, pero seguía odiándolo secreta y calladamente, imaginándolo sufrir en su cuchitril guaireño, inventándolo aborrecible, con el rencor vivificante de los personajes de la tragedia clásica que no pueden vivir sin sus antagonistas, urdiendo una y otra vez los pormenores de la infamia que los arroja al desprecio. Sin embargo, no lo odiaba como para arrojarme sobre él y rebelarme ante su cuerpo. Mi rebelión era el locuaz lenguaje de la indiferencia ante todo su ser. Un lenguaje concentrado y ácido que me mantenía vivo.

45

A mi lado estaba Pablo, absorto en un intenso monólogo sobre la mujer que trabajaba de asistente en el consultorio odontológico que tenía en Luque. El barman lo miraba con interés, con una media sonrisa cómplice que parecía aprobar sus elucubraciones. Pablo no conocía al hombre solitario y borracho que dibujaba con el dedo misterios indescifrables en la mesa, mientras la música ponía a bailar a una mujer entre los machos lujuriosos que poblaban el bar, que soñaban habitar sus caderas aquella misma noche. Sin llegar a revelarle la identidad de aquel hombre precozmente calvo, vencido por la bebida y consumido por la soledad, lo convencí de que fuéramos a otro lugar, cansado yo del espectáculo de la cercanía y la lejanía ocupando un mismo recinto.

Ya sentados a la mesa de otro bar, el dolor de la muela volvió a torturarme como si del síntoma de una enfermedad metafísica se

tratara. Hacía varios días que el dolor me atacaba en los momentos menos propicios, si es que existen momentos propicios para el dolor. Pablo me dijo, casi balbuceando por el efecto del alcohol, que fuera al día siguiente bien temprano a su consultorio para que me curara el diente. Dos horas más tarde estaba de vuelta a casa, en Luque, esa ciudad que siempre reclamó por lo bajo, pero con dientes apretados, su simbólica independencia de la capital y acaso la haya conseguido. Pasada la media noche, sus calles desiertas parecían remitirme a otro tiempo, a un tiempo donde el dolor y la tristeza eran más sólidos y cubrían mi vida con un cono de sombra implacable. Aquella noche, la imagen del hombre en el bar era un pequeño tumor que no crecía pero que tampoco dejaba de amenazar con su serena malignidad. Antes de acostarme, la palabra “padre” resonaba en las ruinosas galerías de mi cerebro como un tornillo extraviado en las entrañas de un piano de John Cage.

Al otro día, me levanté a las ocho de la mañana. Los primeros compases de un concierto para piano y orquesta de Tchaikovsky sonaban arduos en el equipo de sonido, programado para despertarme. Aquella música triste me llegaba al oído como del fondo de un abismo tendido entre el sueño y la vigilia, me acechaba con el afán del arte más inasible de todos. La muela cariada comenzaba de nuevo su tarea de taladrar la vigilia, como lo había hecho la noche anterior y aun durante el sueño. El encuentro con la amarga porción de desgracia de mi historia también taladraba mi memoria, apenas despierta. Por la ventana entraban el aroma del jazmín, el canto unánime de los pájaros, el murmullo de una ciudad recién recobrada que pugnaba por abatir al piano lánguido del ruso. Otros sonidos llegaban desde el interior de la casa. La cerrada puerta de mi pieza no podía detener la fuerza de las voces de mamá y de Ignacio, que hablaban parados quizá frente a mi puerta. Él preguntó lo que quizá sabía de antemano y mamá respondió con su típica sorna matutina.

—¿A qué hora te vas a ir al supermercado?

—A las nueve, más o menos. Primero voy a ir a lo de mi hermana, a ver si me presta algo de plata. Sabés que no me alcanza con los bordados que vendo. Lo poco que me diste el mes pasado ya se convirtió en mierda. Más mierda tuya que mía, encima.

—¿Otra vez quejándote? Apenas despiertos y ya recriminándome porque no puedo darte más.

—No es una queja ni una recriminación, Ignacio, es un legítimo acto en defensa propia— dijo mamá con voz solemne pero pronto transformada en risa.

—Ah, sí. ¿Y eso te da el derecho de recordarme que me echaron del trabajo? Sabés lo mucho que me duele eso. Yo sólo preguntaba y vos como siempre respondés mal.

—Si no te gusta, entonces ponete a buscar trabajo en serio—dijo mamá, en un tono que mostraba las garras del reproche.

—¿Y por qué no le decís a tu hijo que trabaje, entonces? Con veintidós años imagino que le enseñaste a bordar por lo menos. O mejor: que venda en los colectivos esos cuentitos que escribe, según contás vos.

Era la frase preferida de Ignacio cuando buscaba matar dos pájaros de un tiro, fijar en sutiles anatemas a la madre consentida y al hijo haragán. Traté de escuchar lo que iba a responderle, pero se quedó repentinamente callada. Eso ocurría pocas veces. Casi siempre me defendía argumentando que su hijo sería un gran escritor y que no necesitaría trabajar como los demás para sobrevivir. Ignacio solía reírsele en la cara y mamá decía que ya vería cómo su hijo ganaría mucho dinero con sus novelas. Ella una vez encontró, cuando yo tenía diecisiete años, unos papeles en los que había escrito unos poemas. No recuerdo qué decían esos versos, pero los adivino torpes y triviales diez años después. Lo cierto es que mamá empezó a comprarme libros y a decir que yo sería escritor. Porque la verdad es que siempre quise serlo. Sin embargo, nunca abracé el oficio de la escritura como algo continuo, con la dinámica de un trabajo cuyas exigencias son diarias. Terminé escribiendo siempre para mí mismo borradores insomnes que no verían nunca la publicación. Por eso, entre lo que escribo y yo hay un grueso colchón que nos separa. Duermo sobre lo que escribo y no lo despierto más que para volver a dormirlo. De hecho, tardé cinco años en decidirme a relatar esta historia verídica, quizá un tanto simple o deliberadamente mínima, pero que fue tatuando mi memoria hasta el día en que la pluma halló acomodo entre mis

dedos, hasta el día de hoy. Cinco años desde aquel encuentro con el hombre y lo que ocurrió a la mañana siguiente. Y al final no hago otra cosa que contarme ficciones somnolientas mil veces contadas en la mente pero que no aciertan con encontrar su cifra definitiva.

Apenas me levanté, fui hasta el espejo del ropero y miré las marcas que habían dejado en mis mejillas las arrugas de la sábana. Las concebí hijas de una heroica pelea con algún asaltante furtivo. Jamás había sido asaltado y la posibilidad de serlo latía en mí como el acto de coraje de un cobarde. La escritura también, en este mismo momento, parece ser el acto de coraje de un cobarde. Toda escritura nace de la falla que hay entre la valentía y la cobardía.

48 Abrí la boca y en el espejo vi la muela con un agujero que se iba precipitando hacia la encía. Ya te calmarás, pensé, ya dejarás de dolerme. Tomé una remera, me la puse y salí al pasillo que, caminando hacia el fondo de la casa, daba a un jardín y al baño. La puerta de la habitación de mamá estaba abierta y adentro no había nadie. El jardín estaba teñido por el color amarillento de la luz de un sol recién parido, luz que de a poco fue alargando su cordón umbilical con la noche hasta llegar a cortarlo. Nunca comprendí por qué mamá, cuando aún tenía el dinero de la herencia de sus padres, no había mandado construir un baño dentro de la casa y mantenía el achacoso baño del fondo. Tener un baño interior es el acta de fundación de una casa en trance de convertirse a la modernidad. Nosotros persistíamos en ese inveterado rudimento arquitectónico que ignoraba las señas modernas de las casas vecinas, cuya rígida geometría contemporánea guiñaba un ojo a las columnas coloniales de la mía, mostrándole lo muy atrás que había quedado la época en que la gente admiraba su preciosa antigüedad. En cambio, a mí la casa me hacía sentir más vivo, porque tocaba la dilatada presencia de mi infancia en los días de mi juventud y aún en los de mi adultez.

Cuando volví del baño, ya con el pelo peinado, los ojos limpios, el aliento oloroso a dentífrico pero con la muela cariada y sus puntadas de dolor, me encontré con Ignacio en el pasillo. Caminaba hacia mí, sin mirarme, pero después percibió mis pasos, levantó la mirada y me dijo, dos metros antes de cruzarnos:

—Tu mamá se levantó con mala onda ya otra vez. A ver si hacés algo para calmarla.

—Qué bien —contesté sin mirarlo, indiferente, y me dirigí a la cocina. No me fue difícil conjeturar que mi irónica aprobación de la “mala onda” de mamá obligaría a pensar a Ignacio en la previsible certeza de que no encontraría un cómplice en un hijo que no era suyo.

Ella estaba sentada frente a la mesa del comedor y revolvía el café con una mano, el primer cigarrillo entre los dedos de la otra. Una sonrisa trazaba en su rostro una expresión de resignado triunfo. Sobre la mesa había un periódico viejo que leía con poco interés, como acostumbraba a hacerlo todas las mañanas para alivianar de alguna manera los estertores infectos de la cafeína y la nicotina. Yago, nuestro gato, de un salto se posó sobre las hojas del diario. Al tiempo de espantarlo con un manotazo, mamá vio que yo entraba a la cocina.

—¿Arriba tan temprano? —me preguntó, mientras dejaba caer la colilla del cigarrillo en el cenicero.

—Tengo que ir al dentista. Anoche no dormí bien. Además tuve un encuentro indeseado con una persona que ambos consideramos indeseable.

Los ojos de mamá comprendieron a quien me refería. Prefirió obviar el tema. No quería procurarse conflictos pretéritos y los evadió con esa manera tan femenina de hacer caso omiso a los problemas por comodidad, por legítima comodidad. Me preguntó cuánto dinero necesitaba para hacer la consulta.

—No sé. Quince mil, veinte mil por ahí. Lo más probable es que tenga que hacerme un tratamiento de conducto.

Yago volvió al ataque, olisqueando el café caliente de mamá. Otra vez lo echó al piso y el gato empezó a maullar.

—Te preparo el desayuno y después te doy la plata —me dijo.

De la sala venía el sordo clamor de Ignacio que hablaba por teléfono y nos golpeaba con el temblor de su voz. Lo imaginaba dando alocados golpes de mano contra el aire al ritmo de las palabras groseras que pronunciaba. Al escucharlo, mamá dijo que él hablaba como un loro todo el día pero que no tenía un solo guaraní

para pagar la cuenta a fin de mes. Llevábamos dos meses sin pagar las facturas. Ignacio se justificaba, me contó, diciendo que lo hacía para encontrar trabajo, llamando a cuanta empresa de transporte se le ocurriera para ver si no había vacancias en algún puesto de conductor. Con las incontables “puta” y “mierda” que salen de su boca no va a conseguir trabajo ni de caficho, me dijo. Desde hace dos meses que vivimos de milagro, del ahorro que guardo bajo el colchón de mi cama, concluyó mamá. Ambos ahorramos algo bajo el colchón de nuestras respectivas camas, pensé.

Tras desayunarme, me cambié y me dispuse a salir. Mamá puso veinte mil guaraníes en mi mano, mientras Ignacio caminaba alrededor nuestro buscando el recipiente del azúcar para su taza de café, al tiempo de proferir maldiciones. Yo, sin embargo, sentía que la estaba robando. Era la plata que había cobrado por los bordados hechos en manteles con motivos religiosos, vendidos a la vieja de la esquina, devota insobornable de la iconografía católica. Tomé los billetes buscándole la cara, los ojos verdes, como para atisbar el mínimo gesto de contrariedad. Nada noté que evidenciara su oposición a mi pedido. En cambio, una sonrisa limpia y sosegada escrutó mi pequeña infamia, mientras Ignacio festejaba entre dientes haber encontrado por fin el azúcar, escondido detrás de las muchas latas de leche en polvo que había sobre la mesada, vacías por supuesto.

El consultorio de Pablo estaba a quince minutos de mi casa. Había que cruzar el centro de la ciudad de norte a sur y llegar hasta un edificio de dos pisos en cuya planta alta atendía de lunes a sábados. Al entrar, la asistente me saludó con un movimiento mecánico de la mano. Pablo me había dicho la noche anterior que se llamaba Gloria y que aún no le había puesto la mano encima, pero que pronto llegaría a hacerlo. Hoy sé que nunca llegó a ponérsela, porque poco tiempo después y sin mayores explicaciones, la mujer abandonó el trabajo y se fue a vivir a Ciudad del Este con un oscuro vendedor de seguros. Me preguntó mis nombres y apellidos completos, mi dirección y número de teléfono y los anotó en una ficha. Yo miraba mientras tanto sus senos apenas entrevistados entre los escotes de la blusa.

Una hilera de sillas y una pequeña mesa con revistas de moda y chismes de la farándula asuncena ocupaban la sala de espera. En la última silla estaba sentada una niña que miraba con atención el calendario puesto en la pared de enfrente. Reproducía un cuadro de Van Gogh, correspondiente al mes de febrero, y, por la expresión de su rostro, parecía preferir la figura arrugada del doctor Gachet a la acerada juventud de Pablo. Me senté a dos asientos de ella. Estaba seguro que había percibido mi presencia, pero no volvió la cabeza hacia mí para comprobarla. Parecía no interesarle más que el pictórico calendario y sus pinceladas alucinantes. Yo alternaba la mirada entre los apretados senos de Gloria, el retrato de Louis Armstrong —ídolo de Pablo— que estaba sobre la puerta de entrada y la sigilosa presencia de la niña.

Pasaron unos veinte minutos desde que llegué hasta que el paciente salió de la sala de consultas. Su mano presionaba un pañuelo en la mandíbula y a cada frase de Pablo respondía con un gesto afirmativo. Al verme, Pablo sonrió recordando quizá las cinco botellas de cerveza que habíamos bebido en el corto lapso de una hora.

—Pasá —dijo.

Le pregunté, señalando con la cabeza a la niña, por qué no entraba ella si había llegado antes que yo.

—Pasá vos —me ordenó.

La niña por primera vez volvió la cabeza hacia mí y me ofreció una bella sonrisa amarga. Su pelo enrulado, su piel morena, la blancura de sus dientes, me recordaron a la niña de la que, en segundo grado, estuve enamorado. Ambas tendrían la misma edad. De mi compañera de escuela no volví a saber jamás: la niña del consultorio venía a suplantarla años después, detenido mi amor en el tiempo.

Detrás de mí entró Gloria y entregó la ficha a Pablo. Él la miró seriamente a la cara y después de que ella saliera me guiñó un ojo cómplice. Ordenó que me recostara en el sillón y comenzó a hurgar en mi boca. A la par de hacerlo, no paraba de hablar y por momentos ponía mucho más interés en lo que contaba que en la muela cariada. Recordó la, según él, aborrecible música tropical

que escuchamos en el primer bar la noche anterior. Estaba seguro de que lo habíamos abandonado por dicha música. Ignoraba la mancha, la nube negra que se había cernido sobre aquel establecimiento como un estigma de la muerte que sublevaba a mi ánimo. Me contó riendo lo muy bien que le iba últimamente en el negocio de vivir de los dientes descompuestos. Habló de las muchas mujeres hermosas que se sentaban justo dónde yo lo estaba, tendidas frente a él en un simulacro de auscultación erótica que ambos no ignoraban, según él. Sus largas y tupidas cejas se movieron rápidamente, de arriba abajo, cuando me habló de una adolescente que tenía un tatuaje en la parte baja del abdomen y que se lo mostraba a él con disimulado interés. Poco después de colocar la pasta en el agujero de la muela, me habló de la niña, de la que había visto sentada en la sala de espera, apacible y contemplativa. Me contó que había sido la primera en entrar a la sala, una hora antes que yo. El padre la había traído y dejado diciendo que volvería en media hora.

52

—Hasta ahora no volvió y han pasado casi dos horas.

Según Pablo, el padre de la niña poseía una amante, una mujer divorciada de unos treinta años, que vivía a siete cuadras del consultorio, en pleno centro luqueño. El hombre hacía cinco sábados que venía dejando a su hija en el consultorio para dirigirse raudamente a la casa de la mujer. Esto lo sabía Pablo por intermedio de una colega que trabajaba en el Centro de Salud, lugar donde también trabajaba de enfermera la amante. Podía imaginarme el frenético acto sexual que llevarían a cabo aquella mañana, a causa a brevedad del tiempo, en cualquier lugar de la casa: en una sala con pocos muebles antiguos, en una cocina con platos sucios, o simplemente en la todavía tibia cama matutina sin hacer. Todo esto, mientras la niña esperaba, por supuesto, con su pequeño silencio.

Después de contarme lo de la niña y su padre, Pablo terminó de trabajar la caries, de inmunizarla contra el dolor con más dolor. Yo permanecía callado imaginando la infinita soledad de la niña, su secreta y silenciosa amistad con el cuadro de Van Gogh. El mundo de los vivos no le importa, pensé. Sólo ella y el cuadro

existen en la espera interminable. Pablo me dijo que volviera después de una semana. Me dio una leve palmada en el hombro y me recomendó que me fijara en el precioso tamaño de los pechos de Gloria. Sonreí. Me puse de pie y salí. Afuera la niña seguía sentada y una mujer que debió haber llegado después de mí se levantó para entrar a la sala. Dio dos pasos y de repente la miró a ella, luego a Pablo y el ritual comenzó de nuevo.

—Es el turno de la nena, ¿verdad doctor? —preguntó tímidamente la mujer.

—Pase nomás usted, señora —contestó Pablo, con una voz ahuecada a la cual yo no estaba acostumbrado.

—Muchas gracias, doctor —dijo, pensando que había sido privilegiada.

Al contrario de lo que había hecho hacía un rato, Gloria no entregó de inmediato a Pablo la ficha de la nueva paciente. Podría ser que ya Pablo la tenía entre las otras fichas si no era la primera vez que la señora acudía al consultorio. Sin embargo, vanidosamente interpreté su permanencia en la sala de esperas como una insinuación. Parecía querer mostrarme su delgada pero consistente figura, caminando de aquí para allá sin hacer nada en especial. También yo me negaba a salir del consultorio, revisando las para mí poco interesantes revistas. En realidad, el motivo de mi permanencia era la presencia de la niña, que seguía sentada y hamacaba las piernas colgadas de la silla. Dejé las revistas en la mesa. Me asaltó un intenso deseo de hablar con la niña, tenderle la mano en un acto de comunión. Ya los pechos de Gloria habían pasado a segundo plano. Con la voz cavernosa y lúgubre, le pregunté:

—¿Cómo te llamas, nena?

Me miró un instante y me respondió diciendo que su nombre era Lucía. A punto estaba de hacerle otra pregunta cuando escuché unos pasos apurados que subían las escaleras. Vi a Gloria, que ponía flores nuevas en el florero de la mesa de recepción, sorprendida ante el estruendo que se acercaba con rapidez. La puerta se abrió tempestuosamente y entró una mujer tan gorda que era difícil imaginarla subir con semejante velocidad las escaleras del edificio. Ni siquiera miró a Gloria y se dirigió directamente hacia mí. Sus

ojos escrutaron mis ojos y percibí en los suyos una tremenda carga de odio. La niña se levantó y fue corriendo hacia la mujer que mientras la abrazaba me dijo:

—¡Ningún hombre va a estar nunca más al lado de mi hija!

La carita se hundió en el abdomen viscoso de la mujer. Aquella concentrada frialdad con que la niña miraba el calendario había desaparecido: un llanto sordo se oía, y la madre trataba de hacerla callar con palabras ininteligibles pero que podían percibirse tiernas. Su mano gorda acariciaba la cabeza aplastada contra ella. Segundos después, se fueron, sin decir una sola palabra más.

Gloria y yo nos quedamos perplejos. Se me hizo evidente que la madre había venido a buscar a su hija, descubierta la afrenta del marido. No sé por qué, salí tras ellas casi corriendo. En las escaleras me crucé con un joven que subía y escuchaba una música estruendosa en un *walkman* y que casi no reparó en mi apuro. En la calle, la madre de la niña la introducía rápidamente en un auto, con unas cuantas maletas en el asiento trasero. Ya con el motor en marcha, la niña me miró con sus ojos llorosos y yo le sonreí. Las vi partir, y pensé que un nuevo vínculo se había creado entre ellas. Un vínculo donde el padre no cabía, un vínculo del cual había desertado.

Volví a casa. Unas cuadras más allá del consultorio, el reloj de la iglesia marcaba las nueve y cuarenta. La puerta de la casa estaba llaveada y tuve que abrirla con mi propia llave. Parecía que no había nadie, pero después encontré a Ignacio sentado en el jardín, tomando tereré y escuchando la radio. Fui al baño y pasé frente a él sin dirigirle la palabra. La imagen del hombre del bar se superponía a la figura desgarbada de Ignacio. Su pequeño recuerdo horadaba mi cabeza. Yo también esperé, al igual que la niña, a un padre que reclamara ese fragmento de ternura y nostalgia que son los niños en la carne del universo.

Mamá aún no había vuelto del supermercado. Entré en mi pieza y vi que Yago estaba acostado en la cama. Sentado sobre ella, acaricié al gato. Estuve allí hasta el mediodía. Sentí la necesidad tremenda de leer el mito escrito por un mexicano convertido en mito. La novela del páramo mexicano, del doloroso patriarcado

latinoamericano. Absorto en la lectura, sentí una voz cercana que preguntaba:

—¿Quién es?

Desde la profundidad del tiempo, áspera y antigua, otra voz respondió a la par que yo:

—Un rencor vivo.

Salí cuando escuché que mamá gritaba preguntando si alguien se encontraba en la casa. Sobre la mesa de la cocina había tres o cuatro pequeñas bolsas que estaban llenas. Una de ellas traía un pollo listo para ser engullido. Ella encendió un cigarrillo y me preguntó por el estado de la muela.

—Ya no me duele —le dije.

Mientras vaciaba las bolsas, oí los pasos de Ignacio que venía del fondo. Traía en una mano la guampa y en la otra el termo vacío. Saludó a mamá con un sonoro beso en la frente. Puso la guampa y el termo sobre la mesa. Con una débil patada, espantó a Yago que había vuelto de mi habitación y de nuevo volvía a pedir su improbable comida.

—Le llamé a Juan Carlos y me dijo que para la otra semana puede ser que me encuentre un puesto en una línea del interior. Puede que sea en La Santaniana —dijo Ignacio, justificando su mañana.

—Qué bien —contestó mamá, sin ánimos ya para recomenzar las disputas estériles.

Ignacio enchufó la radio y la emisora local estaba a punto de emitir su noticiero del mediodía. Imaginé, divertido, que en los titulares una información sería excluyente: “Amantes asesinados por esposa de adúltero”. No pude evitar sonreír. Mamá encendió un cigarrillo y yo, por primera vez, le pedí uno.

—Tomá —me dijo, sin problemas, sabiendo que ya hacía casi dos años que había empezado a fumar y que aquél no sería el último cigarrillo compartido.

Piantados

Bruno Cancio

Uruguay

Jessica cerró los ojos y empezó a chuparla. No pudo reprimir una arcada, pero continuó. Esa *fellatio* era lo que le iba a permitir pagar una pensión y comprar pasta base, así que no había otra. El viejo gemía como un cerdo.

—Dale mi bebita, mamámela bien.

Los jadeos retumbaban en el callejón. Sólo unas rotas bolsas de basura hacían de testigos de la escena.

Un opresivo nudo visitó el pecho de Jessica cuando recordó los sucesos de la tarde. El cinto de su padrastro golpeándola en todo su cuerpo. Los gritos de su madre diciéndole que con dieciséis años ya estaba perdida. Y el dolor en el pecho.

Nunca había abandonado anteriormente su casa. Pero ahí estaba; con el bolso al lado de su menudito cuerpo y un pene arrugado metido en la garganta.

El viejo le agarró el pelo con las dos manos y empezó a sacudir rítmicamente su cabeza. Jessica experimentó náuseas.

Las imágenes se le imponían. No las podía alejar de su mente. Hasta casi le hacían olvidar al viejo que ahora, por debajo de su camiseta, jugaba a pellizcar su pezón izquierdo.

Extrañó a Teddy, el osito que le había regalado su abuela para los quince. Se acordó de sus hermanos, sintió lástima por ellos, maldijo una y otra vez.

El hijo de mil putas no acababa más. Permanecer arrodillada por tanto tiempo le estaba haciendo doler las piernas. Contó hasta cien, recordó a su ex novio, tarareó mentalmente su canción preferida, hasta que sintió el semen entrar en su boca.

Mientras hacía gárgaras en el baño de un barsucho, Jessica llegó a una conclusión definitiva: no importa que le pagaran menos, la próxima la chuparía con condón.

* * *

Una lluvia de sangre y dientes partidos voló por los aires cuando el Ciruja estrechó la cara del interrogado contra el borde de la mesa. Vasos y botellas temblaron.

—¿Me vas a decir dónde puedo encontrar a tu hermano, pedazo de mierda?

En el piso, el hombrecito lloriqueaba.

Llevaba más de media hora aporreándolo sin conseguir nada, lo que hacía que su ira se acrecentara cada vez más.

Extrajo una navaja de su campera. Detrás suyo, sus compañeros miraban con mezcla de miedo y respeto a ese matón de un metro noventa, dotado de toda la brutalidad que podía esperarse de alguien criado por una banda de narcotraficantes.

Sin vacilar, con un certero movimiento, el Ciruja cortó el dedo anular del interrogado.

—Dale, hijo de puta. ¿Dónde carajo está?

Cogió el cuello de su víctima y comenzó a estrujarlo. Más sangre brotó de la boca del hombrecito.

La presión iba en aumento hasta que, en un movimiento instintivo, el interrogado manoteó una botella de la mesa y la rompió en la cabeza de su agresor.

60

Un estruendoso bramido partió a la noche. El Ciruja se llevó la mano a su frente ensangrentada y miró con todo el odio con que se puede mirar a quien, delante suyo, se cubría con temblorosos brazos intentando protegerse de lo inevitable. Fuera de sí, se abalanzó escupiendo blasfemias sobre el hombrecito, lo arrojó a un metro de distancia y comenzó a pisar salvajemente su cabeza.

—Insignificante pedazo de mierda.

Golpes y más golpes cayeron descontroladamente sobre el castigado cuerpo. Los lloriqueos continuaban.

Hasta que el Ciruja se detuvo y ordenó que le trajeran un palo de escoba. Sus subordinados obedecieron en silencio.

—Bájenle los pantalones y agárrenlo fuerte —magulló sin casi despegar sus dientes.

El más desesperado pánico se adueñó del hombrecito cuando vio la madera astillada acercarse a su ano.

La punta de la escoba se clavó violentamente en su recto. Y el Ciruja comenzó a empujarla. Desgarradores gritos aumentaban a medida que el palo se introducía más y más.

— ¡Por favor! ¡Basta! — suplicaba.

—¿Dónde mierda está?

—Va a estar... va a estar mañana en el puerto... en el muelle

112 —balbuceó— Temprano, entre las 7 y las 8.

El matón sonrió, y exclamó:

—Mátenlo.

* * *

Era la una de la mañana. El Ciruja regresaba del interrogatorio cuando vio a Jessica salir sola de un bar de mala muerte. La pendeja estaba bastante buena, así que no se aguantó.

—¿No querés que te coja un ratito? —le gritó al pasar a su lado.

—Bueno. Pero te saldría 200 pesos —respondió Jessica mirándolo a los ojos.

Con una sonrisa, el Ciruja aceptó; a sabiendas de que no le pagaría nada a la pequeña putita.

61

* * *

Entraron en una húmeda pieza de pensión, con paredes amarillentas y el techo descascarado.

El Ciruja dejó su revolver sobre la mesa. Jessica comenzó a quitarse la ropa, mientras tarareaba bajito su canción preferida. Al acercarse al hombre, notó que su frente estaba ensangrentada.

—Estás lastimado —le dijo sorprendida. Y se dirigió hacia el baño.

Volvió con una toalla mojada. El Ciruja, desnudo en el borde de la cama, la miró con hostil extrañeza. Ella acercó la toalla a la herida, obteniendo como respuesta un rápido manotón que desvió su brazo.

—¿Qué mierda estás haciendo? —preguntó el matón, impaciente por que la guachita se la chupara de una maldita vez.

—Tranquilo, no te voy a hacer nada malo —susurró Jessica en tono calmo. Se sentó a su lado, tomó la cabeza entre sus manos y comenzó a limpiar suavemente la herida.

El Ciruja permaneció inmóvil, desconcertado; sus músculos tensos y puños apretados, mientras Jessica pasaba el trapo con delicadeza, removiendo lentamente las costras de sangre. Pensó en volarla de un empujón e irse a la mierda, pero algo hizo que se contuviera.

Simplemente se mantuvo duro.

Luego acercó lentamente su rostro al cuerpo de la chica, hasta hundirlo entre sus pechos. Jessica lo abrazó.

Permanecieron unidos por un tiempo imprecisable, sin saber muy bien qué hacer. La cabeza del Ciruja se fue deslizado progresivamente, hasta ir a parar a los muslos de la adolescente. Despacio, ella comenzó a acariciarlo. Lo recostó en la cama y se subió sobre él, logrando cubrir buena parte de su cuerpo.

Las mejillas del Ciruja se enrojecieron; de a poco se fue replegando hasta quedar en posición fetal. Y se sorprendió a sí mismo llorando.

Jessica lo envolvió en un abrazo. Una inédita calidez invadió a ambos cuerpos. El Ciruja tomó a la adolescente por la espalda y la apretó fuerte contra sí.

Por primera vez en mucho tiempo, Jessica se olvidó del dolor en el pecho.

Las lágrimas del Ciruja mojaron el rostro de la chica. Ella refregó su cara contra la de él, intentando consolarlo.

El llanto fue cesando, poco a poco, dando paso a una placentera serenidad, mientras el abrazo continuaba.

Sin separarse, se mecieron unos segundos en un extraño vaivén. Los roces de sus pieles templaron aún más la habitación.

Una cómoda somnolencia se coló entre sus cuerpos.

La penumbra los arrulló en una caricia, mientras sus poros se absorbían entre sí. Sus cuerpos se entreveraron, concentrándose; y una profunda calma los durmió en el abrazo.

Hasta que se derritieron. El calor hizo que sus bordes se fundieran, pasando a constituir una única masa. El Ciruja fue Jessica y Jessica fue el Ciruja. No era ya posible definir donde empezaba uno y donde terminaba el otro. Las paredes de la habitación se achicaron, alejándolos un poco más del mundo exterior.

* * *

La iglesia de la plaza dio siete campanadas.

El Ciruja se incorporó violentamente, arrojando a Jessica fuera de la cama. Ella lo miró desconcertada. Atinó a abrazarlo, pero él la empujó.

—¡Mierda! se me va a ir el hijo de puta —gritó mientras se vestía.

Cargó su revolver, abrió la puerta y, sin mirar atrás, se dirigió a terminar su misión, abandonando a Jessica, desnuda en el suelo de la húmeda pieza de pensión.

Tranvía

Luis Chacón Ortiz

Costa Rica

Diario de Julieta Fallas. 28 de noviembre.

La casa huele a cansancio. Las paredes parecen venir desde lejos, entre las hojas y la tinta de este manso cuaderno, muros que se levantan al primer pestañeo de mis ojos, entre tacitas de café y mesas de noche cubiertas de versos y dulces métricas.

Entonces parece cobrar vida, subir hacia el aire como títere de cuerda y de maquila. Es la sinfonía de un trovador, es la madera tronando. Las sillas rasgan dulces violines, la soledad con esa voz de soprano y unas luces que se atenúan tanto que parecen incendiar óperas, y yo con esta enagua tan vieja, con el delantal alrededor de la cintura cual soplo marino (me da tanta vergüenza, está sucio), observando la casa sublevarse en notas facundas de perfumes.

Me quedo quedita. No deseo que la canción termine, no por un movimiento brusco que sea mi culpa. Lentamente aparecen las sillas de caucho rojo, emergen de la oscuridad, con el escenario a la distancia. Lo veo aparecer como fantasma, y yo bien quedita, el murmullo de las personas que viajan hasta mis oídos, siempre con la esperanza de ver a alguien y nadie que aparece.

Todo se desvanece pronto, antes de que pueda tocar una tabla, una siquiera. Queda un silencio triste, como de ganso, y mi nariz pierde el olor a teatro y el sonido de las arpas junto con los ojos abandonados de las cortinas.

Escribo estas líneas mientras estoy sola de nuevo. Parece que ni siquiera este diario (así me gusta llamarlo, aunque sea la primera vez que escribo en él para explicar algo que nunca logro comprender), puede sacarme una sonrisa. La soledad es tal, a veces lo único que hay después es la nostalgia, y ese suave ronquido como de mariposa del tranvía que me llama entre nubes y algodón. Sé que me espera, pero yo no voy.

Duermo. Después del espectáculo que es sólo mío, duermo. Soy Ava Gardner, o la Hepburn, o la Welch. Puedo ser quien escoja, feliz de serlo, una silueta rubia curvilínea que prolonga miradas de almirantes en húmedos navíos y una presencia de actriz.

Si no fueran solo cuentos, cuentos con los que entretengo. La casa también los tiene (sueña con ser ópera, aunque fuese la de Alajuela, pero ópera al fin de cuentas) y yo juego a ser actriz. Es un secreto entre ambas. Un pacto. A veces me imagino que entro al teatro de la mano de un Clark Gable o un Rock Hudson y me siento tan feliz, tan no yo.

La casa sueña conmigo. Es la única forma que conocemos para combatir esta soledad. Entro al teatro de la mano de mi pareja, con un vestido de la alta costura francesa que me queda divino y mis calzones de anciana, un perfume costosísimo y un escote para morir.

La noche es de rocío. Nos sentamos en el balcón, yo con unos de esos binoculares tan graciosos y un cigarrillo en la mano, Clark con su traje entero que huele a nuevo. Se sienta a la par mía y me hace cosquillas en mi brazo. Disimulo la risa que escala a mi garganta, siento el beso que afloja mis labios y me contengo, tal vez por timidez o por que no quiero que la fantasía termine todavía.

68

Ya no soy yo, no hay delantal que cubra mi cintura, mis manos no están cansadas de barrer el polvo de todos los días. No soy yo, soy la casa (ella está soñando conmigo, o yo con ella, no lo sé), la casa que respira, yo que aún vivo.

Mi Clark entrelaza sus dedos con los míos. La ópera comienza. Nuestras manos se aprietan de la manera que nuestros labios no pueden, pero que yo deseo tanto, como niña.

La filarmónica comienza las notas de algún inconcluso, la soprano canta en lenguas gitanas que no comprendo y me arrulla despacito entre nubes y ángeles, como si me contara una historia al oído, suaves capullos de mariposa.

Recuesto la cabeza en el hombro de mi acompañante. Me siento tan frágil, tan leve mi mano entre sus dedos. Si supiera tan solo que él me quiere sería feliz. Que me quisiera entonces, así de rubia, con las piernas hasta la cintura y mi mirada altanera. Que me quiera así, no importa que no sea realidad.

Antes de que deba partir quiero besarlo. Me agarra tarde, sin importar la fantasía, y descubro que me he dormido en su hombro. Antes de que amanezca soy feliz, antes que escuche el tranvía llamarme de nuevo, con esa voz de pelícano.

La mañana me trae zapatos y rayos de sol. La soledad regresa sin que le llame y se sienta en la mesa de café, lo toma conmigo. Deseo tanto mirarla a los ojos, pero no me atrevo.

“Habrá que empezarlo todo de nuevo, ligera Julieta. Hay olvidar que el reloj”. Es tan difícil abandonar siquiera una manecilla, la noche caerá y me dará una nueva ilusión para sumergirme en ella y así curarlo todo, acurrucarme como caracolito en el hombro de mi amor, aunque sea porque no puedo besarlo.

30 de noviembre.

Marta vino hoy, con su mirada de rayo verde. Sigue siendo igual de juguetona, de sonrisa fácil y manos leves como de cristal.

—Se ve bien, señora ?me dice al saludar. Le sonrío. Si supiera que cada vez siento menos, que cada día se me resbala más el tiempo en oscuras pestañas y castillos de aire, qué me diría entonces, qué pensaría de mí.

No puedo contarle. No tendría sentido, ella no podría comprenderme. La vida cae en mis manos como poema (de esos que leo a veces por las noches, tan vívidos, tan encantadores). Yo la dejo quedarse ahí quedita, como mariposa asustada, porque así la puedo sentir mía, sus alas como propias.

Le serví a Marta una taza de té. A ella le encanta con una pizca de canela y de vainilla, dice que le hace sentir el París en San José, con la torre esa en La Uruca. Me hace sonreír. La cuchara me tiembla y entonces me parece que estoy menos sola, como si Marta con su presencia de gaviota acallara el sonido del tranvía.

Conversamos del clima, de las frías noches y de las tardes claras. Me dice que ya viene el invierno, que si tengo bufanda y guantes bien calentitos. La escucho cuidar de mí y le respondo que sí a todo, aunque no tenga guantes y mi bufanda ya esté algo gastada. Marta no sabe qué tan fría puede ser la noche, la noche en busca de pájaros.

Esperé a que Marta se fuera para irme a acostar, entrar a mi propia fantasía. Quitarse la ropa puede ser a veces una lenta procesión, ponerse el vestido una deliciosa progresión. Pronto me deslicé entre las cobijas y me entregué de nuevo.

Cuando escuché al tranvía llamarme otra vez, esa voz suya que rasga las paredes, sólo pude pensar en cómo me gustaría que Marta estuviera allí conmigo. Su aire era lo único que podía silenciar aquel sonido lúgubre de la máquina. Si tan sólo esto no fuera un cuento, si tan sólo tuviera un último beso entre película y película, uno siquiera.

El cansancio siempre me vence, sin importar lo que haga. Me queda el consuelo de un hombro que me encierra con cariño, sí, ese que es mío por las noches, pero ya se está humedeciendo de tantas lágrimas.

1 de diciembre.

La casa duerme ya, cansada de mis sueños. Esta noche no hubo teatro ni vestido rojo, tampoco Clark Gable en traje entero. Se me ha olvidado el perfume y el sabor a ilusión nueva, se me ha perdido el beso.

70

Si pudiera sentirlo, pero se fue y ya no lo recuerdo. A veces creo ver ese bigote, esa cabeza con arrugas en vez de cabello y pienso, ahí está, ha vuelto. Es Clark, es mi Clark. Me gustaría llorar, el tiempo ha pasado desde la última vez. Quiero llorar pero no puedo, entonces soy tan feliz, feliz porque está conmigo. No deseo que me vea triste, no ahora. He tratado de ser alegre en su ausencia. Estoy segura que él debió de extrañarme también.

Pronto amanecerá. Ya escucho el tranvía subir la cuesta, llamándome de nuevo, que me suba y yo... yo le tengo tanto miedo. No quiero subir aún. Todavía me quedan un par de sueños que agotar.

15 de diciembre.

No han vuelto los sueños. Tal vez ya esté muy vieja, o muy cansada, o ambas. El anochecer es tan sólo una hora. Ya no quedan más vestidos europeos, no hay más visitas a la ópera ni besos de luciérnaga.

Los libros siguen en las mesitas de noche, el mismo café de las tardes con el periódico de las mañanas, la misma mecedora con

alas de polvo. Cae la noche y creo que se me pierde (siento que a veces lo extravió, no sé por qué), como si la arrastrara la nostalgia.

Mis pestañas ya se cierran. No hay Clark Gable, no hay cortinas de “cocktail”. Las historias con las que me arrullo ya no son las de la casa. Las paredes han renunciado al sueño de ser teatro, y yo a ser mujer.

No tarda en llegar. Lo sé; siempre viene por todos. Algunos, como de instinto, lo escuchamos mugir de lejos. Otros no logran oírlo. Ya va a venir, sólo me queda escucharlo, y yo con este miedo entre seno y seno. Ahí lo oigo ya, allí lo escuchó despertar las aves, besar las cobijas y arrugar las ramas de los árboles.

Es como un verso. Ahí viene, suavemente, como arena, como cangrejo. Ahí esta, despacio cayendo sobre mi almohada.

El tranvía es mío. El tranvía soy yo.

Souvenires de Guyana

Ezequiel D'León Masís

Nicaragua

(Sábado, 20 de julio).

10:49 a.m. “Punta Khara es un acantilado marino situado a cuarenta kilómetros de Georgetown, capital de Guyana, antigua Guayana Británica”. En caso de querer iniciar un texto con ese enunciado, tendría que modificarlo el lunes, una vez que esté de vuelta en Managua. Emplear palabras así de toscas como “acantilado” o “situado” es un descuido que, por de pronto, me permito. [Nota: podría aludirse a la arena blanca de la que ha hablado David durante el viaje].

11:28 a.m. Otra versión de la frase: “Punta Khara, desconocida entre los propios guyaneses, es una costa marina donde la arena blanca tiene sus dominios”. Está mejor, aunque cursi, apta para rotular panfletos de turismo. Escribo esto en mi libreta de notas. [He anotado que escribo esto en mi libreta de notas]. Vicente, aturdido, me ha preguntado con qué fin miro persistentemente a través de la ventana del carro, con qué fin apunto luego garabatos. No le respondo de inmediato. Pongo la libreta en la bolsa de mi camisa y, en seguida, la saco para copiar esta oración. Vicente se desconcierta aún más, contrae sus hombros. Al cabo de un prolongado silencio, le explico que tengo mala capacidad de memoria:

—Mi retentiva no es muy buena, por eso necesito atrapar mis ideas por escrito. Así se salvan de la indiferencia, se hacen tangibles.

—Perdón, no comprendo —admite Vicente.

Mi entonación se torna malhumorada, ruda:

—¿Alguna vez has intentado cazar libélulas? Para mí, es algo similar.

—La libreta es tu red para cazar ideas...

—Pues sí —digo yo, cortando la conversación.

Él parece entender que sus torpes dudas me disgustan. ¿Qué combinación o qué malabar de adjetivos se me ha ido ya, sin remedio, gracias a su interrupción? Nunca lo voy a saber; lo sé, sin saberlo.

11:44 a.m. Mi intención era volver ayer a Nicaragua, a primera hora. Hoy, en cambio, continúo en estos lares, doblegado a

los propósitos veraniegos de Vicente y Cecilia, su mujer, y a la benevolencia de Irene y David, los anfitriones. Al menos, creo refugiarme en la estimulante y estoica sospecha de que algún argumento podré extraer de este tiempo malgastado: la base, quizá, para una crónica o para un poema en prosa, no lo sé. [Vida no hay –por muy malgastada que ésta sea o, tal vez, por eso mismo– que no encierre fundamentos suficientes para diseñar el mínimo de dos novelas, un diario íntimo y tres poemas fragmentarios. => Eso creía Onetti, sobre todo el Onetti posterior a *Juntacadáveres* (1964)].

12:07 p.m. Todos tienen expectativas personales sobre Punta Khara, menos yo. Mis expectativas son más bien de espectador. A cada segundo, la esposa de David, Irene, aporta detalles inconclusos relacionados con las particularidades de la playa. Ha repetido tres veces que la transparencia del agua es fascinante para la exploración de arrecifes. Tras oír eso, Vicente ha hecho una rara mueca de complicidad, inclina el cuerpo hacia atrás y revisa su cámara acuática [anfibia, en todo caso: salamandrica]. Cecilia acomoda una boina celeste sobre su pelo crespo y reflexiona acerca de los siete meses que cumplirá pronto su embarazo.

12:43 p.m. Con el más escrupuloso fanatismo, Vicente reparte vasos con alcohol a cada uno de nosotros. Sus modales se asemejan a los de un minúsculo dios regordete [suerte de Dioniso caricaturizado, protuberante y dipsómano], propenso a encauzar la borrachera de los demás. David avisa que “falta poco para arribar al edén playero”. Pienso que David no tiene la más elemental moderación para gastar metáforas ridículas, además de infortunadas. [xDigresión: el temor a ser cursi es el mismo temor a ser común. Quien se libera de ese temor goza de una idiosincrasia cursi a conciencia y a voluntad, es decir, lo cursi ya le resulta habitual. Tal el caso de David].

01:28 p.m. David conduce aceleradamente. No me importa acabar accidentado en la autopista. Sucede que, con tantas sacudidas, con tantas idas de lado a lado, se me hace fatigoso poner letra tras letra sobre la hoja.

01:47 p.m. Por fin, llegamos. No tardo en advertir que la corriente de aire es densa y que cierto hedor a aguasal entumece

mis pulmones. Con la mano izquierda, amontoño una ración de arena, la froto sin reparar en su textura. Ésta no es blanca sino grisácea. Observo los alrededores. Descubro dunas gigantescas a corta distancia, pájaros, palmeras, dos muelles flotantes. En suma, una playa desolada.

02:03 p.m. Tengo la impresión de que David nos trajo aquí por pura extravagancia. Antes de dejar la capital, nos expuso su necia ponderación de baquiano. Ahora insiste en lo mismo:

—Oigan bien. Un país no se conoce, en serio, sólo hasta que se han visitado todas sus playas —da un trago hondo; termina de engullir lo que queda en su vaso.

—Seguro —murmura Cecilia, vapuleada por los primeros vahídos del alcohol.

—Me parece un criterio rústico, negligente —intervengo yo—. ¿Nadie es capaz de conocer Bolivia, entonces? —ironizo con malicia. A continuación hay risas, excepto la de David.

—El abuelo de David era boliviano —agrega Irene, su esposa. Como es lógico, vuelven las risotadas, incluyéndose la mía que, en el acto, pasa a ser un estruendo gutural elevado a eficacia de burla y desprecio.

02:26 p.m. Retomo lo que había escrito en la anotación de las 01:47 p.m. En suma, una playa en desolación. Troncos deshechos y a flote: simulación de dos muelles controlados, acaso, por las olas. Y las olas, a su vez, amoldadas al golpe de los ventarrones que —también a *su vez*— arrastran la arenilla negra de una parte a otra.

02:54 p.m. Estoy abstraído en pensamientos que poco se acercan a la certidumbre de cinco seres, cinco bultos de carne, confinados en este inescrutable pedazo de litoral: Punta Khara. [Nota al margen: el vocablo *Khara* me ha hecho acordarme de los pueblos tártaros. Es bastante probable que haya existido alguna primogénita real con ese nombre en el primitivo Imperio Mongólico. Como toda soberana asiática, su agonía, no su muerte, fue fatídica. Siglo XI o XII, a lo mejor. => Observación a la nota al margen: verificar datos en *The imperial ages of Asia* (1923) de Joseph Bowen y en *Clàssicas mortes per acqua* (1939) de Andrea Gabarino].

03:48 p.m. He analizado el lugar con excesivo esmero. Los muelles que he supuesto simulados flotan con firmeza. Según parece, solían ser embarcaderos; sus soportes se han podrido, pero los maderos del reborde se mantienen unidos por alambres de acero.

04:22 p.m. Bajo la sombra de tres cocoteros zigzagueantes, diviso una gaviota enardecida que ensarta su pico en el pescuezo de otra más pequeña; lo vuelve a clavar, esta vez sin forcejeo, en el débil buche y en lo que resta de la caja torácica. Después, con sus recias garras, surca líneas ensangrentadas sobre el vientre de su víctima hasta vaciarle las vísceras aún convulsas, aún vivas: bofe, hígado, la mitad del corazón. Esto fue lo que vi, vi lo que fue esto: la bestialidad, su teatro consumado... *natura contra natura*.

04:58 p.m. En este momento, David sube a uno de los muelles. Aúlla contra su propia imagen reflejada en la superficie del agua y voltea hacia acá, sobresaltado. Muevo el brazo en señal de asentimiento. Más tarde, se lanza con un clavado imperfecto. Al rato, surge de nuevo su enflaquecida fisonomía. Avanza hasta donde yo estoy.

—¡Salto del ángel! ¿Qué te pareció?

—Digno de una foto de Vicente —replico, mientras examino mis apuntes.

—¿Qué tanto escribe Ezequiel? —prorrumpe Vicente, en parte alentado por su embriaguez, en parte alentado por su resentimiento contra el mundo.

—Dejen en paz al fulano —me defiende Cecilia—. No vinimos a jodernos la vida, ni a enfrentarnos —concluye ella su reproche, arrebatada por lo que interpreta como una disputa entre su marido y yo. Su exhalación alcoholizada la ha obligado a hablar mediante pausas y dejes entrecortados.

05:46 p.m. Irene, Vicente y David yacen, dormidos, en la orilla de la playa. Sólo son apariencias opacas, atascadas en medio de montículos de arena fina. Cecilia, aferrada a uno de los muelles, alinea su dedo índice en dirección al cielo para que yo lo vea. Las nubes han adquirido tonalidades rojizas. El resplandor inconstante del horizonte hace que las enormes dunas concentren un color rojo penetrante, casi purpúreo.

06:00 p.m. Cecilia no contempla más la bóveda del cielo, sus ojos están fijos en mi cara. Se levanta, palpa su vientre fecundizado y se arroja al mar. Incapaz de acercarse al nado hasta la costa, hace esfuerzos para regresar al muelle. No puede. Sacude una pierna, la otra. Improvisa calistenias inservibles, da brazadas. No lo logra. Cecilia entera no es sino una fábrica caótica de burbujas y pringues sucesivos. Empieza a sentir magmas sofocantes en su abdomen y la agitación la conduce –dócil e inmóvil– hacia el picante embudo de la muerte. Ahí acaba todo. Se le ha disipado el aliento para siempre. Una mujer de veintiocho años, encinta, ha sufrido ahogamiento en presencia mía; los contrapesos de la ebriedad fueron su ancla. [Nota: imagino una escena, digamos, íntima e intestinal, basada en la asfixia fetal posterior al ahogamiento materno. La madre hereda su letal necrología. El feto detecta inercia corporal en torno a él, se sabe rehén muscular. Intuye que un corazón, más grande que el suyo, ha renunciado a la rutina de diástole y sístole. El oxígeno escasea, la rudimentaria personalidad del engendro *non nato* trata de encontrarlo. No lo halla porque no lo hay. Ha muerto el carnaje húmedo que lo envuelve, el mismo que le ha negado el exterior durante siete meses de oscuridad y ecos estomacales. La desesperación entra en él como energía atroz que lo calcina a mordiscos lentos. Sus movimientos de infeliz contorsionista terminan por romper las entrañas inmediatas de las paredes que lo rodean. Tira del cordón umbilical con rabia y, al compás de sus codazos, lo desenchaja del ombligo. El dolor desmedido que esto le ocasiona lo impele a defecar un caldo gris o amarillento que después, moribundo, traga junto con otros fluidos].

79

06:23 p.m. Un cadáver, dentro de otro, ondula entre oleajes; la marea lo succiona al centro más ciego del océano.

(Lunes, 22 de julio).

04:46 p.m. En Managua, he podido corroborar dos cosas. El libro de Joseph Bowen tan sólo arroja luz acerca del “declive del poderío de Chend Dzundt, autor de los días de la joven Khara

Juto, la desventurada sucesora del Imperio”. En el compendio de Gabarino se ratifica que “en 1185, en la desembocadura del río Ural, se dio la muerte por agua de Khara Juto, lo que se entendió como una premonición de las conquistas mongólicas de 1206”. La traducción de ambas citas es mía; eso propicia un posible margen de inexactitudes. Aunque lo considero innecesario, señalo que, si seguimos su sentido retórico, la expresión “autor de los días”, en la cita de Bowen, equivale a “progenitor”. [Idea para un texto: hacer una narración que ligue el ahogamiento de Cecilia Sotomayor en Guyana con el de Khara Jutu en el río Ural. => Podría utilizarse alguna tesis o doctrina metafísica como justificación de la trama].

La delgadez perfecta

Paola Esteban Castrillón

Colombia

Fue un día particularmente duro en su carrera para alcanzar la delgadez perfecta.

Le tiemblan las manos, siente desasosiego, ansiedad. El tono de su voz le resulta más alto que lo acostumbrado. Se cepilla los dientes. La crema se desparrama sobre el torso de las manos, no puede hacerlo bien.

En la mañana, y como la noche anterior pasó hambre, se levantó de un salto de la cama dominada por un apetito voraz. El cuerpo se negaba a obedecer a la mente en su intento por llevar despacio el pan a la boca. Devoró el pan, las galletas y bajó el jugo de forma tan precipitada que pronto en su estómago surgió la curvatura que provoca la inflamación natural después de comer. Pero ella no lo soporta. No quiere ver esa curva, quiere presenciar en caída libre el vello púbico nacido natural y rizado bajo el vientre.

Se prometió no almorzar. Sólo un jugo. La mitad de lo que sirva la jovencita que arregla la casa el fin de semana. Ella es flaca. No tanto. El cuerpo de la joven es parecido al suyo. Pero para ella no es suficiente. A ella no se le ve bien la pequeña prominencia estomacal.

No puede escribir bien. Las gotas de agua que caen del cabello mojan la hoja. Falla la ortografía y es consciente de ello pero no lo puede evitar. No controla su modo de escribir.

Para pasar el rato toma de la mesa del comedor la revista *Nueva*, la que llega los sábados con la prensa local y lee un artículo acerca de comer inteligentemente. Levanta el rostro hacia el televisor. Su padre no deja de cambiar los canales e invariablemente aparecen allí mujeres delgadas. Ella no *tiene* que ser tan delgada como ellas. Primero, porque no tiene una estatura lo suficientemente elevada y segundo porque no trabaja en la televisión. Pero en su mundo, en el de su cabeza, el no serlo significa no valer nada.

No es la primera vez que lee un artículo sobre comida o sobre cómo comer. De hecho, es su lectura predilecta desde que subió los 2 kilos que dentro de su estándar lo único que logran es hacerla ver más saludable. Pero no se puede repetir: en la adolescencia, durante el desarrollo, engordó 12 kilos. ¡12! Y lo que tuvo que hacer para suprimirlos. Tuvo que pasar por loca. Pastillas para

dormir. Eso adelgaza. Ejercicio en las mañanas. De regreso a clases, fue el centro de atención. Antes ni la miraban. La veían, seguro, sus compañeros. Y la consideraban inteligente. Pero la inteligencia no es de gran valor en el mundo; es sólo un elemento para una gorda más que quiere parecer feliz.

Los documentales dicen que no causa efectos positivos dejar de comer o vomitar lo ingerido. Las mujeres que lo hacen lo niegan y lo esconden. ¿Lo padecerán los hombres? Tal vez. Pero ella no es un hombre. No puede permitir que un trozo de carne aparezca donde no se debe. Ellos juzgan, escogen. Algunas veces escogen a las más... rellenitas. Quizá porque no se presenta nada mejor. Ella quiere hacer la diferencia, en todo. No sólo en la inteligencia.

Hora de almorzar.

Escribe. Cuando vomitó sintió su corazón latir apresuradamente. La tinta se le acaba pero no puede sacudir bien el lapicero para que ésta llegue de nuevo a la punta. Esa sensación le gusta. Desde que tuvo conciencia ha querido sentir efectos alucinógenos. Pero la medicina contrarresta el licor y no se atreve a probar la hierba, no le alcanza el dinero para la cocaína y no sabe dónde encontrar heroína. No conoce el éxtasis y no puede trasnochar en discotecas. Esto es lo más cercano.

84

Un plato de arroz con frijoles y papa cocida. Si fuera comida exquisita o extraña, la comería, rompería la dieta. Pero el arroz corriente desde aquí hasta oriente y los fríjoles, aunque hace meses que no deleitan su paladar, tampoco son cosa de otro mundo. Y la promesa que hizo en la mañana. No la romperá.

Se sienta a la mesa y, sin pensar, en menos de cinco minutos, ha devorado el plato que la chica le ha servido y observa de reojo el de su mamá. Espera que le regale un poco. Lo hace y ella vuelve a devorarlo. Para pasar: la coca cola con hielo. Dos vasos tamaño mediano, llenos. Falló. Otra vez.

Siente trozos de comida en su garganta. Se regala unos segundos para tranquilizarse. Recuerda las palabras del sacerdote. Se tranquiliza. Al siguiente día lo volverá a hacer.

Se excusa levemente con los otros comensales y camina con sigilo al cuarto de baño. Relame la opción de vomitar.

—Me voy a bañar.

—Pero si acaba de comer, mamita, eso es malo.

—Es que tengo mucho calor.

—De pronto le da mareo. ¿No entiende? No se bañe.

—Mamá no me moleste.

Abre la llave de la ducha e introduce dos dedos a su garganta. Nada. Espera un poco y ejecuta la operación de nuevo. Por fin. Con el pie acerca a la coladera los restos de arroz y frijoles. No siente asco. Simplemente los empuja. Luego se lavará el pie con el *shampoo* que utilizará para lavar el piso del baño y acto seguido su cabello.

Dos, tres veces. Los dos dedos han salido y entrado. Le duelen las costillas y el vaso. Está exhausta. Los brazos se caen y los ojos se cierran por inercia. Se abraza a las rodillas, acucillada en el piso. Quiere parar. No. La mente juega un papel claro y se obliga a continuar embutiendo el dedo en su garganta. Allí donde el hombre ha llegado, lo hace su dedo. Y una vez más a la lucha.

Hay que acabar con todo. Como en aquella película que vio recientemente. Sólo que aquí hay que matar también al perro. Cuando ve un hilo de sangre salir de su boca se detiene. Sabe que ha llegado el momento de parar. Sabe que de hacerlo muy a menudo los dientes se caerán irremediabilmente por culpa de los jugos gástricos. Irá con más regularidad al odontólogo. Se incrustará cada uno de ellos cuando se desprendan de las encías. Ha leído historias sobre mujeres anoréxicas y bulímicas y sabe que los dientes tardarán cuando menos tres años en caerse. Para entonces quizá la ciencia avance lo suficiente para ponerlos los dientes falsos en las encías sin dolor. Y puede que cuando uno de ellos se caiga ella deje de vomitar. Cambiará. Dejará de comer.

Por fin se da el lujo de descansar, suelta la pluma lejos de su mano y deja las hojas sobre la mesa de la máquina de cocer de su mamá, a la cabecera de la cama. Y es entonces cuando su alma vuela a unos cabellos rojos que la trastornan.

Camila Rochet

Ignacio Fritz

Chile

Prólogo

- PARECE QUE ESTABA en tratamiento.
 —¿Siquiátrico?
 —Sí, Teniente.
 —Vaya. Ella dejó la grande, cabo.

1. Después de todo, estoy en una iglesia

—¿Un espray? —me repite la dueña de la ferretería cercana a mi casa. Es una vieja. Me cargaría ser como ella. O sea: tiene el cabello como la Patricia Maldonado. Último. Onda: no se cachea de qué color es. Es una mezcla como la que tienen en el pelo los gatos callejeros que están matados de hambre y que comen lo que yo boto.

—Sí. Un espray rojo. Tome —le paso la plata y me voy. Le pedí “un espray rojo”. Mi voz es suave, algo monocorde a mi templanza, a mis estados de ánimo que suben y bajan como una montaña rusa de Fantasilandia.

Lo que pasa es que me llamo Camila Rochet. Tengo 17 años. Estoy en las Monjas Inglesas. Tenía un novio Opus Dei. Lo dejé porque teníamos mucho sexo. De más, pero le decíamos a nuestros viejos antes de salir que íbamos al Hoyts de La Reina a ver películas y en vez de eso nos íbamos a un motel o a un mirador. Nada que ver. Me gusta el sexo pero ¿para qué la hipocresía y la mentira? Tampoco es que tuviéramos sexo todo el tiempo porque nos íbamos a bailar a la Sala Murano y no recuerdo qué música había y le comprábamos droga a Rip, un loco medio loco.

Mi mamá tiene 39 años y cuatro hijos. El último lo está por tener en la Clínica Alemana. Allí nací hace 17 años. Soy la mayor.

—¿El curita está? —le pregunto al sacristán o como cresta se llame. Es la iglesia de Pedro de Valdivia Norte que está en una calle de Pedro de Valdivia Norte que me da lata pronunciar. Está a un par de calles de mi casa. Onda, todas sus calles muy bonitas, muy limpias, como si no fuera realmente Santiago de Chile, la ciudad más tóxica de América.

—No. Camila, mañana hay misa. Mañana lo puedes ver.

—Sí. Mañana va a mi casa, también. Es que mi papito quiere bautizar altiro a mi nuevo hermano.

La imagen de Jesús llega a mis ojos como sólo eso: una imagen. ¿Por qué los católicos interpretan frases a su antojo? ¿Frases sueltas de la Biblia? La interpretan a su pinta y antojo. ¿Y si su interpretación es errónea?

El sacristán se va. ¿Será el sacristán? Nunca se lo he preguntado. No tengo mucho tiempo. En la mochila está el *spray* rojo. En la mochila están mis cuadernos de castellano y la mitad de un huiro de marihuana verde.

90

El cielo está bonito: las nubes parecen de crema. El aire está limpio porque ayer llovió. Siempre me ha gustado observar la lluvia. En general, me gusta ver la limpieza.

Intempestivamente, suena mi celular.

—¿Camila?

—Sí, con ella. ¿Quién es?

—¿Cómo que quién es?

—¡Ya sé! Tico Zegers.

La voz se vuelve desilusionada:

—No. Soy Nacho. Tu pololo.

Mi novio. Siempre cuando hablamos, terminamos hablando de lo mismo: nuestro matrimonio. En el colegio me enseñan que una

debe tener un amor para siempre. Un único amor, como el de la virgen María. Claro que eso te lo enseñan cuando eres pendeja. Muy niña.

—Camila: hoy viene a mi casa el Pancho con la Cote. Ayer llegaron y quiere mostrarnos el video que realizaron.

Yo me besé con el Pancho Marías en su casa, mientras el Nacho estaba en el baño y la Cote estaba en la cocina. Lo raro es que después los vimos a los dos en la cocina. ¿Y si también nos ponen el gorro?

El Pancho tiene una tía buena onda que se llama Javiera Marías.

El Pancho tiene 23 años.

El Pancho dice que no fuma, no bebe y no se droga.

El Pancho va al gimnasio de Claudio Spiniak.

La verdad: lo que ocurre es que odio la hipocresía de Carabineros. ¿Por qué ayudan a los que tienen el poder? La búsqueda del poder no es más que la búsqueda de la comodidad. No me gustaría tener a mis pies a la gente. ¿Por qué Jesús tiene discípulos? ¿Por qué hasta yo tengo amigos? Amistad en polvo. Odio a mi padre. ¿Quién posee la verdad? Me agradaría conocer la verdad.

—Ámame dos veces —le dije al Nacho.

Me gustaría reunir a la gente que odio en un gran banquete. Largas mesas sobre el césped mullido. Manteles blancos y yo presidiendo la mesa. Teniendo a la derecha a mi padre y a la izquierda a Pancho. Todos sumisos porque sería mi homenaje de mi cumpleaños número dieciocho, cuando obtenga la mayoría de edad. ¿Reconocerían mi superioridad? Poseo un mando incontestable a distancia. Me pondría a sonreír, y (sólo eso) pensaría: yo debiera llorar,

y tal vez lo haría con la más tonta de las películas sentimentales, pero no lo haría ahora, porque estoy dándole una sonrisa a la gente.

Es lo que más aborrezco: mi propia hipocresía. Pongo en mis oídos mi *Walkman* RX-720 de Sony y sale la música de Courtney Love.

Los taburetes de nogal son suaves como para incrustarles gilletes para que la gente mala se corte. Yo no creo en nada. Sólo creo en mí misma. ¿Qué habrá al otro lado? Hay paredes de granito y cuadros que escenifican a Jesús antes de que lo crucifiquen. Cobarde. Sucio. Malnacido. ¿Por qué pienso esto? No fue más que un loco. Este mundo no despierta para NADA. Estoy metida en mi propia prisión. No quise nacer. No quise amar. ¿Qué estará haciendo mi mamita ahora? ¿Dándole de mamar al bebé?

¿Cómo se llama?

Yo sé cómo se llama...

Las murallas blancas de esta iglesia me recuerdan algo de mi infancia. A veces, como que me siento desposeída y poseída a la vez. Recuerdos vagos y lo único que deseo es bañarme desnuda con agua y sales de colores. ¿Por qué me dejaron sola? ¿Sola? ¿Lo estoy ahora? Estoy sentada, con las manos juntas, en posición de rezo. Mi cabello castaño se mece al compás del impulso. Mis botas color rojo-baliza están resplandecientes e incluso puedo ver mi nariz. Una nariz filuda y algo levantada. Unos pómulos que parecen limones de pica. Unos ojos gatunos que no quieren ser gatunos y con el iris de un color indefinido como el pardo.

—Tus ojos son indefinidos como tu alma —me dijo no hace mucho mi terapeuta.

Me duele un poco el cuello. Miro la hora: las 16:36. ¿Cuánto tiempo tengo? ¿Estoy con ganas de hacerlo? Estoy un poquito resfriada. Si las gotitas de agua cayeran de mi nariz se formaría un río.

Abro el cierre de mi mochila. Es una mochila Adidas de color amarillo. Observo el *spray*. Lo agito. Lo destapo.

Lo uso en la iglesia.

2. Veo veo

A la gente le da lata involucrarse. Estoy sentada, aburrida, y oigo lo que nos dice el profesor de Historia de Chile. ¿Por qué nos hacen memorizar a Villalobos? Digamos que es mejor que Frías Valenzuela, pero lo digo: nunca me he comprado que un profe se ponga delante de mí a darme lecciones de algo. No me agrada que me enseñen. Prefiero hacerlo por mí misma, sin atados, sin ninguna obligación de por medio, ¿okey? Es un día de junio del 2004. Las mañanas siempre son frías, aunque el sol aparezca temprano. Es curioso: ¿por qué en octubre hay días muy calurosos y otros días muy fríos? Me recuerda a la imposibilidad de que en la vida todo sea negro o blanco. En los intersticios siempre hay una mezcla, y que a la gente le da lata involucrarse me lleva a pensar que estoy aburrida, y el profe nos enseña que no hay más cosas en el cielo que en la tierra que con las que sueña tu filosofía. Mis gafas Rayban se caen al suelo. Las recojo. En mis rodillas tengo un libro de poemas de Rimbaud abierto en la página 50. El mutismo absoluto. Todas están calladas, atentas, y la Jesús, simplemente, le pasa a la Trini un papelito. La Trini desenvuelve el papelito, lo lee y sonríe. ¿Qué dirá el papelito? ¿Me interesaría realmente saber lo que dice? La realidad no es más de lo que se ve. De pronto, mientras el profesor habla del virreinato del Perú, la Jesús se levanta de su asiento y pide permiso para ir al baño.

93

—¿Puedo ir al baño? —le digo dos minutos después que la Trini se fuera también al baño y cuatro desde que la Jesús pidió lo mismo.

Los patios del colegio. Me incrusto los *Rayban* en los ojos. Los lentes son de color marrón-uva. El viento me roza la cara. Respiro

hondo. Siento paz. Ni un alma. Ni un zapato. Ni un botón. Paso frente a un ventanal. El reflejo mío provoca que me detenga un rato. Mi mirada se pierde. Por unos segundos, me siento autista.

Vuelvo en mí. Me veo extraña con el uniforme. Bajo mi camisa tengo una polera de los *Gun's N' Roses*. En general, no la suelo usar. ¿Para qué? Al Nacho le carga *Gun's N' Roses*. El único que se salva de ese grupo es el melenudo y ñato de *Slash*. Buen guitarrista: hasta por ahí no más.

Mi andar es ligero, como que floto, como que vuelo. Después hay que ver la posibilidad de ir al cine con el Nacho. El amanecer de los muertos me tinca. Sé que su director es Zack Snyder.

¿Qué hay más allá del sol y las estrellas?

¿Qué hay más allá de un trago de agua?

94

Me hago preguntas, y me apuro. Voy al baño. A esta hora siempre está vacío. El baño está cerca de nuestra sala, por lo que supongo que ellas deben estar allí.

Ayer martes el cura no fue a mi casa. Llamó a mi papá para decirle que estaba con los Carabineros porque un “terrorista hijo de Belcebú” había rayado con *spray* las paredes y taburetes de la iglesia...

A la gente le da lata involucrarse. Hay una suerte de fijación obsesiva en mis compañeras de curso, aparte de la bulimia y la anorexia. No diré cuál, pero es obvio. Un temblor semejante a la fatiga se apodera de mi barriga. En rigor, no es una barriga. Barriga no tengo. Panza menos. Hago abdominales todos los santos días del año. Siempre me he preocupado del físico, y aunque digan que eso es irrelevante, banal, superficial o idiota, yo digo que una mente enferma no puede tener un cuerpo enfermo.

Tal vez los locos son los más cuerdos en este planeta. A los hombres, y digo hombres en sentido genérico, queriendo poner a las mujeres en la fila india de la película de la vida, les encanta crear y destruir. Aquello da a conocer lo que yo siempre digo: la imbecilidad humana no tiene límites.

El inspector me dice:

—Tiene pinta de llover —aunque las gafas cubran mis ojos como la telaraña de un araña el rincón más oscuro de una mansión embrujada, igual le sonrío. Como siempre, mi sonrisa es fría, distante. No quiero mantener relaciones personales con gente que en algún momento me puede dañar, o herir. Pero ¿para qué sonreírle si no quiero hacerlo? Debe ser una costumbre adquirida. Mi mamá siempre sonrío. Y no veo por qué tiene que sonreír. Mostrar una imagen que dista de la realidad o lo que verdaderamente sientes es sólo una pantalla. Odio las pantallas. Lo trágico es que le está pegando la costumbre a mis hermanos menores. ¿Para qué la pose? Si te sientes mal, no sonrías. Si te sientes bien, sonrío.

95

—Sí, la mató. Está súper nublado. Las nubes están a punto de estallar —hago una pausa. Un conjunto de lágrimas divinas sobre la testa intransigente —le digo.

Le sorprende lo que le digo, porque al par de segundos me replica:

—Has sacado buen puntaje para entrar a la universidad: ¿piensas estudiar Licenciatura en Letras?

Las cagó el huevón pa' tonto. El que yo diga palabras sueltas que ni siquiera riman no significa absolutamente nada. Lo que les digo: nada. Arthur Rimbaud lo hace mejor que yo, y él ni siquiera fue a la universidad. La universidad es la cuna del poder y la tumba del saber. El conocimiento está afuera de un aula. Basta ver a la cantidad de cesantes ilustrados en Chile. Estoy de acuerdo con la primera palabra: cesantes. ¿Ilustrados? No me hagan reír.

Ignorantes con título. Esa acepción me deja más conforme, aunque nunca digas que estás conforme, porque eso es símbolo de comodidad. Y la comodidad lleva al mal. Por ejemplo, una panza es sinónimo de comodidad. Una mujer que tiene cuatro hijos, que dejó la universidad y se casó a los 23 (mi mamá) es sinónimo de comodidad.

Qué triste.

Qué lamentable.

Me detengo ante la entrada del baño. Un tubo fluorescente parpadea. Sí. Sí. Lo que suponía: las dos están adentro. Jesús + Trini.

—Acabamos de probar la caspa del diablo, Rochet. Cuatro mil y te doy un poco —me dice la Trini.

—Es que mamarse la clase de ese abogado frustrado es realmente penca —me dice la Jesús.

Qué comadre más tonta. Es problema del profe si es o no un frustrado. Lo que es yo, prefiero la historia a saber un decreto asqueroso hecho por un diputado que lo único que sabe es sonreír para ganar votos. Mi papá es abogado, qué asco. Mi mamá estudió derecho, qué penoso. No es que tenga algo con ellos, pero venir de una familia de abogados invariablemente te marca. Mi abuelo también es abogado. Algunos tíos míos, también.

—Okey —le digo a la Trini. Ella enciende un cigarrillo.

—Apágalo —le dice la Jesús, urgida. Va a quedar pasado y después van a estar molestando.

—¿Quiénes? —le pregunto confundida, media molesta, media desilusionada.

¿Creen que soy una drogadicta como ellas?

Les paso el dinero.

Mi carné de identidad con mi foto en technicolor y la parte transparente de un lápiz y entrar a una caseta del baño y, ¿qué viene después?

Lo sé.

3. La verdad, la amarga verdad

A veces me pongo a pensar en un amor verdadero. Obviamente: lo mío con el Nacho no es amor. El amor ocurre, y no ocurre. Pasa, y tampoco pasa. No es difícil de explicar. Miente el que dice que las cuestiones de amor no se pueden explicar. Lo que pasa es que duele analizar lo concerniente al amor. Hay objetivos en la vida que no se transan. Hay actos, hechos, actos, sobre todo actos, sin embargo, y puede que esté equivocada, las cosas sucederán siempre en la corriente cristalina y turbia de la experiencia, y, por consiguiente, la vida.

97

Conocí al Nacho. Lo nuestro fue instantáneo, pero no. En realidad, no creo que haya amor. ¿Cómo puedo hablar del amor si nunca lo he experimentado?

La muerte de alguien siempre disminuye. Siempre he pensado en la muerte. Cuando tenía diez años, mi abuelo me llevaba a pasear al Cementerio General. Yo siempre me ponía a mirar los féretros y los mausoleos. Algunos mausoleos muy viejos, con musgo y antiquísimos, y con diseños estrafalarios algunos. Es curioso: después de todo la muerte no es más que dejar de existir. ¿Y qué pasó con esas vivencias? ¿Con esos amores? ¿Con esas familias? Algunos fueron padres, hijos, madres, vagabundos, presidentes de la República, vagabundos.

Algunos estuvieron solos, tan solos como yo.

Hay que tener sustancia espiritual para estar solo. Mucha sustancia. Por ejemplo, yo admiro a los ermitaños, a los monjes

budistas, en fin. No sé. Puede que mañana me haga un harakiri, o haga el amor. ¿Hago el amor?

Con respecto al amor, no diré más. No hay nada más que decir.

Sólo sé que nada sé.

El Volvo de papá estaba estacionado en la calle. El sol pegaba fuerte. Sólo dije que iba a andar en patines por el barrio. Dije eso. Tomé las llaves de mi casa. Me las guardé en un bolsillo del short. Me puse al revés una gorra de Los Ángeles Lakers en la cabeza.

El auto de papá estaba sucio. Me vi en el espejo. ¿Qué veo? Me veo a mí misma.

Veo a una adolescente.

98

Alguien bueno.

Tomo las llaves. Me acerco al Volvo de mi padre.

Junto la punta de una llave, filosa, por la puerta lateral. La pintura blanca. Le hago un rayón al automóvil. Me siento mejor. Sí. Sí. Mejor. No hay nadie en la calle. En las calles de por aquí se ve muy poca gente. Al parecer todos están en sus casas. Nadie sale a la calle. No se ven niños jugando. Muy raras veces. ¿Para qué? Hay jardines y patios. Me impulso y hago un movimiento de baile y le hago un rayón al auto.

Se nota.

—La verdad siempre dolerá. Igual que el amor —susurro, feliz.

Más hecha.

4. Un túnel que no conduce a ninguna parte

Buenos sentimientos. Me veo a mí misma como una lagartija. Con una varita mágica me gustaría hacer feliz a la gente. Si todos estuvieran felices, no habría desamor. Si todos cantáramos, yo sería distinta.

No tengo dedos para el piano. Acabo de jalar una buena dosis de cocaína. Mis párpados suben y bajan como un ascensor. Hablo rápido y las ideas se me vienen de una. El Nacho me espera a la salida del colegio con su Vitara color azul-cielo. Está afuera del carro, con un pucho calentándole la cara y los pies cruzados y una sonrisa. Su actitud tiene un aire a Rusty James chileno... Vieja esa huevada... Al tiempo, andamos como levitando por la Avenida Kennedy. Vamos al Parque Arauco. Cuando estoy mal, siempre voy de compras. Por eso llamé al Nacho a su celular personal que sólo acepta llamadas mías y le dije que me acompañara a comprar como una posesa de una película de terror. El cartonero lo tengo en mi estuche de lápices que tengo en mi mochila. Sé lo que voy a hacer con él. ¿Por qué mucha gente va a los *malls*? Van a comprar o vitrinear. ¿Qué hay de entretenido en ellos? Yo siempre voy a los *malls* cuando estoy con el bajón, y aunque el Nacho se ha dado cuenta que estoy jalada, sólo digo que estoy loca, feliz, loca.

99

Soy la dueña del mundo.

—¿Qué música tenís, Nacho? —le pregunto concentrada en los cedés que hay esparcidos en el suelo del *jeep*. Encuentro un *compact* de música electrónica. Lo pongo.

Arriba de la pelota, jalada, con mis anteojos marrón-uva tapándome la vista que no hace clic, mi Nacho parece de otro planeta. Un planeta gaseoso. Un planeta sin gente.

Parece un simpático extraterrestre.

—¿Cuánto hái jalado? —me pregunta él.

Las señalizaciones de la Avenida Kennedy (¿por qué chuchas se tiene que llamar Kennedy?) son piolas, pero ¿acaso es una autopista?

La Jesús es una idiota. Es la típica mina que se comen los huevones en los lentos. Le dan un buen beso con lengua y si te da más la pasada te la puedes culear en el baño. Pero cuando hacemos fiestas de curso, invitamos a otros cursos de colegios de hombres que conocemos muy bien. Hacemos las fiestas en la casa de la Cati, la mina más chanta del curso. Jura que por comprarse ropa en Zara se ve como una, pero la loca no cacha que la ropa es lo de menos. Lo importante es la actitud. Claro que tampoco hay necesidad de vestirse como las huevas. Siempre debe haber preocupación. Todo, y digo todo, entra por la vista.

100

Al mal tiempo, siempre una buena cara.

Le pido al Nacho que se compre una cerveza en un servicentro. Los nombres de los servicentros nunca se me quedan. Yo no puedo manejar, y no estoy ni ahí con manejar. ¿Para qué, si tengo a un huevón buena onda llamado Nacho que siempre me va a buscar? Hora que sea, lugar que sea. Como cuando fue a buscar a mi vieja, la procesadora de espermios, al Comodoro Arturo Benítez porque ella había ido de compras a Iquique.

Puede que la Jesús sea una idiota, pero odio que mi mamita la adore. Tan simpática que es la Jesús, es una niña adorable ¿no crees? Toda una dama. Y habla tan poco. Es una señorita. Y lo que no sabe mi mamá es que la Jesús es una maraca buena para las falopas y buena para el pico. En ese sentido es tan chanta como la Cati. Una se viste como las huevas y la otra es una dependiente químico. ¿Se puede concebir que la Cati se ponga bototos con unos calcetines a rayas y una falda que usan solamente las viejas picantes? Y sus poleras a rayas. Lo único que falta es que sean del

color de las rayas de la ropa (¿chaleco?) que usa Freddy Krueger. A la mierda. Lo peor es que nunca se encuentra estacionamiento en el Parque Arauco. Y cuando se ven a esas morenas picantes que van al gimnasio shulo que hay en Vitacura, en Isidora Gonoyechea, que no cacho qué nombre tiene y no me doy la gana de nombrarlo porque para acordarme de huevadas no tengo tiempo, me doy cuenta que con todas siempre he preferido el Apumanque. Será más viejo y todo, pero su neón color rosado-chicle es bacán. Tiene historia. Y ni hablar de huevadas picantes como el Mall del Centro.

Definitivamente: jalar falopas me hace mal. ¿Qué tiene de malo Cerrillos aparte de que sus habitantes no tienen estilo? Onda, deben ser personas que ven programas tan asquerosos como Mekano y en la noche ven al chanta del Kike Morandé. Mala cosa.

Que nos estacionemos cuesta un poco, pero al final lo hacemos. Hurgo en mi mochila para sacar el cartonero. ¿Me encontraré con algunas pelotudas de las Monjas Inglesas? Es viernes, deben ser como las cuatro o cinco de la tarde, empezará a oscurecer, hace un frío que cala los huesos, y tengo el cartonero.

101

¿Lo uso o no lo uso?

No.

Mejor no.

Mejor lo dejo en su lugar.

Me saco las gafas. Las puertas de vidrio del Parque Arauco se abren automáticamente. Un microclima bueno se ha apoderado de mí. Estoy bella, soy la mejor.. El poco de cerveza... ¿Qué cerveza tomé? Sólo tomo Corona con un limón en rodaja metido en el gollote. Parece que bebí esa huevada rockera de la Escudo.

Mi mamita debe estar en la casa. ¿Reposando y cuidando que mi nana peruana no se vaya a mandar alguna cagada? Mi papá a esta hora está en el estudio jurídico. El Nacho está a mi lado.

Lo primero que hacemos es ir a Zara.

5. Galaxias finales

Comprar una porquería en Zara no sale muy caro. Entre ir a comprar con mi mamá, que ya no cacha, porque toda la gente que tiene 39 años no cacha absolutamente nada, aunque han vivido más, prefiero ir con el boludo de mi pololo. Parece estúpido que hablemos de nuestro matrimonio. No es que hablemos siempre de nuestro matrimonio, lo que sería demasiado estúpido, pero ¿nos proyectamos?

Yo no me proyecto con nadie.

102

Cuando hablo del futuro con el Nacho, tal vez, muy lejanamente, pienso que viviré con él, pero sería una lata. No es un sujeto muy interesante.

Hacer el amor también hace bien, pero lo que yo tengo con el Nacho siempre ha sido sexo. No es apropiado hablar de eso. Nada es apropiado. ¿Quién te indica lo que es apropiado? Si dices que tus padres te indican lo que es apropiado de lo que no lo es, estás bien. Si piensas lo contrario, no estás bien. Así de simple.

La idea de no querer casarme jamás en la vida se me vino en un viaje a Sidney.

Pero me da flojera contar la historia.

El amor se ha vuelto un objeto esquivo. Por eso decido ir al Jumbo más lejano de mi casa con una navaja. La navaja es filuda.

Epílogo

- Dejó la grande, Teniente.
- Mira que ponerse a tajar a la gente, Cabo.
- Estaba loca.
- Bien encarcelada estará.

El sueño de todos

Carlos Gómez

Venezuela

Las mujeres son más bonitas cuando está lloviendo. Para persuadirse de ello es necesario estar un día bajo la lluvia liviana sentado en el Amper o esperando en el Boulevard... Aquella tarde llovía y esperaba que escampara encima de una mesa del Amper mordiendo un *croissant* con guayanés. La muchacha estaba dos mesas al frente. Tal como lo recuerdo no había más nadie alrededor. Estaba empapada de los pies hasta el cuello. Su ropa caía sobre las formas de su cuerpo que se perfilaban y borraban detrás del relieve de su franela blanca. Tenía un cuaderno y un lapicero anaranjado con el que dibujaba, afincada sobre el cuaderno, y su espalda se movía con la misma soltura con la que dibujaba. Su cabello pesado se bifurcaba, enrollaba y volvía a abrir en un haz de hilos muy delgados que le acariciaban apenas la piel. Y tenía las mejillas empañadas, apenas impregnadas de un color tibio, como si el único rayo de sol que caía en el Amper pasase ahí por su mejilla derecha, como si la oscuridad de la lluvia la hiciese más intensa...

¿Qué haces? ¿Cómo te llamas? Una fuerza en mí me arrastraba y quería que le preguntara. *Cambiaría todo lo que sé, todo lo que me han enseñado en esta vida en esta universidad por estudiar todos los días la geología de tus mejillas, la densidad de tu mirada, la longitud de onda de tu cabello, la continuidad de tu ombligo.* Cuando dije (pensé) estas palabras la muchacha volteó y aunque traté de convencerme de que observaba hacia otro sitio, sonreía mirándome a los ojos la boca entreabierta. Seguidamente se acomodó y estiró su blusa, ocultando su cintura y ombligo. *¿Me habría escuchado? ¿Cómo iba a oír mi pensamiento, pero cómo por coincidencia iba a acordarse ahorita de su camisa? Mientras menos lo piensas más bonita eres,* le dije en mi cabeza. Miré detenidamente esperando algún indicio de que me hubiese escuchado, pero siguió dibujando inmovible.

Más tarde la lluvia se volvió una tormenta más rápida y más densa que cualquiera que recuerde. El agua golpeaba los techos metálicos y el ruido envolvía el lugar en una selva cerrada. El viento empujó hacia las mesas y ya los techos no eran refugio. Corrí a resguardarme debajo de la churuata del Amper. La muchacha corrió también y quedó a poco más de un metro de mí...

—Tengo demasiado frío, me gritó girando y regresando la cabeza. Escondía una sonrisa detrás de gotas de lluvia.

—Ponte aquí, le dije.

Detrás de la columna se estaba al abrigo del viento. Recostada en la columna se acomodó el cabello y me sonrió.

—No sé cómo voy a hacer. Tengo examen ahorita.

Hablaba como si nos conociéramos o como si no fuese necesario.

—Ve por si acaso, fue lo más sensato que encontré decirle.

—Voy a llegar sin ropa, y se rió.

En ese momento recordé que tenía mi suéter guardado en el bolso. Lo saqué con cuidado de no mojarlo.

—Te lo pones al llegar al edificio, le dije.

Tomó el suéter sonriéndome con amabilidad.

—Gracias.

Caminando hacia la calle volteó hacia mí.

—¿Cómo te encuentro? me preguntó.

—Como nos encontramos hoy.

Nos miramos y su expresión sabía que nos volveríamos a ver. Dio media vuelta y se lanzó hacia la lluvia alejándose...

Poco a poco comenzó a escampar. Después de algunos minutos de la lluvia sólo quedaban el silencio y las mesas mojadas y vacías empezando a aclararse. Encima de la suya había un objeto de color. Era un bolígrafo corriente, completamente anaranjado. En el pie tenía una etiqueta diminuta que decía *Valentina Lucía C. 8° A* y al lado una calcomanía muy pequeña con un morrocoy. Y era sólo un bolígrafo, pero era entrar escondido en la intimidad de aquella muchacha de quien apenas sabía su sonrisa, que tenía examen ahorita y que me gustaba...

Bajé las escaleras tomando camino hacia los auditorios. El horizonte se movía detrás de la neblina. Pasando el auditorio me encontré con un cúmulo de gente reunida en trajes vistosos y voces alegres. Caminé un poco. Alrededor del laberinto de flores de color la universidad se abría con sus edificios blancos dispersos entre la grama. Un eco sordo venía de lejos. Sobre la gran explanada de grama al lado de la Biblioteca corrían dos equipos de fútbol y el pitido lejano del árbitro sonaba entre los golpes de

cuero del balón. La sombra de los cipreses caía en dirección a MEU. En el camino blanco que cruza hacia Comunicaciones niños con esquíes acampaban. Encima del valle se levantaba El Ávila con sus macizos verdes de todos los tonos y el hotel Humboldt titilando en la cima occidental.

Los invitados comenzaron a reunirse a las puertas del auditorio para entrar a la graduación. Me senté en un puesto de ventana. Cerraron las puertas. Una azafata me interrumpió para que me abrochara el cinturón del asiento. El aire acondicionado susurraba en el fondo. Bajaron las luces y la orquesta empezó a tocar la marcha de Elgar. Los graduandos recibían uno a uno su homenaje envueltos en la precipitación de aplausos. Recordé la primera vez que salí de la Biblioteca y estaba oscuro, el pico frío y negro del búho, el rectorado pintado de franelas amarillas, el bolígrafo anaranjado que tenía en el bolso...

Salí al cielo de la segunda mitad de la tarde. La sombra de los cipreses indicaba ahora hacia la Biblioteca. Me acosté en el cemento frente a Comunicaciones mecido por una brisa tranquila y un silencio que iba y venía...

Cuando desperté, el salón estaba lleno y mis compañeros en silencio. El profesor comenzaba a repartir. Miré alrededor buscando algún conocido... El aula por la forma de sus ventanas parecía una de MEU. El profesor me miró de reojo y me dio el examen. Me apresuré en sacar un lápiz y una borra; el bolígrafo anaranjado estaba ahí. La prueba era de Química Orgánica y tenía siete problemas. El primero consistía en ordenar tres compuestos de acuerdo a su acidez. Escribía la primera respuesta cuando el profesor comenzó a recoger. Nadie había terminado y nos mirábamos atónitos. El profesor pasó por mi pupitre:

—Pero si apenas estoy empezando, le dije.

—Bienvenido a la Simón Bolívar, contestó tomando mi examen.

Al salir del edificio, la luz del día terminaba de extinguirse. Me senté en el tope de cemento dándole vueltas al bolígrafo anaranjado... Estudiaba tercer año cuando visité por primera vez la universidad; había conocido la Biblioteca y me había detenido

curioso frente al banco de rayas paralelas. Sentía esos recuerdos como si acabaran de ocurrir. Ese día mi mamá me preguntó si estudiaría en esta universidad. Dentro de mí dije que sí, como si mi figura sentada en el tope de cemento no fuese sino una imagen oscilante de ese deseo, en el cual ya sabía dónde estaría hoy y que iba a estudiar Computación. Por eso es importante estar aquí para salir bien y graduarse, pero sobre todo para las cosas que no están en la lista, para meterse en Muga escuchar a la Orquesta de Cámara aprender Botánica caminar bajo la fuente del rectorado girando, conocer una muchacha que te deje todo el día pensando bajo la lluvia...

Empecé a caminar entre la niebla hacia la Biblioteca. Era de noche y la luz sobrepuesta del edificio se disgregaba en la oscuridad. Atravesé el portón de madera e hice entrada al clima iluminado de la planta baja. Varias personas atendían en la recepción. Tomé las escaleras hasta el primer piso buscando un lugar para estudiar. De la sala venían voces abundantes. El nivel estaba lleno de gente estudiando y conversando en toda la profundidad de la sala, en grupos, en parejas, desplazándose entre las mesas. Hacían un ruido de fondo avivado. Había pocos asientos vacíos. Veinte estudiantes presentaban en silencio un examen de Geometría sentados en dos mesas largas, sin profesor que los cuidara. Subí al segundo piso. El lugar estaba lleno de gente, sin embargo los estudiantes aquí parecían todos de mayor edad que los de abajo. En el séptimo piso encontré menos mesas y más largas: nueve hombres de flux permanecían reunidos en cada una hablando en voz baja inmóviles sobre su silla; me devolví tratando de no hacer ruido. Cuando regresé al segundo piso comencé a percatarme de que no había ningún puesto vacío en la Biblioteca. Jóvenes estudiaban en pijama sentados en círculo sobre la alfombra... La Biblioteca era una pequeña biosfera donde adentro era día. En las ventanas yacía el cielo negro esparcido de estrellas color leche, inmóviles. El reloj de la pared indicó la una y los asistentes pasaron por los puestos repartiendo las almohadas y cobijas. Volví al primer piso para buscar aunque fuera un solo puesto vacío. Pasé detrás de un asiento. Sentí el corazón brincar.

Tenía el suéter puesto y detrás de él se asomaba su piel de temperatura suave. La toqué cuidadosamente por el brazo y volteó.

—Hola, me dijo con una sonrisa desprendida. Parecía contenta de verme.

—¿Qué haces? le pregunté.

...su cara era la del Amper pero era otra, su liviano cabello castaño caía como una quebrada y sus mejillas tenían otro horario, y es que el rostro de una mujer bonita es distinto si es de día o te observa o viste una pijama o juega tenis y son trescientos sesenta y cinco rostros que ni el más riguroso puede clasificar...

—Cayéndome a golpes con un ejercicio, me dijo.

—Tengo algo que te puede ayudar...

Saqué el bolígrafo del bolso y sonrió agrandando los ojos.

—Gracias, juraba que se me había perdido. Gracias también por el suéter, me salvaste la vida. Te lo devuelvo algún día.

—No te vayas a Japón.

Sonrió pero retrocedió la sonrisa.

—¿Vas a ver la lluvia de estrellas? me preguntó.

—No sabía nada, le dije con sorpresa.

Hablaba con seguridad.

—A las dos. El cielo está despejado.

Hubo un silencio.

—¿De qué es ese libro? le pregunté.

—De Física Moderna. ¿Tienes algo que hacer?

—No más importante que una lluvia de estrellas, le dije.

Bajamos las escaleras y fue quedando atrás el murmullo del primer piso. De pronto se detuvo a la mitad.

—Valentina, me dijo.

Su rostro cambió a uno más dulce cuando pronunció su nombre. Sonreí, le dije mi nombre y seguimos bajando las escaleras...

Sentí un soplo de aire frío. La noche era intensa y el cielo parecía más lejano y grande. Valentina caminó hasta el banco de líneas paralelas y nos sentamos meciendo las piernas. Después de un tiempo, me señaló una estrella al Oeste...

—Es Deneb, me dijo. Si vivieses en el sur de Argentina no la podrías ver.

—¿Qué es lo más lejos que has llegado? me preguntó.

—Una vez fui a Curazao, le dije.

—Yo fui a Nueva York cuando era chiquita, me dijo mirando hacia lo alto...

Poco a poco bajaba el tono de voz y su voz se hacía más dulce.

—¿No tienes frío? Deberías ponerte un suéter, me dijo.

—Mi suéter lo presté.

—¿A quién se lo prestaste?

—A la mujer más bonita que he visto, le dije.

Me miró agradecida... Sonrió y se acostó sobre el banco apoyando la cabeza en mis piernas los ojos alumbrados por la esfera celeste. Yo seguí mirando hacia el cielo y hacia ella acariciando su cabello delgado que se deshacía y volvía a mezclar entre mis dedos en un momento que quise fuera eterno...

112 Por un instante sentía un soplido de la lluvia envolvente en el Amper, el examen de MEU, la luz intensa de la Biblioteca, como pinturas mojadas o pedazos de un extraño sueño... La universidad es un sueño con explanadas de grama y estaciones entre la grama, con una señora asomada a la ventana toda la noche, con pinos y palmeras en el mismo paisaje, un balón de Básquet suspendido en el aire, una silla que toma la forma de su sombra... Sentí el corazón golpeándome el pecho. ¿Y si estaba soñando? ¿Si todo lo que acababa de ocurrir había sido un sueño? La muchacha en el Amper, el concierto de esta mañana, la exposición del martes, el segundo examen de Discretas, los Intercarreras, el verano de Física, la primera vez que entré a mi sala de lectura, Sociales 3, las tareas de Inglés, EGE, MEM, el primer examen de Matemáticas 1, vivenciales, el comprobante de inscripción, mi nombre en la cartelera de DACE y el examen de admisión. ¿Si todo había sido un largo y engañoso sueño? Miré hacia el Norte y el hotel Humboldt estaba ahí, titilando en la cima de la montaña.

Valentina se había quedado dormida con los labios entrea-biertos. Cuando miré alrededor, era de día. Miré hacia el cielo y pasaron dos estrellas fugaces dejando un trazo de luz sobre el cielo azul. Traté de despertar a Valentina pero algo me impedía mover

los brazos. La Biblioteca parecía de costado sobre el suelo detrás de mi espalda. La luz era oscura y en el aire flotaba un olor a mañana. El despertador marcaba las 5:30 a.m. y en la cama me esperaba una *chemise* azul y un *blue jean* *, y una crema contra el acné en la mesa de noche...

*Nota del editor: Se trata del uniforme de los alumnos de la escuela secundaria en Venezuela.

Los tatuajes de Ernesto

Ulises Juárez Polanco

Nicaragua

*En todo caso había un solo túnel, oscuro y solitario:
el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia,
mi juventud, toda mi vida.*

E.S.

Las tres de la madrugada. La sala se abriga en la penumbra. Al otro lado de la puerta, los coches pasan de cuando en cuando. Sus faroles pinchan el negro, iluminando los graffitis de las paredes interiores como película en movimiento. La lluvia golpea el techo, entra a través de un agujero en el zinc, formando un charco en el piso. La música es ligera, apenas audible... *No dark sarcasm in the classroom*. Una de *Pink Floyd*. El zumbido de una aguja tatuando perfora el aire.

En el cuarto trasero, Ernesto yace bocabajo en una tabla de aluminio estéril, mientras el Tatuador sssssss sombrea su ssssSSS espalda con la SSSSSSS *Coastal Alum-Swing Gate*. Ernesto exprime la plataforma, sus dedos se deslizan sudorosos hacia el borde exterior. Se encorva por el dolor físico que le provoca la aguja, pero crea más daño un espíritu seco que un cuerpo marchito. El Tatuador exprime la montura de aluminio. Sssssss. La sangre se mezcla con tinta y lagunas purpúreas se forman en la superficie de su piel. El Tatuador también sssssss está hecho trizas. Limpia los excesos con un retazo de gasa. Se detiene, fugaz, para frotar la humedad de sus ojos cansados.

algún día haré justicia nunca nadie vino a silenciar estas avispas de mi mente la aguja la tolero pero no a ellos nunca tendrán perdón mi corazón bombea veneno necesito curar este cuerpo vacío algo cruje mi interior hoy termina todo todo todo sólo falta uno el más difícil pero tengo que terminar tengo que terminar es difícil pero tengo que terminar

«Creo que necesitaré un par de horas mañana, no sé si pueda acabarlo todo en esta sesión», interrumpe el Tatuador. Ernesto sacude su cabeza para hacerle frente:

«¡No! Tiene que ser terminado esta noche, ése era el trato».

«He estado aquí cada madrugada por cinco semanas, ¡por dios, necesito dormir un poco!», le contesta el hombre con la máquina en la mano, desesperado.

«Les dije a mis amigos que podrían verlo mañana, les prometí ir con ellos mañana, que sería un buen reencuentro después de tanta espera, que valdría la pena esperar tanto tiempo, necesito que usted termine todo para poder cumplirles».

«¡Madre santísima! ¿Nadie los ha visto todavía? ¡Pero si están cubriendo su cuerpo entero! ¡No es posible que nadie los haya visto!».

Ernesto responde con una calma triste. El abatimiento de su alma se le escapa por los ojos. «Ellos no pueden verlo todavía, y eso no importa en este momento, ¿usted va a acabar esto, sí o no?».

El Tatuador estudia la cara de Ernesto. Su piel es joven; su expresión, vieja y estropeada. Al llegar a cada sesión de trabajo, dispuestas siempre de 11 p.m. en adelante, Ernesto se muestra envejecido estrepitosamente. Los círculos oscuros ya frecuentan sus ojos vacantes.

«Bien. Si ése era el trato, acabaré. Soy hombre de palabra».

El hombre sumerge su aguja en una bandeja con tinta y la presiona en la espalda de Ernesto ssssss perforando la piel y lanzando una corriente ssssss azulada profunda debajo de la superficie. Un reloj en la pared hace el tictac de los minutos, ahora convertidos en eternidad ardorosa.

El Tatuador saca un cigarro y antes de poder encenderlo, Ernesto lo detiene. «Usted no tiene tiempo para fumar». El hombre gruñe, después enciende su cigarro. «Mire, yo tomo este trabajo porque paga bien, pero nadie me posee, especialmente ningún monstruo como usted».

Toma el cigarro y da un golpe largo. Con el cigarrillo entre sus dedos, se acerca a él y descubre una cicatriz larga, carnuda, en el hombro de Ernesto.

«Es la cicatriz más fea que he visto en toda mi vida, ¿cómo se hizo esa cosa?», pregunta, sorprendido.

«La conseguí en la secundaria. Hace diez años».

«¿Haciendo qué?».

«Algunos individuos en la escuela deseaban saber si un cobarde sangra igual que un hombre de verdad, así que me sostuvieron y me clavaron un cuchillo de cocina en la espalda».

El hombre mira la cicatriz. «¿Y qué sucedió después?».

«Nada», le responde Ernesto, «ahora, ¿puede volver usted a su trabajo?, estamos cortos de tiempo». El ambiente es un cuadrado de plomo balanceándose sobre una hebra de paja, mi respiración aplastada.

Un cigarro es succionado y de regreso al trabajo. Otras horas pasan. Otras horas más e iguales ssssss pasan.

Ernesto hace una mueca de dolor mientras el hombre detalla un ssssss área en el cuello. El sistema nervioso de Ernesto trabaja horas extras, hasta colapsar.

aguantar dolor es necesario tradición oriental explica tatuajes aproximación perdón divino aquellos hombres formas geométricas cuerpo completo cubierto incluir cara lengua todo cuerpo equivale reencarnación perfecta indulto celestial después de muerte

¿Cuánto sufrimiento cabe en el odio de un ser humano?

Ssssss. El alcohol en la herida, para cicatrizar rápido, le deflagra el cuello. Un movimiento brusco. Ernesto resbala de la tabla. «Necesito un minuto», exige. El Tatuador ríe con ironía: «pensé que tenía prisa, según usted, no tenemos tiempo para descansos». «Duele, bastante, sólo déme un minuto mientras relajo el cuerpo».

El Tatuador decide hacer lo mismo. Sacude su cabeza. Ernesto saca un libro grande de su mochila y lo hojea con rapidez. El Tatuador logra ver de reojo la cubierta.

«¿Ramírez Goyena? ¿Instituto Ramírez Goyena? ¿Usted estudió allí?».

Ernesto cabecea sin mirar arriba. Sus recuerdos duelen más que esa aguja-avispa marcando su piel encarnada.

«Hay una reunión mañana por la noche, ¿no es así? Aquellos que quedan vivos. ¿No?».

Ernesto da vuelta a las páginas del anuario con paciencia milenaria. No contesta.

tengo que terminar lo que inicié tengo que terminar lo que inicié tengo que terminar lo que inicié

«Escuché algo de eso en las noticias. Generación del 84. Es esa generación en que hubo varios homicidios en los últimos días,

¿verdad? Pobres, mientras se preparan para celebrar el pasado, el presente les hace una mala jugada».

*sólo falta uno el más difícil tengo que terminar lo que inicié
sólo falta uno el más difícil tengo que terminar lo que inicié sólo
falta uno el más difícil tengo que terminar lo que inicié sólo falta
uno el más difícil tengo que terminar lo que inicié*

Ernesto cierra el libro y lo vuelve a meter a su mochila: «pagué extraordinariamente por su silencio, ¿recuerda? Cállese, por favor. Cállese».

El hombre lo estudia por un momento. Toma su aguja y vuelve al trabajo en silencio. Sabe que Ernesto tiene razón. Pasos del tiempo en el desasosiego de un solitario. Afuera, el sol pela lejos las capas de noche. El Tatuador se inclina detrás de la tabla, retira su instrumento y sacude sus manos. «Ok, ya está listo». Ernesto se levanta de la tabla y camina con pausas hacia el espejo. Le arde cada milímetro de su ser. Toca con sus manos suavemente encima de su estómago, su pecho, su espalda, sus brazos, sus pies, su rostro. Una mirada satisfecha se perfila a través de su cara. Se viste sin prisa. Después empuja su mano en su bolsillo, saca un rollo de efectivo y le da su parte al Tatuador. «Hizo un buen trabajo, gracias».

Explora el cuarto y sus ojos se detienen en las aún san-grientas-entintadas agujas que están sobre una bandeja. «¿Me las puedo llevar?», pregunta. El hombre cuenta su dinero, apenas enterado que Ernesto todavía está en el cuarto hablándole.

«¿Para qué?».

«Pagaré. ¿Me las puedo llevar sí o no?».

«Tomálas todas. No las puedo utilizar otra vez».

Ernesto envuelve con cuidado las agujas-avispas en un cojín de gasa y las mete en su chaqueta. El Tatuador conduce a Ernesto a la puerta y le despide: «espero que haya valido la pena». Ernesto le hace frente y pregunta: «¿qué quiere decir?».

«Todo el dolor, dinero y todo. Espero que a sus amigos en la reunión les guste todo el sacrificio que hizo. Será un manera original de recordar a sus compañeros que han muerto».

«No voy a la reunión».

«Pero pensé que deseaba mostrar a sus amigos el sacrificio que acaba de hacer. Pensé que ése era el punto de tanto trabajo y impaciencia».

«Quise decir a mis amigos del trabajo».

«Oh — s i l e n c i o — Y a todo esto, ¿dónde es que trabaja?».

Ernesto lo mira en los ojos y contesta: en la morgue. El Tatuador elimina una risa ahogada, torpe. Le evita sus ojos, pero la mirada fija de Ernesto es un arma a la cabeza. Después de un silencio incómodo, empieza a caminar, empieza a irse. Qué hombre más extraño, confirma el Tatuador. En la mochila de Ernesto, aún descansa el anuario cerrado. Las palabras, escritas en sangre no roja sino ya café, se leen garrapateadas a través del espacio vacío en la cubierta interna: *Generación del 84 – Agradecimiento por las memorias. ¡Perdedooooor! ¡Cobarde!*

Pasado oxidado. Las sombras y la lluvia se extinguen mientras desaparece al final de la calle. Una mochila negra es lo último que el Tatuador observa.

Llega la mañana. Ernesto ya casi no respira. Son 7 pastillas. Cada pastilla, una flor traicionera. Es un bebe sin sonrisa. Un bebe que mastica vidrio. El ciclo está completo. La vida ahora es accesorio. Todo tiene claridad frente al precipicio.

*sólo faltaba uno el más difícil tenía que terminar lo que inicié
sólo faltaba uno el más difícil tenía que terminar lo que inicié sólo
falta uno el más difícil*

Subir al paraíso por la escalera de la venganza.

*he bebido un enorme trago de veneno dijo Jean Arthur y yo
imito me queman entrañas violencia del veneno me retuerce
miembros me vuelve deforme me derriba me muero de sed me
ahogo no puedo gritar es el infierno pena eterna flaqueza la
crueldad del mundo dios mío piedad ocultadme me siento dema-
siado mal estoy oculto y no lo estoy no sé como aguantó Jean
Arthur yo no aguanto me duele me duele el dolor es muy fuerte no
aguanto suenan campanadas distancia desconozco quizá doblan
por mí suenan cerca cerca cada vez tan cerca cer*

Al final, supongo que un cobarde sí sangra igual a un hombre de verdad. Acaso un acto de justicia permite cerrar un capítulo y

un acto de venganza escribe un capítulo nuevo, entonces este libro tiene aquí su punto final.

Sólo queda referir que el nombre del hombre tatuado coincide insoportablemente con el mío.

La calle, allá abajo

Alma L. Luna Castillo

México

Abro los ojos, veo el asfalto gris en el que estoy tendido; mis manos lo sienten rugoso y frío. Volteo la cabeza hacia la parte más alta del edificio de donde recuerdo que he caído, busco precipitadamente sangre o alguna herida palpando todo mi cuerpo; al no encontrar algo intento incorporarme, apoyo ambas manos en el piso húmedo y con mis piernas me impulso vigorosamente hacia arriba, la cabeza me duele ligeramente: una punzadita que se hace presente en la parte de enfrente y cuya sensación se expande debajo de mi piel hasta llegar, cada vez más tenue, a la parte posterior, en donde se desvanece.

Observo con suma atención el lugar, desplazando mis ojos a través del ambiente lúgubre que me circunda, veo los edificios grises, fantasmales y delineados finamente entre la oscuridad casi completa. Mis ojos se adaptan lentamente a la falta de luz y comienzo a caminar muy despacio, mis pasos producen un sonido envolvente y claramente audible al chocar contra el asfalto; se expanden por el suelo y golpean las construcciones a su paso regresando a mis oídos como ecos sólidos y tangibles.

125

Intento retener en mi mente cada sensación y elemento exacto del sitio en donde estoy: planeo recordar todo cuando despierte.

Continúo caminado con paso lento pero firme, de pronto, un grito desgarrador hiela mi sangre y me paraliza, es un hombre, escucho sus pasos, su cuerpo moviéndose frenéticamente, el sonido errático de su desplazamiento, resonando, golpeando las paredes y penetrando mis oídos, excitándolos; volteo mi cabeza y la muevo frenético en todos ángulos, busco el lugar de origen, el ruido se extingue lentamente y su eco continúa sonando y chocando conmigo. Mis ojos se siguen moviendo y mis pupilas dilatadas por la angustia se deslizan por cada recoveco del lugar, el sonido se ha ido y encuentro un halo de luz, apenas visible, que sobresale por una ventana en el último piso de un edificio, detrás de mí, lejos; mi cuerpo gira rápidamente impulsado por mis piernas y corro hasta el lugar, siento una especie de cosquilleo recorrer mi torso y mis extremidades mientras avanzo.

A un metro de distancia, algún enorme mecanismo se pone en marcha provocando un ruido ensordecedor y sumamente molesto,

levanto los ojos y logro ver la silueta, bien dibujada contra la luz, de un hombre que me observa desesperado, agitando fuertemente los brazos y gritando palabras que no entiendo; desconcertado y aturdido volteo e intento encontrar ahora el origen del nuevo ruido pero una vez más el eco no me lo permite, regreso mi mirada hacia el hombre y descubro que ha desaparecido, busco rápidamente la entrada y, aferrando el picaporte, me precipito dentro chocando contra un barandal de metal, mi mano derecha se sujeta a él, asiéndolo fuertemente mientras mis piernas ascienden vertiginosamente los escalones.

Un dolor intenso se clava en mi pie izquierdo y me obliga a bajar la vista, mi cuerpo se tensa y mi mente no asimila lo que debajo de mis pies crece, se agranda. Mi cuerpo, ahora en inercia, se inclina y extendiendo uno de mis dedos toco el suelo, su consistencia algo espesa hace que lo retire espantado, continúo subiendo mientras el líquido, aterciopelado, escarlata, se vierte, cubre cada escalón y cae en la estancia.

126

Llego al descanso y me detengo bruscamente, hasta mi nariz llega un hedor, un tufo a sangre hirviendo, lo percibo, tibio, aun cálido mientras me cubre los orificios nasales y lo siento en mis pulmones, pegándose a ellos, inundándolos. El terror me recorre, lo siento en mi espina dorsal, abrazándome, invadiéndome y colocando en mi lengua un amargo y agrio sabor. Deseo despertar. Agito mis manos en un intento por disipar el aire. Necesito salir, respirar. Me muevo, frenético, tropezando en cada escalón y apoyándome en la pared con ambas manos hasta que encuentro una amplia puerta, la abro desesperadamente y caigo de bruces, tomo una amplia y honda bocanada de aire, estoy en el techo del edificio y el aire aún continúa contaminado, la fricción del suelo me ha lastimado, las manos me arden y el olor constante me revuelve el estómago.

Escucho gritos y camino por el techo, el suelo es pegajoso y aún rojo. Me encuentro de pronto con una gran cantidad de gente, apilada en un extremo, con las cabezas agachadas y los ojos fijos en el suelo, me desplazo unos centímetros más y descubro una especie de contenedor enorme y de metal en el cual, una a una, las personas caen, formadas en una fila interminable, caminan pesadamente,

con los ojos perdidos más allá de la nube de vapor que se alza frente a ellos y se dejan caer, sin moverse, no gritan, no se resisten, sólo caen, caen en el orificio y se funden rápidamente en una masa babosa, que hierve, que despidе el horrible tufo y que se mueve pausadamente en forma circular, revolviendo, homogeneizando lo que es agregado.

Mi mente no reacciona, me encuentro absorto, observando horrorizado el espectáculo, mis músculos no responden y mis ojos se pierden, desenfocados, en la mezcla que se forma en el recipiente y que aumenta de nivel rápidamente.

Algo toca mi brazo y reacciono, volteo, alguien me empuja por la espalda presionándola de manera creciente, intento contrarrestarlo y miro, es un grupo de gente que se reúne en torno mío, detrás y a mis costados. Todos empujan ahora, su fuerza crece y me arrastra, me pongo de frente hacia ellos y los empujo, golpeo con todas mis fuerzas pero continúan sin inmutarse, miro sus ojos, sin vida, vidriosos.

Me tiro al suelo y me desplazo con dificultad entre las piernas insensibles de los individuos; extendiendo mis manos en busca de algo, mis dedos se topan con una textura vertical, sólida y rugosa, me incorporo desplazando y embistiendo brutalmente a la multitud, toco la pared de ladrillo y pego mi cuerpo a ella, camino así unos cuantos pasos hasta que nuevamente mi mano derecha siente un espacio amplio en la barda, llego hasta ponerme frente a él y con satisfacción observo que el hueco es lo suficientemente grande como para dejarme pasar por él.

Me encuentro pasmado y atónito, estoy parado en el borde del techo sobre un par de ladrillos aún firmemente adheridos, colocado completamente céntrico en la abertura; siento dolor en todo mi cuerpo y el aire conteniendo aquel vapor me marea, observo detrás mío, de manera asqueada, a la gente, sus cuerpos sudorosos aún se mueven, interminablemente, y sus pieles húmedas chocan produciendo un sonido leve que mi mente imagina: un *clap* seco y repugnante.

Regreso nuevamente la vista al frente y bajo los ojos, miro la calle, allá abajo, el asfalto gris y mojado que se percibe azul entre el

escarlata que me rodea, el espacio, amplio y enorme entre los edificios, entre las banquetas: el aire limpio que antes entraba en mis pulmones, que los hinchaba, purificaba y era expulsado deliciosamente por mi nariz.

Miro la calle, allá abajo... y me lanzo, con los brazos extendidos y los ojos plenamente abiertos, siento cómo el vapor tibio golpea mi cara...

Abro los ojos, veo el asfalto gris en el que estoy tendido; mis manos lo sienten rugoso y frío. Volteo la cabeza hacia la parte más alta del edificio de donde recuerdo que he caído, busco precipitadamente sangre o alguna herida palpando todo mi cuerpo; al no encontrar algo intento incorporarme, apoyo ambas manos en el piso húmedo y con mis piernas me impulso vigorosamente hacia arriba...

Cerdo

Daniela Maestres

Venezuela

Son las 5: 17 de la tarde. Al ver el reloj, el cerdo concientiza que lleva más de 15 minutos parado en el mismo lugar sin que ningún carro se mueva de su sitio. “Debe ser un accidente” piensa. El cerdo prende un cigarro y se recuesta del vidrio del carro. Respira hondo esperando calmar la impaciencia que colma su ser. “OK, la tranca es infernal y no hay nada que pueda hacer, así que mejor me relajo y disfruto del momento de alguna manera”. Pero en ese instante se da cuenta de que eso no es tan fácil. “¿Cómo carajo ser paciente? ¿Quién fue el maldito cretino que dijo que la paciencia (¿o es la constancia?) vence lo que la dicha no alcanza?”. El envoltorio de un chocolate descansa en el puesto del pasajero. Al mirarlo, se da cuenta de que su presencia en el carro lo molesta. El cerdo tiene un segundo arrebatado de impaciencia mezclado con algo de ira y desesperación. Agarra el papel, abre el vidrio y sin ver hacia los lados lo lanza. El papel rueda y termina sobre la acera. El cerdo lo contempla. Empieza a sentir remordimiento y esto, inevitablemente, lo lleva a pensar en aquellas cosas que rigen la vida en sociedad. Eso de ser “el buen ciudadano”, de cumplir con la limpieza de la ciudad, de cumplir las normas de higiene que nos han enseñado desde pequeños. “Lávate las manos antes de comer, recoge la ropa sucia del piso, lávate los dientes tres veces al día, bota las servilletas en la basura”. Realmente son conductas aprendidas (y aprehendidas también). El cerdo decide que le valen un bledo. Total, es un cerdo al fin. “Además esta ciudad está bien sucia. Nadie, absolutamente nadie, hace nada por ella. Va a salir el más imbécil de todos, que ya de por sí tiene bastantes problemas, a mover un grano de arena que no sirve para nada”. Estas consideraciones fueron suficientemente fuertes como para que el cerdo estuviera satisfecho de sí mismo. Voltea su atención hacia otra cosa. Un bebe llora en la distancia. Automáticamente, el cerdo voltea a ver el papel que botó en la calle. Se sorprende por esta reacción. Piensa entonces en bajarse a buscarlo pero se distrae viendo a un recogelatas que le pasa por al lado. El cerdo odia ver a los recogelatas y a las personas que piden dinero en la calle. Le dan lástima y rabia al mismo tiempo. Siente que pasan hambre y contaminan la calle con su presencia. Esto genera un terrible estado de

culpa en el cerdo. Se debate entre ambos sentimientos que luchan por ganar un mayor puesto en su conciencia. Como es de esperar, escoge la idea más egoísta: “definitivamente estos asquerosos deberían ser sacados de las calles”. Sus calles, porque a pesar de todo siente que la pocilga tercermundista donde vive es SUYA. Al cerdo le gusta pensar que quiere su ciudad. Que el conato de civilización, el intento de sistema democrático que se rige por una constitución y unas leyes mal redactadas tiene algo de bueno en ella. Ahora el cerdo se siente indignado, porque como siempre, escogió el camino fácil para salirse de un conflicto moral, y siente que es una agresión directa de estos seres menos afortunados hacia él. Como los lectores podrán darse cuenta, el cerdo tiene una forma muy gris de ver el mundo. Sin embargo, es justamente esta forma opaca de percepción, lo que le da al cerdo sus características bien definidas y su lugar en el universo. Es el cerdo quien tiene la potestad de cambiar todo su entorno. Es tan fácil como quitarse de enfrente el vidrio oscuro a través del cual observa, con esos pequeños ojos que escrutan todo. Esta facultad de poder escoger su camino le encanta al cerdo. Siente que tiene en sus manos un poder interminable. Puede, en un abrir y cerrar de ojos, cambiar algo, lo que sea. Por otro lado, puede no cambiarlo y dejar las cosas como están. El cerdo se regocija con este pensamiento. Un pensamiento que al mismo tiempo lo espanta. El solo saber que tiene sobre su espalda la responsabilidad (el poder) de modificar su vida. Cualquier decisión tomada reorienta el rumbo de su destino. Cada pequeña cosa que haga o deje de hacer cambiará radicalmente los acontecimientos de su existencia. El cerdo está sudando frío. El bebé, que lleva ya –aproximadamente– veinte minutos llorando, alza el tono del chillido llevándolo al nivel del agudo maullido de un gato en celo. El sonido retumba en las orejas del cerdo, quien, involuntariamente, vuelve a ver el papel que lanzó a la calle. De repente, se cansa de todos estos pensamientos (excusas) que no lo dejan vivir un instante en calma. Pensamientos que van y vienen y le dictan qué hacer (de acuerdo a sus deseos) y luego lo hacen sentir mal, le generan un cargo de conciencia. Inmediatamente, llega a la conclusión de que no está haciendo lo que

“debería” en tal y cual ocasión sino lo que “desea” en tal y cual ocasión. Éste es el mayor momento de lucidez del cerdo. Llegar a una consideración como ésta no es común en su vida, principalmente porque él mismo no se permite muchos momentos de claridad. Sin darse cuenta, suele buscar una manera de distraerse instantes antes de concluir algo productivo cuando se sienta a reflexionar. Estos pensamientos, tan poderosos y humillantes, son instantáneamente desechados de su cabeza y no volverán en mucho tiempo. Así se pasa la vida del cerdo. El cerdo no entiende por qué está todavía viendo el papel en la calle. Inmediatamente voltea hacia el otro lado, hastiado de la desesperación de los otros conductores, quienes han empezado a tocar corneta sin razón aparente. Ellos, al igual que el cerdo, se dejan guiar por su deseo que se centra en salir de la cola lo antes posible, sin darse cuenta lo absurdo que es tocar corneta para conseguir el fin. Sin darse cuenta que no hay solución inmediata a sus problemas y que lo más sensato que pueden hacer es resignarse, armarse de paciencia y esperar. “Porque con todo ese ruido de las cornetas nos vamos a quedar sordos en el intento de salir de aquí”, piensa el cerdo. Sin embargo, en ciertos momentos de la cola, él también aporta a la cacofonía de bocinas que se genera de cuando en cuando y de manera espontánea. Éste, como muchos otros, es un elemento propio de la naturaleza del cerdo, quien, a pesar de considerarse muy sensato y astuto, suele actuar irreverentemente ante la más mínima adversidad.

Son las 6: 17 de la tarde. Al darse cuenta del tiempo, el cerdo concientiza que ya hace una hora desde la última vez que miró el reloj. La cola ha ido, poco a poco, tomando un aire caótico y angustiante. El cerdo, resignado ante la situación, evita pensar. Digamos que tiene miedo a pensar. Muy en el fondo de su inconsciente sabe que cualquier camino de su enrevesada mente lo llevará a serios encontronazos entre lo racional y lo emotivo. Especialmente en momentos como éste, cuando las circunstancias obligan al cerdo a estar consigo mismo, prácticamente sin ningún tipo de distracción. Todo lo que piensa y hace, es una intrincada mezcla, donde existe un precario equilibrio entre lo racional y lo irracional. Decimos equilibrio sólo porque hay dos elementos que

deben medirse, realmente la balanza siempre se inclina hacia alguno de los dos lados. Suele ser (con bastante frecuencia) hacia el lado de lo irracional, de la emoción que en otras oportunidades le ha causado tantos problemas al cerdo. En fin, por todo esto y mucho más, el cerdo se niega a caer en serias consideraciones sobre cualquier tema de cierta trascendencia. En vez, se distrae viendo por la ventana otra vez. Observa a un fiscal de tránsito que multa a un conductor. El cerdo reconoce rápidamente al oficial. Hace unos días, lo paró a él también por cualquier idiotez y quería ponerle una multa astronómica. La verdad, es que la multa era injusta pero por las absurdas incongruencias de la vida, el fiscal tiene cierto poder sobre los papeles de conducir del cerdo, por lo que éste debe bajar su cabeza y tratar de negociar con el sagaz funcionario. Por supuesto, que eso es exactamente lo que el fiscal busca. Luego de media hora, según las aproximaciones de la memoria del cerdo, el oficial se retira de la ventanilla del vehículo muy contento puesto que ya tiene dinero para comprarse el “café-cito” (bien caro que es, por cierto). El afectado, por otro lado, se muere de la rabia pero no puede hacer nada. Al recordar esto, el cerdo siente impotencia viendo cómo el fiscal repite la misma operación con el conductor de suerte del día. “Qué cosa tan absurda que un mequetrefe que lleva un casco de tarado y una insignia en la camisa tenga tanto poder sobre los conductores. Bueno, el mundo en el que vives es así” piensa. “Está lleno de gobiernos que le regalan barcos a países sin salida al mar, de personajes ficticios que pelean contra molinos de viento, de ilustres profesores que imparten clases mediocres y, más impactante que eso, está lleno de “cochinos”, que llevan el día a día de la forma más incongruente, haciendo de este comportamiento una costumbre, una manera de vivir. Así somos y seremos... por los siglos de los siglos.”

Son las 6:59 de la tarde. Luego de las últimas consideraciones, el cerdo se recuesta del vidrio del carro, exhala pausadamente y permite que se esboce una medio sonrisa en su rostro, quizás de simpatía (lástima), quizás de resignación. En ese momento, ve asombrado cómo en el carro de adelante, bajan la ventanilla y arrojan el resto de una manzana a medio comer al

piso. Ésta cae al lado de su papel arrugado que descansa solitario en la acera. Sin pensarlo dos veces, el cerdo abre la puerta del conductor y prácticamente se abalanza sobre su papel. Lo toma y se dirige a la basurera más cercana. Luego de desecharlo regresa a su carro, no sin antes lanzar una mirada de desprecio, de humillación y de insolencia al conductor del carro de adelante.

El periódico

Lester Ojeda Nieves

Puerto Rico

Hoy. Me levanto a las cinco de la mañana cuando escucho a Gerardo tirar los paquetes de periódicos en la marquesina y da dos cantazos en la ventana. ¡*Ya voy!* Él se va, pero no sin dejarme la lista de casas a repartir, (que ya me sé de memoria, con la diferencia de dos clientes más que se apuntaron para el servicio) y cuatro paquetes de periódicos de a veinte cada uno. Siempre se rasgan las portadas de los primeros y se mojan los últimos en cada paquete. *Pérdidas*. Aunque después los reclamo y me devuelven el dinero, tengo que pagar por ellos ahora y devolverlos a fin de semana cuando cuadro la cuenta con el Gerente. Así da tiempo para la vieja leerlos y no los tenemos que pagar, aunque yo siempre lo leo antes de repartirlo.

Hay algo antitético en vender un producto que uno no conoce o peor, siente indiferencia por él. Así que me obligo a leer el periódico, pero lo odio. Especialmente éste, cuenta las atrocidades que ocurren aquí con un tono ambiguo y pedante, como pa' nadie enterarse, o peor, enterarse a mitad. Las cuenta pa' gente fina, pero con darle un vistazo a los titulares te das cuenta que no hay gente fina, quien hace la noticia es un loco, quien la lee es un sádico y quien la publica un enfermo. Pero dicen que es el de más caché, y es el que mejor paga, y como en Villas de Castro todos quieren aparentar tener chavos, el que más vende. Digo, yo no sé de periódicos, pero no me gustan. Los encuentro hasta hipócritas de la manera que disimulan lo que pasa con un titular ambiguo y par de líneas confusas. Cuando me gradúe escribiré, pero no pa' un periódico. Quiero decirle a la gente lo que pienso en blanco y negro pero que entre párrafos no se escurra la tinta y mis ideas no se tornen grisáceas. Mi vieja dice que me voy a morir de hambre, pero con todo lo que ella estudió aún pasamos hambre, y eso con un buche de agua caliente se quita (y con sal y aceite sabe mejor).

Estoy mirando la selección en la nevera. Aún no logro abrir los ojos bien cuando me doy cuenta que de nuevo compraron los confléis de saquito que saben a diablo. Coño. En verdad saben malos, y el monito ese tecato que ponen al frente como pa' hacerlo más amigable al comprador lo que te recuerda es que no tienes chavos pa' comprar los del tigre o los del gallo, así que *come*

mono. Los mezclo con una *purrucha* de KLIM y media taza de agua, pa' que quede medio espesa la leche, y mucha azúcar. Recuerdo las palabras de Pedro cuando me decía “¿muchachón, quieres café con esa azúcar?” y me río con algo de nostalgia. Hace tiempo que no lo veo, ¿cómo estará? Igual que a mi hermano, mi vieja y la vieja, es lo más que quiero en este mundo, lo más cercano que tengo a un “viejo”. ¡Ja! ¿Quieres cereal con esa azúcar?

Se levanta mi vieja, se le nota en la cara el sueño, algo entre zombi y boba. Me imagino que debo tener esa misma cara de zán-gano con todo lo que me parezco a ella cuando me levanto, pero siempre es más chistoso hablar de la de ella. Pone a hacer el café. Me gusta el café, no me gusta el de ella. Me hago el loco y sigo leyendo, aunque ella ni me ofrece porque sabe que no me gusta, pero siempre lo deja ahí un rato antes de ella tomar, por si me da con tomar un poco. Me da el beso con los buenos días mientras vuelve rumbo al baño.

¡Buenos días! —le digo.

Le respondí con la boca llena y se me viró el buche de cereal y leche sobre el periódico que estaba leyendo. *Se jodió, más pérdidas*. Y este no me lo pagan...

Los titulares son los mismos de siempre. En San Juan hubo doce asesinatos ayer cuando se pelearon por un punto de drogas, varios heridos, y la policía dudosamente intervino recuperando unos pocos kilos y arrestando a uno de los bichotes del punto que defendía. Al fin del párrafo ahí dice que “el detenido fue soltado bajo palabra por las autoridades”. Te pone a pensar quien realmente tiene la autoridad aquí pa' que un bichote comproba'o salga bajo palabra. Qué cojones. Siempre que la policía interviene así es a favor de los más chiquitos pa' poner en jaque a los más grandes, a favor del mejor los males o en este caso, del menos amenazante. Son unos mamones y oportunistas, todo el mundo sabe que si se unieran todos los bichotes, le limpian el pico a la policía muertos de la risa, así que siempre que detienen a alguien importante, los pacos los sueltan bajo palabra y después anuncian a la prensa que el tipo desapareció. Quizás es que he leído ya mucho periódico, pero me atrevo a apostar que esa será la noticia de

mañana. Aún no sé porque no la tiran a la prensa desde ahora y le ahorran a la gente la espera (y sus tres pesetas).

En realidad creo que hasta nos iría mejor sin policía y con los carteles al mando. Recuerdo cuando Papo Cachete, el bichote de Caguas en aquel tiempo, hizo una fiesta de navidad que ningún muchacho del residencial se quedó sin padrino, sin comida, y sin un Nintendo. De día Papo dormía en la cárcel, pero todo el mundo sabía que de noche salía al caserío y movía el punto, y volvía a su celda de madrugada. La gente lo respetaba y lo protegía. ¡Ja! De hecho, murió en una fiesta de esas, una muerte natural ya viejito él, y recuerdo cuando salió en la primera plana que tuvieron que buscar su cuerpo en el residencial, los policías y los paramédicos. Desde antes la policía de nuestro país era una burla, eso sólo nos lo confirmó. El titular ese día leía, “Muere Conocido Tirador de Droga” pero no era sólo un tirador de droga, era Papo Cachete. No solo murió, murió libre. Aunque el artículo no valía ni cinco centavos, la foto de la procesión fúnebre decía la historia completa La calle intransitable, la gente a pie, diez o doce de sus Cangris llevando el ataúd de marfil adornado con oro al camposanto, y los policías haciendo escolta. Dicen los viejos que aquí no se ha llora’o a nadie tanto desde la muerte de Roberto Clemente.

141

En noticias internacionales, Rosselló se reunió con el Almirante de la Marina de EUA y acordaron se irán de Vieques en el 2002. Algo me dice que esto es un dato que debo recordar, porque si hay un cambio de gobierno el año que viene seguramente se la apuntan y dicen que fueron ellos los que lo lograron, victoria del pueblo le dirán. Al César lo de César, quizás el tipo tenga mala fama aquí al venderle la telefónica a los españoles... o a los gringos... o a los dos (ni recuerdo) así que no creo que salga reelecto si se postula, pero se las trae al negociar con los gringos y es buen diplomático. Aunque no comparto lo de estadista, lo admiro, conoce el sistema y lo manipula a nuestro favor. Hay que saber jugar las cartas en este mundo, no todo se logra con “trabajo, ahorro, y buena fe”. Hay que ser medio listo también, y conocer la gente que es. Olvidarse de los alicates e ir directo al cabecilla. Con limones sabe hacer limonada. Ahora, si el pueblo está cansado de

tomar limonada encuentro bueno que les pase, por elegir un candidato sin plataforma que bailaba la Macarena en el medio de sus discursos pa' aumentar su popularidad. El pueblo creó un monstruo, un engreído, y ya no logran controlarlo.

Clinton está en un escándalo medio feo con una gordita ahí que dice que aparente y alegadamente él le dio de pasta y queso. Está medio puerquito eso, pero pa' mí que es sólo un escándalo pa' sacarle dinero al presidente, salen entre estas páginas todos los días. Ahí sale mami del baño, ya no tiene cara de zombi.

Clinton es mi campeón, quiero ser como él —le digo.

Ella se echa a reír (me gusta la risa mi vieja) y me dice que lo oyó de la Comay ayer, que cada cual hace con sus cigarros lo que quiera. Yo estoy de acuerdo, es más, debería comprar una cajita ya que están de moda, si consiguiera que alguien me la vendiera. A veces pongo cara de mayor, pero hay veces que me velan el güiro y cuando piden identificación sólo me río, y digo que la dejé en casa.

Se toma su café y me pregunta qué ha pasado hoy. Le digo lo del punto de drogas, y otra noticia ahí de primera plana. En alguna parte de la isla un don mató a su esposa, le pegó fuego a la casa con los hijos dentro y se pegó un tiro, pero no se mató. Los hijos sobrevivieron con cicatrices que ahora parecen chicharrones ambulantes. La policía lo tiene esperando juicio pero por ahora está en la sala de emergencia del Auxilio Mutuo. Esa es buena, le aseguran los días de vida y hasta la comida al criminal, pero a la gente decente los obligan a trabajar pa' no morir entre cunetas.

Si fuera por mí tirara al tipo al Oso Blanco pa' que los Ñeta lo acaben tan pronto cruce el portón. Ellos son dueños de todas las cárceles de aquí de Puerto Rico y por más que dicen las noticias que han roba'o o limpia'o gente, todo el mundo sabe que están ahí por cubrir a los verdaderos criminales, los que están en la Cámara, en la Fortaleza, y en Washington. Los policías son los verdaderos asesinos. Recuerdo aquel cumpleaños en Loíza que grabaron cuando los policías entraron a la fiesta y repartieron macanazos. No se salvó nadie, desde las niñas de 12 años hasta a los viejos de ochenta y tantos, y si esa cámara no hubiera seguido grabando creo que nadie lo hubiera creído. Juran proteger y

servir... ¿a quienes? Y después se preguntan por qué los matan con y sin uniforme. A los que al fin pillan (y condenan, que son pocos), igual que a los asesinos, abusadores y a los molestadores sexuales, los Ñeta se encargan que tras las barras se haga justicia. No tenemos pena de muerte, pero Gracias a Dios los tenemos a ellos.

Deja que lo coja Duracell... —dice mi vieja con una sonrisa.

Yo también me río. Cuando mi vieja hacía sus estudios de leyes ella entrevistó a un Ñeta. En la entrevista, él le dijo que a ese tipo de criminal primero lo violaban antes de matarlo pa' que sufriera. *Duracell, Cabeza de Cobre*, versión popular del Tribunal Supremo de Justicia, por encima de la constitución y por debajo de las duchas. Creo que por eso mi vieja nunca ejerció Derecho, porque sabe que la justicia nunca se hace en las Cortes de este país, o se hace *antes*, o *después*. O los matan en la calle, o en las duchas de Oso Blanco con Duracell.

Todas las internacionales hablan de más o menos lo mismo, Clinton y la Gordita, y las reacciones de la gente común y los políticos ante el hecho. Mi favorita es la de un bolitero que tiene más cara de borrachón que el maestro de historia (que llega con una caneca de ron todos los días al salón a hablarnos de un Puerto Rico libre y a cagarse en la bandera de Estados Unidos, viejo loco) que dice que si el compró esos cigarros, él tiene el deber de guardarlos donde no se dañen. Qué deprava' o. Amén.

En noticias locales sale uno de mis clientes, el gordo de la calle 1, que fue publicado en una antología ahí de cuentos. Se lo digo a mi vieja como pa' recordarle que uno no se va a morir de hambre si uno se dedica a escribir, pero ella me recuerda que debo ser ingeniero o algo así, porque la cosa está mala.

Qué cojones. En los caseríos no hay que estudiar, porque el gobierno lo paga todo. En las mansiones tampoco, porque no lo necesitan. Es en las urbanizaciones donde nos tenemos que joder estudiando lo que no nos gusta, dedicándole el alma a Dios pero alquilándosela al Diablo por plata. Quien se inventó esto de clase media es un verdadero pendejo, sólo hay clases jodidas y más jodidas. Y desde que mi vieja se enfermó se nos ha hecho difícil no añadir el más, si no fuera por este trabajito.

Ella me ayuda, o yo le ayudo (aún no sé), básicamente ella guía y yo reparto. No es que la cantidad de periódicos sea mucha (excepto los domingos, ahí son casi 400), es que si el sol no ha salido (y aún con el sol asomándose) no es seguro andar a pie por aquí. Siempre hay un tecato buscando asaltarte aunque sea por un vellón pa' irse a curar debajo de un puente después. Lo malo no es el asalto, es que andan tan nerviosos a veces por el tiempo que llevan sin curarse, que sin querer halan el gatillo y sin querer sale tu foto de 11mo grado en primera plana con un párrafo al lado que comienza diciendo "el joven Fulano de Tal fue asesinado ayer de madrugada" y termina diciendo "el sospechoso fue internado a un centro de rehabilitación". Y mientras a él lo rehabilitan a ti no te resucitan, así que ella conduce y yo reparto.

Soy porteador de periódicos, seré ingeniero. Voy a la escuela de ocho a tres (oficialmente, aunque si me quedo de ocho a diez es un milagro) y cobro mi ruta de periódicos de tarde, bisemanal. Siempre estoy en casa antes de las 6:00 PM porque ahí salen de nuevo los tecatos a quedarse con la calle. Quisiera pegarle un par de tiros a cada uno de ellos y asegurarme que no se levanten pa' que la gente pueda disfrutar de sus calles después de las seis en paz. Me recuerda un videojuego que tiene Peluca de unos zombis que hay que pegarle cuatro tiros porque sino se levantan del piso y te muerden el pescuezo, pero en versión barata. El videojuego le salió a Peluca en cincuenta pesos, la pistola y las balas me salen con Rafita por la mitad. ¡Bah! Me pongo a pensar en pajaritos preña'os y dejo de leer el periódico, siempre me pasa.

Nunca leo la sección de arte y cultura porque lo más probable sean chismes de Olga Tañón, Chayanne, y ahora de Ricky Martin. El año pasado cantó en el mundial y desde ahí no dejan al pobre tipo en paz. A mí no me importa la vida personal de la gente. Pa' mí eso no es arte y cultura, es más bien chisme y faranduleo, pero yo no sé de eso. Aunque si le pusieran ese título, Chisme, tendrían que cobrar dos pesetas menos, y eso pa' mí no brega.

Siempre miro el horóscopo, no porque crea en él sino por curiosidad. Hoy me dice que el día está bueno pa' decirle a ese alguien especial lo que siento por él/ella. Hay tanta gente especial

que si esperara a decirles a todos en un día... Creo que los horóscopos no están hechos para la gente idiota, sino pa' que la gente se haga idiota.

En la sección de bienes raíces veo una casa como la que le quisiera comprar a mi vieja, así grandota con marquesina, tres cuartos, dos baños y un patio bien chévere porque le gusta sembrar. Nunca hemos tenido una casa propia, esta misma es alquilada (y está atrasada) y sé que el sueño de ella es tener casa propia.

La vieja siempre nos dice que cuando ella muera nos vamos a quedar con su casa pa' cuidarla y que su casa es nuestra casa, pero yo no quiero que se muera mi abuelita... Quiero que esa sea su casa por siempre pa' llevarle los periódicos de la semana y que los lea mientras me como un sandwichito de jamón y queso del bueno, como ella les dice.

Veo a mi vieja servirse también de los confléis del mono y me pregunto si les sabrán tan malos a ella como a mí. Creo que sí. Me quedo calla' o con lo de la casa mientras la miro, y ella ni cuenta se da.

Algún día le voy a comprar esa misma cuando me haga millonario y se la voy a entregar sin grama y sin nada pa' que la siembre todita. Tampoco va a tener que comer este cereal, ni leche en polvo, y la compañía esa del mono del saquito se va a ir a quiebra porque a quien yo vea en el supermercado comprando esos le pagaré dos cajas de los buenos pa' que dejen al mono y paren de sufrir. Dicen que ese negocio de Pare de Sufrir hay que dejárselo a Jesucristo, pero él está por allá en el cielo. Yo mejor tomo el asunto en mis manos acá en la Tierra.

Paso la página y está el anuncio de la financiera, típica familia feliz (como que nunca han proba' o al mono) con una parejita de hijos rubios de ojos claros, una casa enorme y un carro último modelo en la marquesina. Verja blanca, perro que se parece a Lassie, y al frente de la casa la caja del correo que dice U.S. Mail, y el anuncio como quien dice que todo esto puede ser suyo por un 8.9% APR. Lo impresionante sería enfilear el monte de pendejos que han caído con esa. Dice aproveche ya, tiempo limitado, pero en realidad lleva más de 9 meses en la misma página. Ahora vienen los especiales, los clasificados, y la sección de negocios. No me

interesa mucho, no la entiendo, dice algo que bajó el PIB y subirá la inflación en Estados Unidos, que ni entiendo. Lo que deberían explicar es porque AQUÍ subió tanto el precio de la leche, que ahora tenemos que comprar la porquería esta en polvo.

Deportes. Juan Igor preñó a otra más. No sé si su deporte es preñar o jugar pelota, pero el tipo ya lo han bautizado el Bate de Oro por jonronero, dentro y fuera del diamante. Tito va a pelear con De la Hoya, yo no sé qué hace ese bacalao buscando con De La Hoya si sabe que le van a dar en la cara más que a pandereta en Pentecostés. Ya aposté 20 con el Gerente a de De La Hoya, y estoy ansioso porque llegue la pelea pa' comprarme un sedé nuevo. Mejor pensándolo, van pa' la casa de mami, ya tengo 200 en la cuenta. Ella no lo sabe, será una sorpresa.

Ya son las 5:30. Mami está prendiendo el carro y debería acabar de comerme esto y montarme en el carro o si no los clientes se empiezan a quejar y no llegaré a tiempo pa' bañarme antes de llegar a la escuela. La última vez que pasó el corrillo de Pedro me estaban burlando porque llegué del trabajo con las manos embarradas de tinta y manchaba todo lo que tocaba, incluyendo mi cara y el uniforme. También le embarré la cara al imbécil por burlarse de mí, aunque después me botaron y me fui abochornado pa' casa. Cuando mi vieja se enteró me metió una bofetá, bajé la cabeza y me metí en el cuarto. Yo no le dije por qué peleé porque no quería que se sintiera mal. Después de todo esto lo único que tenemos, y si hay que embarrarse las manos pa' ganarse el pan, aunque odie este periódico, no hay otra. Mientras termino, leo que el Comité Olímpico de Puerto Rico dice que San Juan va a ser la sede de las olimpiadas del 2004.

Sería brutal, quizás así otros países se fijen en Puerto Rico y nos dejen de excluir en mapas mundiales, historia universal y obras literarias. Hispanoamérica de una vez y por todas nos buscaría y nos sentaríamos entre el Atlántico y el Caribe a ver a unos cuantos idiotas haciendo maromas. Quizás ahí se den cuenta que aquí se habla español, se baila Salsa y Reggaetón, que nuestra bandera tiene una sola estrella y no las cincuenta que nos tratan de espetar los gringos. Pero algo me dice que ni con olimpiadas dejarán

de pasarnos por encima como si fuéramos una mancha de café en los mapas. La Salsa se la acreditarán a Cuba, el Reggaetón a Jamaica, y a nosotros el Patio del Tío Sam. Y mientras nos toca andar con las manos embarradas de tinta, buscando cómo salir de este maldito negocio, ellos en corrillo se reirán...

Gansos

Juan Pablo Roncone

Chile

Miró hacia el muelle: su padre ya estaba de espaldas.

RODRIGO REY ROSA

Llegué a la isla para conocer a mi padre.

* * *

Lourdes era delgada y alta. Tenía el pelo negro, la piel pálida y los ojos celestes. Era la encargada de cuidar a mi padre. La contrató un tío que no conozco. Un hombre que, según ella, era parecido a mí en lo reservado.

* * *

La isla me obligaba a escribir. Las mañanas lentas se arrastraban por el pasto seco, entre los árboles y los animales. Las noches no cambiaban mucho. Tenía tiempo para salir a ver las estrellas, fumar y pensar en la vida que había dejado en Santiago: Fernanda y el hijo mío que esperaba.

* * *

Todo comenzó con una llamada telefónica. Estaba en mi departamento de Santiago, recostado dentro de la tina, relajado, sintiendo el vapor del agua caliente en la cara. Fernanda abrió la puerta. Se instaló frente a la tina. La observé con detención: llevaba el pelo recogido, tomado con un cintillo rojo. Se veía bonita, pero no me importaba: era sólo una persona que ya no aguantaba. Hacíamos todo lo posible por evitarnos.

—Es para ti —dijo. Levantó el auricular.

—¿No ves que estoy dentro de la tina?

—Parece que es importante.

Salí de la tina. Tomé la toalla y me sequé. Sostuve el auricular entre el hombro y la oreja. Fui al *living*. Fernanda se quedó en el umbral, mirándome con cara de pregunta. Contesté. Era una mujer. Se presentó como Lourdes y me informó algo que no quería escuchar: mi padre se moría y quería verme.

* * *

Acababa de cumplir veintisiete años. No quería seguir haciendo clases. En secreto, tenía la ambición de llegar a ser escritor. Nunca estaba conforme con mis relatos: creía que no tenía talento para narrar. No obstante, era porfiado: día por medio me sentaba frente al computador e intentaba crear algo.

* * *

Mi padre nos abandonó a mamá y a mí cuando cumplí tres años. Se fue a vivir a la isla, su tierra natal. Mamá no hizo nada para que volviera: no lo buscó, no lo mandó a llamar. Los motivos son más que razonables: mi padre solía armar alboroto en casa y golpearlos hasta donde daban sus fuerzas.

* * *

152

Escuché la voz de Lourdes en la oscuridad de mi departamento, con el auricular del teléfono en la mano izquierda y con la derecha sosteniendo la toalla que goteaba. Hablaba despacio. Me explicó minuciosamente el estado de salud de mi padre: vomitaba sangre, apenas abría la boca, no expulsaba excremento. Un médico de Puerto Montt lo había desahuciado. Me dijo qué debía hacer para llegar a la isla. Le respondí que no era seguro que fuera. Ella insistió: “Sólo quiere verlo. Su presencia calmará su sufrimiento”. Prometí llamarla después de pensarlo. Colgué. Fernanda salió a fumar al balcón.

—Las embarazadas no fuman —le grité mientras sacaba una coca-cola del refrigerador.

Me miró. Hizo caso omiso a mi consejo. Cerró el ventanal.

* * *

Las circunstancias favorecían el viaje: era enero y estaba de vacaciones.

Las decisiones importantes se toman rápido. Eso decía mi madre cuando enfrentábamos un problema económico en casa.

No me demoré mucho en pensarlo: decidí viajar a la isla. En Santiago nadie me extrañaría.

Dos días después llamé por teléfono a Lourdes. Quedamos de acuerdo en encontrarnos en un puesto del mercado de Calbuco, antes del mediodía del sábado 13 de enero.

* * *

Tomé un avión a Puerto Montt. Mí único equipaje era una maleta pequeña de cuero negro que saqué del closet de Fernanda. Fue un viaje tranquilo. Terminé una novela policial de James Ellroy. Llegué a Puerto Montt con sueño. Luego, me subí a un taxi que en menos de dos horas me dejó en Calbuco.

Pregunté por el mercado y no me costó dar con Lourdes. Nos dimos la mano. Caminamos hasta el muelle. Subimos a una lancha. Para cruzar desde Calbuco a la isla había que navegar 45 minutos.

—Su padre apenas habla, y cuando lo hace sólo habla de usted—dijo Lourdes.

El mar se veía calmo mientras viajábamos. Una anciana pequeña y arrugada estaba sentada a mi lado. Sostenía un saco con papas. Lourdes estaba afirmada al borde de la lancha: su figura recortaba el mar y la isla.

Cuando llegamos, Lourdes me ayudó a bajar de la lancha. La isla parecía más grande de lo que es: imponente, maciza. Un hombre enjuto esperaba a la vieja de las papas. Pusieron el saco sobre una carreta que arrastraba un buey y tomaron otro camino.

Lourdes y yo subimos un cerrito rodeado de arrayanes.

Llegamos al terreno de mi padre. El paisaje, al menos en verano, tenía algo desolador: el pasto seco, la maleza cortada, la columna de árboles amarillentos y la leña amontonada.

Detrás de los matorrales había una reja construida con gruesos troncos amarrados.

—Éste es Juan, mi hijo. Tiene 10 años—dijo Lourdes.

Señaló a un niño que venía a recibirnos. Dos quiltros lo acompañaban.

La casa de mi padre tenía tres pisos. Era una construcción enorme, rodeada de manzanos y caca de gansos.

—Juan y yo ocupamos una pieza del primer piso. Don Carlos está en el último. Debe estar durmiendo ahora, así que venga como a las seis.

Me condujeron a una casa pequeña. Estaba a unos cincuenta metros, al lado del gallinero. Juan cargaba mi maleta mientras caminábamos. Lourdes me mostró la casita por dentro: una pieza y una cocina. Eso era todo. El baño, que estaba a pasos del pozo, era común para ambas casas.

Me entregó la llave y se fue. Me asomé por la ventana: podía ver, entre las ramas de los árboles, el tercer piso de la casa de mi padre. “Ahí está el desgraciado”, pensé.

Silenció el celular: no me interesaba hablar con Fernanda. Estaba nervioso. La idea de conocer a un tipo que había odiado durante tanto tiempo me provocaba sensaciones encontradas: por un lado angustia y, por otro, alivio.

Esperé sentado en la cama, con las manos arriba del pantalón, las tres horas que faltaban para que fuesen las seis de la tarde y tuviese que caminar un par de metros hasta la casa de mi padre. Encendí un cigarrillo yforcé lo más que pude mi memoria: recordaba pocas imágenes relacionadas con mi padre, sólo sensaciones inconexas, acciones interrumpidas por enormes manchas blancas. En ninguna de esas imágenes pude ver su rostro. Sólo percibía su presencia.

Mi reloj marcó las seis de la tarde. No me moví. Me dije que no era el momento, que necesitaba descansar, reflexionar.

Cuando Lourdes tocó la puerta no abrí.

La puerta permaneció cerrada hasta la mañana siguiente, cuando salí a caminar.

La isla es grande. Tiene forma de mano: varios esteros y pequeños muelles la van hundiendo en su centro.

Anduve por la orilla del mar. Me gustó lo que vi: las pequeñas olitas que chocaban contra las piedras, el cielo despejado y una que

otra lancha. Durante toda mi caminata sólo me topé con tres personas: dos hombres que cargaban leña y, antes de subir a la casita, Juan.

—Mi mamá lo espera a almorzar en la casa —dijo.

Uno de los quiltros no paraba de ladrar.

Subí el cerro. Golpeé la puerta con fuerza. Sabía que era imposible que mi padre se levantara, bajara tres pisos y abriera.

—¿Qué le pasó ayer?, lo fuimos a buscar —dijo Lourdes.

—Me quedé dormido.

—Bueno, ahora está despierto don Carlos.

—No, no ahora. No quiero conocerlo ahora.

—Como usted diga.

—¿Preguntó por mí?

—No, apenas abre los ojos. No sabe que usted esta acá. Hace una semana que no habla.

Los gansos andaban por todos lados. Había olor a ajo.

—¿Va a venir a almorzar entonces?

—¿Mi padre dónde come?

—Arriba pues, dónde más. Yo le doy por un tubo.

—Bueno. Aviseme cuando esté listo el almuerzo —dije.

Lourdes asintió con la cabeza. Caminé hasta la casita. Entré y me tendí arriba de la frazada. Saqué mi cuaderno de notas. Intenté escribir. No conseguí nada.

Una hora después apareció Juan. “Está listo”, dijo.

El piso de la casa de mi padre olía a cera. Me senté a un costado, frente a Lourdes. El niño se sentó en la cabecera. Comimos en silencio. No pude borrarle la idea de que estaba cometiendo una imprudencia, violando ciertas normas implícitas: odiaba y temía a mi padre, y sin embargo comía en su casa.

A las dos de la tarde volví a la casita.

* * *

Lourdes tenía treinta y dos años, pero representaba, al menos, cuarenta. La belleza de Lourdes era una belleza solapada, madura, esa belleza indescriptible que sólo tienen las mujeres que han llevado una vida no ajena al sufrimiento.

Creo que desde el primer día, desde la primera vez que no enfrenté a mi padre, Lourdes comprendió que me costaría dar el paso. Nunca me presionó.

Después del segundo día no se habló más de mi padre.

* * *

El quinto día decidí intimar más con Lourdes.

Entré en la casa y la ayudé con el almuerzo. Era extraño estar con ella, a dos pisos de mi padre. Después, cuando nos hicimos amigos y pasaba casi todo el día en la casa, esa extrañeza mermó.

* * *

156 En las noches los gansos se acurrucaban debajo del suelo de mi casa, entre los poyos que sostenían los tablones del piso. Los podía escuchar moverse y arrojarse. Bastaba un mínimo ruido, mover una silla o salir al baño, y los gansos armaban un escándalo de proporciones mayores: se quejaban y alegaban hasta altas horas. Si quería que los gansos no hicieran ruido, debía permanecer en silencio y quieto toda la noche. Eso, por supuesto, era imposible: me gustaba escribir después de la medianoche. Alumbraba mis papeles con una vela larga y blanca. En la casita no había luz. Sólo en la casa de mi padre tenían electricidad y la obtenían bombeando agua del pozo, que estaba frente a la pequeña torre que sostenía el estanque.

Cuando le contaba a Lourdes lo de los gansos ella sonreía y me decía que los gansos son los mejores cuidadores. Incluso mejores que los perros para avisar si viene algún extraño.

—Y no sólo cuidan. Se reproducen rápido.

—¿Cuántos hay acá? —pregunté.

—Unos treinta. Es que para comerlos cuesta un mundo. Hay que alimentarlos con grano durante un tiempo para que no se llenen de pasto. Es la única forma de que no sean amargos.

Lourdes era una buena cocinera. Se encargaba de que la casa funcionase: recogía los huevos del gallinero, cambiaba de pasto a

los corderos cuando los sacaba, juntaba las manzanas que iban cayendo, hacía aseo dentro de la casa, cortaba y almacenaba la leña. Sin embargo, no era la típica isleña: hablaba sin jerga, no se saltaba las frases, no le gustaba el trueque que utilizaban todos en la isla y quería que su hijo, cuando terminara la educación básica —en la isla no hay educación media— estudiara en Puerto Montt. Esto se debía, en parte, a sus raíces: su abuelo había sido un alemán que llegó a la isla escapando de la policía. Era, según Lourdes, un hombre de gustos refinados que había vivido en Europa toda su vida. Lourdes y Juan, si bien se vestían y andaban como la mayoría de los isleños, tenían virtudes que los demás no conocían.

* * *

Una mañana desaparecieron dos corderos.

Lourdes, Juan y yo estuvimos todo un día buscándolos. Bajamos a la orilla, llegamos al estero norte, preguntamos a los vecinos cercanos —un par de hectáreas al sur— y a los de la salmoneira. Fue imposible. Según Lourdes, los corderos nunca se separan del grupo, nunca se pierden.

No pudimos encontrarlos.

* * *

Lourdes me pidió que le enseñara a nadar a su hijo.

—El agua es fría, pero es necesario —dijo.

—No hay problema.

—Acá los pescadores no saben nadar. Pescador que cae al agua es hombre muerto.

En la isla el futuro de los niños, generalmente, era dedicarse a la pesca o al transporte de personas de isla en isla. Las mujeres, por su parte, marisqueaban, sembraban y cosechaban papas para luego venderlas en Calbuco, criaban corderos, chanchos, gallinas, y las que tenían más dinero, una que otra vaca.

Lourdes soñaba con sacar a Juan de la isla.

El padre de Juan tenía un negocio de abarrotes en Puluqui, una isla vecina. Se habían separado hace cinco años: él la engañaba y desaparecía durante semanas. Lourdes decía que era un borracho que aún la molestaba. Nunca le pregunté por ese hombre. Me era difícil entender cómo ella podía haberse involucrado con un tipo de esas características. La descripción del padre de Juan me bastaba para relacionarlo con mi padre y detestarlo.

* * *

Cierta mañana pensé que había llegado el día de conocer a mi padre. Llevaba doce días en la isla. Me vestí rápido—no me bañaba desde que había llegado—. Los gansos se habían levantado antes que yo: cuando abrí la puerta encontré treinta gansos haciendo escándalo. Cruzé el gallinero. Los corderos pastaban cerca del baño.

Entré a la casa de mi padre. Caminé por el pasillo. Lourdes me miró de reojo desde la cocina. Subí la primera escalera. Me detuve. Observé por la ventana. Pensé: “No quiero dejar la isla. No todavía”. Para confirmar mi tesis me engañé, una vez más, pensando que aún no le enseñaba a nadar a Juan. Retrocedí un par de pasos. Bajé la escalera. Cuando pasé por el pasillo y vi que Lourdes me esperaba fuera de la cocina me sentí ridículo. Ella pareció comprender. Dijo:

—No se preocupe. Acá hay comida para largo tiempo.

—Gracias. Aún no voy a subir —dije apenas y volví a mi casa.

* * *

Comencé las clases con Juan. Lourdes estiró una toalla sobre las piedras pequeñas que rodean la isla y se sentó. Juan y yo entramos al agua. Estaba realmente fría. Tomé al niño de la cintura. Le dije que moviera los brazos y las piernas a medida que yo avanzaba. En ningún momento lo solté. Estuvimos veinte minutos.

* * *

Lourdes y yo fuimos, poco a poco, convirtiéndonos en confesores mutuos de nuestras pequeñas miserias. Ella me hablaba largo

tiempo sobre sus aspiraciones con respecto a Juan, los problemas que aún tenía con el papá del niño, la angustia que le provocaba saber que cuando muriera mi padre ella tendría que volver a trabajar vendiendo papas y chicha de manzana, sin recibir, lógico, el dinero que mi tío depositaba –dinero que ella iba a buscar al banco de Calbuco todos los sábados sagradamente–. Pocas veces me hablaba de mi padre. Nunca le pregunté qué tipo de persona era. Sólo le hacía preguntas vagas: “¿está mejor?, ¿sigue escupiendo sangre?”.

Yo le hablaba de Fernanda y su embarazo. Solía desahogarme. Le decía que mi vida era un completo fracaso: no me gustaba hacer clases, no estaba conforme con lo que escribía y, sobre todo, no quería ser padre: un hijo era lo peor que me podía suceder.

* * *

Extrañaba pocas cosas de Santiago: los largos baños con agua caliente, el litro diario de coca-cola, la televisión y el sonido que hace el computador cuando se enciende.

* * *

Lourdes se propuso mostrarme la isla. Caminamos varios kilómetros para llegar a la iglesia y al cementerio. Lourdes había preparado pan con queso y jugo para el viaje. La caminata fue agotadora. El calor parecía consumirnos.

Las tumbas del cementerio tenían guirnaldas de color amarillo, verde y azul amarradas a las cruces. Nunca había visto un cementerio así. Me paseé entre las tumbas, tomando jugo de manzana. La iglesia estaba cerrada. Tocamos las puertas laterales varias veces, pero nadie abrió. Lourdes lo lamentó. Llevaba algunos aparatos que utilizaba con mi padre para bendecirlos. Ella y Juan vivían la religión fervientemente. Yo ni siquiera creo en dios.

Cuando llegamos a casa ya estaba por esconderse el sol. Antes de guardar los corderos los contamos: faltaban tres animales.

Lourdes se puso nerviosa y entró a la casa. Era muy tarde para buscarlos.

Juan se sentó un rato conmigo, a la salida del gallinero, a ver el atardecer. El mar estaba tranquilo y apacible. Ningún barco entorpecía el ritmo del agua.

—Es mi papá —dijo Juan.

—¿Cómo?

—Mí papá es el que se lleva los corderos. Debe andar en la isla. Siempre hace cosas para molestar a mamá. Después se le pasa y desaparece un tiempo.

Esa noche tuve una pesadilla. Soñé que era niño y que en vez de vivir en Santiago con mi madre, vivía en la isla con un hombre que sólo veía de espaldas. Caminábamos juntos, incluso este hombre me enseñaba a nadar en las aguas que rodean la isla, como yo le enseñaba a Juan. Nunca me mostraba su cara y yo no quería verla. De pronto dejaba de estar en el mar y me encontraba sobre el pasto, viendo a los gansos ir y venir. Sentía un leve susurro, un soplido que recorría mi oído. Giraba la cabeza y veía, por fin, el rostro del hombre: tenía mi cara, sangraba por la nariz y se iba despellejando de a poco.

Desperté angustiado. Saqué el celular, que estaba dentro de un calcetín, guardado en la maleta. Tenía varias llamadas perdidas. Todas eran de Fernanda.

* * *

Me gustaba ver las estrellas en la isla. En Santiago nunca me di el tiempo de levantar la cabeza y verlas. Las noches, generalmente, eran despejadas: las estrellas parecían trazar un mapa luminoso, en contraste absoluto con la oscuridad de la vegetación que se tornaba oscura y espesa.

* * *

Escribí dos cuentos en la isla. Uno era policial y lo había comenzado en Santiago. El segundo contaba la historia de un niño

que aprende a nadar. Era un cuento lento y largo, inspirado en Juan. Cuando lo terminé de leer por segunda vez me sentí inexplicablemente alegre. Imaginé que quizá mi hijo sería parecido a Juan. Hace mucho que no sonreía estando solo.

* * *

Lourdes me enseñó a usar el hacha. Por las tardes cortaba leña con Juan. La subíamos a la carretilla y la guardábamos en una bodega pequeña, al fondo del baño.

* * *

Llevaba treinta días en la isla. Una mañana, después de practicar casi todos los días, Juan aprendió a nadar.

Sus manos estaban agarradas a las mías con fuerza y seguridad. Movía las piernas y los brazos ágilmente. Cuando solté sus manos no se hundió. Estaba flotando.

Esa noche decidimos celebrar. Nos juntamos en la casita para que mi padre no sintiera ruido y pudiera dormir tranquilo. Lourdes preparó salmón. Después de comer jugamos cartas hasta tarde. Los acompañé hasta la casa de mi padre. Cuando volví, me paré arriba de una roca. Oriné mirando el mar. Pocas veces en mi vida me he sentido tan irresponsable y libre.

* * *

Seguía arrastrando el tiempo, lo hacía durar, lo llevaba al límite. Eran días felices: vivía ocioso, escribiendo, nadando con Juan, haciendo tareas domésticas y conversando con Lourdes todas las tardes.

* * *

Lourdes me atraía. De eso no tenía dudas. Me gustaba verla caminar, siempre segura, dando pasos firmes y cortos.

* * *

Uno de los quiltros tomaba agua de un balde. Juan se arregló el gorro. Dijo:

—En la mañana encontramos a don Carlos tirado en el pasillo del primer piso.

—¿Qué? —pregunté asombrado.

— Se levantó para verlo —me dijo Lourdes, que venía llegando a la bomba del estanque para dar electricidad.

—¿Cómo sabes?, ¿le dijiste que estoy acá?

—No. Pero de que sabe, sabe. Si no, no se habría levantado. No sé cómo lo hizo.

* * *

Bajé a la playa con mi cuaderno. Trataba de escribir. Llegó Juan. Estaba transpirado: había venido corriendo.

—Mi papá está en la casa peleando con mamá. Lo pilló con los corderos —dijo.

Subimos el cerrito. Cruzamos la cerca de madera. Estaba nervioso y asustado. Tomé el palo que utilizaba Juan para apoyarse y manejar a los corderos.

Frente a la casa había tres hombres. Uno de ellos era el que discutía a gritos con Lourdes. Era un hombre macizo, de rasgos aindiados. Cuando me vio soltó una risita.

—Así que este es el tipo —dijo y se acercó moviendo las manos.

Lo encaré, le pregunté qué quería. Los otros dos hombres rieron. Me dijo que quería de vuelta a su mujer. Me dio un empujón. Caí al suelo. Lourdes comenzó a gritar. Me levanté como pude y, antes de que me volviera a empujar, le pegué con el palo en la cabeza. Fue un golpe fuerte y eficaz: el padre de Juan se derrumbó. Yo sostenía el palo en alto y no sabía si volver a pegarle. Trató de levantarse, pero resbaló. Sangraba mucho. Sin que me diese cuenta, uno de los hombres que lo acompañaban me agarró por atrás y me quitó el palo. El otro se abalanzó sobre mí y comenzaron a golpearme. Volví a caer al suelo. Me golpeaban con los pies

y los puños, desesperados en su tarea. Me sangraba la ceja. El papá de Juan aún no se levantaba. Lourdes intentó defenderme. Uno de los hombres la amenazó con el palo. Juan, rápidamente —nadie se dio cuenta de cuando desapareció— entró en la casa. Luego salió con un rifle. Hizo fuego: dos disparos al cielo. Los hombres se detuvieron. Miraron al niño. Juan les dijo que se marcharan. Recogieron al padre de Juan y se fueron cargándolo. Lourdes salió hasta la cerca y les gritó algo que no logré escuchar.

Lourdes y Juan me levantaron apenas y me llevaron a la casita. Me sacaron la camisa y me recostaron en la cama. Tenía heridas por todos lados. La sabana estaba salpicada con sangre. Lourdes fue a buscar el botiquín. Me curó con paciencia y cariño. Juan la ayudó a pasarme agua oxigenada por la ceja y el hombro. No comprendía cómo había sido capaz de pegarle a ese hombre.

Aquella noche no pude dormir. No sólo los dolores me molestaban. La imagen de Juan, un niño de 10 años rifle en mano, me acosaba: había enfrentado a su padre.

* * *

A la mañana siguiente me levanté tarde. Tenía moretones en los brazos. Los dolores musculares eran fuertes. Saqué el celular de la mochila. Lo cargué en la torre. Tenía más llamadas perdidas de Fernanda. Por primera vez tuve miedo de que hubiese pasado algo con el embarazo. No sé si sentí culpa o pánico. Decidí llamarla. Antes de marcar el número, me encontré con Juan.

—¿Cómo amaneció?

—Bien —contesté— ¿volverá tu padre?

—Sí, pero en un par de meses. No se preocupe, nosotros sabemos manejarlo.

Volví a mi casa. Espanté a los gansos para que me dejaran entrar.

Me senté en una silla de mimbre y marqué el número de mi departamento. Contestó Fernanda. Le temblaba la voz. Me preguntó qué hacía en la isla tanto tiempo, lejos de todo. No supe responder. Dijo que me extrañaba, que estaba enferma, que había estado a punto de perder la guagua por problemas de presión arterial: tenía

que permanecer los cinco meses que quedaban en cama. No hablamos mucho. El silencio dominó nuestro contacto. Antes de colgar le prometí que volvería a cuidarla. No lo pensé mucho. Sólo lo dije.

Esa tarde fue la más lenta de todas las tardes que viví en la isla.

Estuve mucho rato pensando.

Durante la once no comí.

En la noche les anuncié mi partida.

—Mañana, antes del medio día, sale una lancha a Calbuco —dije.

—¿Y don Carlos? —preguntó Lourdes.

—Espero que muera tranquilo, en paz, pero yo no lo quiero conocer.

Lourdes agachó la cabeza. Miré sus manos, sus dedos largos y blancos jugando con las migas de pan. Les hablé de Fernanda. Les dije que estaba enferma y que tenía que volver a Santiago, no por ella, sino para cuidar a mi hijo. No quería ser como mi padre.

Sentí en el aire —una línea que raja el espacio— la tristeza que transpiraba Lourdes. Quise decirle que no quería irme, que quería quedarme con ellos.

No fui capaz de hacerlo.

* * *

Me despedí rápidamente.

Juan me abrazó. Creo que se puso a llorar.

Lourdes me dio la mano y yo la apreté con fuerza.

Subí a la lancha que esperaba.

Un hombre encendió el motor y la lancha comenzó a moverse. Vi a Lourdes acariciando a uno de los quiltros y a Juan con el agua hasta las rodillas haciéndome señas con la mano.

La isla se veía más chica a medida que nos alejábamos.

El cielo estaba despejado.

Nunca más supe de mi padre, ni de Lourdes, ni de Juan. Nunca más volví a la isla.

Kafka y Brod

Rodrigo Sepúlveda
Stephens

Chile

Me hice amigo de Raimundo Larco durante mi permanencia en un centro de rehabilitación en las afueras de Santiago. En ese tiempo, ambos tratábamos de desintoxicarnos del alcohol y de nuestras respectivas esposas con más fortaleza que entusiasmo. Yo estaba sin trabajo y él desperdiciaba su poco talento como redactor en una agencia de publicidad. La primera vez que lo vi, pensé “pobre tipo”. Vestía un traje oscuro bastante elegante, pero su rostro llevaba el cuño indeleble del fracaso. En un principio, no tuvimos más contacto que el que permitían los descansos frente a una mesa con vasos plásticos y botellas de agua mineral, por lo que las únicas palabras que cruzábamos eran: *me alcanzas una servilleta o hace mucho calor aquí*. Sin embargo, con el paso de las sesiones fui enterándome de ciertas cosas. Otro alcohólico me contó que Raimundo era, al igual que yo, un escritor con escasa aceptación en los círculos académicos y con nula resonancia en las librerías. Un perdedor, recuerdo que le interrumpí. El hombre me decía que su primera mujer lo había dejado a causa de su pasión por organizar fiestas en la casa y que siempre aquellas reuniones terminaban con un gran escándalo que incluía a otros borrachos casi ahogándose en la piscina y a Raimundo tirando con mujeres que no eran precisamente la suya. Ahora vivía en el mismo sitio, pero casado con una mujer más joven que él. Pese a la referencia sobre su trabajo, su nombre no me era ni tangencialmente familiar.

167

En eso estuvimos varios meses: escuchando por terceros la vida y muerte de otros borrachos. Creo que cuando salí de ese lugar, mi principal motivación para dejar de beber fue no volver a oír historias más deprimentes que la mía.

Con el paso de las semanas, Raimundo y yo nos fuimos acercando. En una ocasión se hizo una dinámica grupal en la que teníamos que contar nuestra vida como si fuésemos un testigo lejano. El monitor creía que con eso lograríamos visualizar nuestra situación objetivamente y que los ojos de los otros nos obligarían a mantener la distancia necesaria con la historia. En mi grupo estaba Raimundo y tres tipos de los cuales sólo recuerdo su mirada. Después del ejercicio, Raimundo se me acercó y hablamos largo rato. Me contó más cosas de las que quería escuchar, pero de

todas formas me pareció un hombre simpático. Dijo que ahora tenía un buen trabajo, que éste se lo había conseguido su esposa y que los fines de semana en el Centro lo ayudaban mucho. Habló de que la publicidad no era tan aburrida como pensaba y que creía que ese empleo lo mantenía en contacto con la literatura, aunque ya no escribiera ni una sola línea. Le pregunté por los libros que había mencionado en la dinámica y dijo que le avergonzaban. Son tan malos que tuve que deshacerme de las copias que tenía; no creo que aún los vendan, concluyó. Él tampoco había leído mi libro, así que nos sentíamos empatados en el anonimato.

Las siguientes semanas nuestra amistad se fortaleció lo suficiente como para intercambiar teléfonos y direcciones. Él vivía en Las Condes, en una calle con una numeración que bordeaba los seis dígitos, así que comencé a creer que todo lo que me habían contado de él podía ser cierto. Pese a la buena relación que teníamos, Raimundo había omitido los pasajes de su vida que involucraban alcohol y mujeres. Nunca mencionó las famosas fiestas en su piscina ni alguna anécdota derivada de ellas. Los temas que tocábamos rozaban cierta superficialidad, pero yo juzgaba que no le podía pedir más a un hombre que debía lidiar toda su vida con una enfermedad como ésa.

Como él estaba en una etapa más avanzada del tratamiento y sólo se internaba los fines de semana, nuestras conversaciones giraron siempre en torno a su aparente nueva vida. Por lo demás, yo sólo podía hablarle de las cosas que hacían o dejaban de hacer los otros internos para mostrarse felices.

Un día llegó a mi habitación con un regalo. Era una pequeña canasta de frutos secos que había traído de un viaje relámpago a Argentina. Lo habían mandado de la agencia donde trabajaba con el encargo de hacer unos anuncios para un cliente de por allá. Me siento muy valorado, dijo sentado a los pies de mi cama. Lo felicité de todo corazón y le conté que pronto me podría ir del Centro definitivamente. Él también me felicitó y acordamos almorzar juntos cuando yo estuviera fuera.

Cuando salí del lugar, intenté crearme una vida aceptable. Recuperé mi automóvil desde el garaje de un primo y arrendé un

departamento de dos ambientes cerca de la calle Santa Rosa. Aún conservaba algo de la venta de la casa de mis padres, así que pude dejar tranquilo a mi casero por unos meses. Me compré una máquina de escribir (el dinero no alcanzaba para un computador) e intenté ubicar a Raimundo para darle mi nueva dirección. En el número telefónico que me había dado nunca contestaba nadie y como no tenía dinero suficiente para la bencina y tampoco sabía qué bus tomar para ir a su casa, esperé un tiempo a ver si se comunicaba primero. Pasaron varias semanas, quizás dos meses, así que, lamentándolo un poco, asumí que nuestra amistad se había consumido tan rápido como los frutos secos que comimos en mi habitación del Centro.

Al poco tiempo conseguí un trabajo de media jornada repartiendo pizzas. Durante la otra mitad del día hacía chocolates caseros que había aprendido a cocinar durante mi tratamiento, y que después vendía en bancos y a unos pocos conocidos. Con esas dos cosas, llegaba bastante apretado a fin de mes, pero en cambio quedaba siempre con algo de tiempo para retomar la escritura.

La vez que volví a toparme con Raimundo yo ya había vuelto a escribir y tenía cierta confianza en mí mismo. Fue en un cóctel organizado por el consulado argentino o el uruguayo, no recuerdo bien. La cosa es que nadie en ese lugar se acordaba de mi primer libro. Yo estaba invitado porque me habían publicado un cuento de veinte páginas en una revista de la cual no recuerdo ni su nombre ni su línea editorial. Esa historia había alcanzado cierta resonancia, ya que contaba el viaje de un exiliado chileno por distintos países de Sudamérica. Los críticos hablaban de que el cuento representaba la unidad soñada de nuestros pueblos frente al yugo del imperialismo. Yo encontraba exagerada tal aseveración, pero el éxito del relato me permitió ampliar mi red de contactos y comer bien por varias semanas bajo el alero de invitaciones a consulados, universidades y algunas ONG.

Recuerdo que estaba tanteando la mesa de los bocados cuando sentí algunas risotadas detrás de mí. Giré y vi a un grupo de personas, que dándome la espalda, observaban algo en el centro del salón. Me acerqué y cuando pude abrirme paso, noté que el

hombre que bailaba amenazando con quitarse la ropa era Raimundo Larco. Llegaron unos guardias y amablemente se lo llevaron a la cocina. Raimundo no puso mucha resistencia, sólo gritaba que todos debían comprar sus libros, que no sabían lo que se estaban perdiendo y que por favor alguien lo sacara de la agencia donde trabajaba. Después de una breve conmoción, la fiesta recuperó su orden natural. Yo sentí, sin embargo, que la gala había terminado para mí. La conversación había virado bruscamente desde mi cuento a las próximas elecciones, así que me despedí de algunos tipos y salí rumbo al estacionamiento. Muy cerca de mi auto, Raimundo balbuceaba sentado en la vereda. Me acerqué y lo saludé. Él me miró y me dijo: *Ándate a la mierda*. Después de un rato en que no podía convencerlo de que lo conocía del centro para alcohólicos, conseguí que se subiera al auto. Le pedí unas pocas señales que me indicaran donde vivía. Nombró una calle que yo creía estaba en Ñuñoa, así que conduje con la incertidumbre de ir a dar a un sitio equivocado. En el camino, logré sacarle algunas palabras. No te acuerdas de mí, Raimundo, soy Rodrigo, le dije. No respondió. Le pregunté si estaba invitado al consulado por ser escritor y me dijo que la invitada era su mujer y que la muy perra se había quedado. A qué se dedica ella, le volví a preguntar. Es amante de un tipo más joven que yo en una agencia de publicidad, dijo. Tú también trabajas ahí, contraataqué. No, yo trabajaba en otra, estoy cesante, contestó. Avanzábamos por una calle oscura cuando noté que Raimundo me observaba concentradamente. Te pasa algo, le pregunté. ¡Quién chucha eres!, exclamó. Después de emitir esas palabras, apoyó la cabeza en la ventana y no volvió a hablar hasta que se dio cuenta que habíamos llegado.

Era una casa antigua en la calle Hamburgo. Lo acompañé hasta la puerta y cuando logró tocar el timbre me invitó a pasar. Dudé unos segundos, pero me preocupaba que de repente apareciera su esposa y me acusara de ser otro de los compañeros de farra de Raimundo. Después concluí que ésa definitivamente no era su casa y que seguramente allí continuaría la fiesta. Me preguntó si quería tomar algo. Le respondí que no podía, pero que muchas gracias. Tenía el nudo de la corbata bastante desajustado y

una mancha violácea en la camisa, seguramente de una copa derramada por él mismo. Soy bastante feliz aquí, dijo de pronto sujetándose en el marco de la puerta. Me imagino, es un lugar muy lindo, le respondí. Y tú que haces, dijo. Soy escritor, dije. ¡Ah! Otro más, gritó levantando los brazos. Entonces debes ser pobre como una rata, dijo. Me las arreglo con algunas cosas, ahora entra, Raimundo, respondí. Yo también soy escritor, pero no soy pobre, dijo instándome con las manos a observar el entorno. Sonreí tratando de parecer agrado de lo que me señalaba. Te voy a mostrar la piscina, dijo repentinamente y, trastabillando un poco, se dio unas vueltas y murmuró como si se tratara de un secreto que ésta no era la casa de su piscina. Yo no sabía qué hacer; en el Centro nos enseñaban a controlar las ganas de beber, pero no a manejar a otro alcohólico en situaciones como ésa. Quizás porque pensaban que no era algo que pudiéramos hacer por nosotros mismos. La puerta se abrió acompañada de un sonido eléctrico. Cuando Raimundo entró y cerró la puerta, salí del lugar.

Unos días después, aprovechando que tenía la tarde libre, decidí abocarme a la búsqueda de los libros de Raimundo. No tenía ninguna expectativa de verlo de nuevo, así que pensé que podía saber algo más de él leyendo sus libros. Visité la Biblioteca Nacional. Pregunté a uno de los encargados, pero no tenía idea de que existiera un libro de ese autor. Por lo demás, yo tampoco recordaba los títulos, si eran novelas o cuentos, o bajo qué sello habían sido publicados. En realidad, ni siquiera me acordaba si Raimundo había deslizado esa información en las conversaciones que tuvimos. Con esas fútiles pistas seguí investigando. Después de errar entre tiendas de libros usados y una biblioteca municipal, llegué a la que había sido mi universidad durante dos incompletos semestres. Nadie se acordaba de mí, pero igual traspasé los precarios filtros hasta la biblioteca sin mayor problema.

El hombre tras el mostrador era el mismo que durante mi estadía ahí, pero ni siquiera levantó la vista del computador para ver quién le pedía un libro de un escritor llamado Raimundo Larco. El tipo tecleó rápido, volvió a mirar la pantalla y se paró de su asiento. Fue hasta el fondo y regresó con dos libros entre las

manos. Le dije que era ex alumno pero que no traía mi credencial. La verdad era que nunca había tenido en mis manos el dichoso pase. Se sentó nuevamente y me pidió la cédula de identidad. Se la pasé y busqué una mesa. Uno de los libros, era una novela corta llamada “La cenicienta no tiene quién la bese”. La trama giraba en torno a una muchacha de pueblo que descubre que es más entretenido beber cerveza que jugo de frutas y que los hombres pueden ser mucho más que simples príncipes azules. No tenía más de cien páginas y como andaba con tiempo, permanecí ahí hasta terminarla. Definitivamente me pareció una mala novela, pero estaba correctamente redactada. Era una niña fea, pero bien vestida, pensé. El otro libro era una antología de 1979 en que salían autores de los cuales se esperaba mucho en el futuro. Una apuesta por los que gobernarían el mundo de las letras en el siglo veintiuno, según anunciaban en la contratapa. El cuento de Raimundo se llamaba “El agua revuelta” y contaba, con lujo de detalles, una fiesta al borde de una piscina, en una casa del barrio alto. Todos los personajes eran jóvenes y bellos, y las escenas en la piscina rayaban en lo explícito y grotesco. Al final del libro aparecían las reseñas de los autores. De Raimundo constaba la fecha y lugar de nacimiento, además de un breve comentario de su relato. *Raimundo Larco se nos presenta como una figura atrevida, sin pelos en la lengua y que sabe retratar, como pocos escritores se atreven, la decadencia humana.* Debajo de ese párrafo salía una mini biografía escrita por el propio autor. La de Raimundo rezaba así: *Soy chileno, aunque nunca me he sentido ni siquiera de este mundo. Escribo porque no hay nada mejor que hacer en este país, y quiero ganar mucho, pero mucho dinero con mis libros.* En la siguiente línea citaba a una serie de escritores que le influían, pero como yo no leo a norteamericanos, no retuve los nombres. Salí de la biblioteca no sin antes fotocopiar el cuento. Lo leí muchas veces durante esos días.

Por ese tiempo, yo me sentía plenamente recuperado. Estaba sobrio, lleno de ganas de dar el salto definitivo en mi carrera de escritor y me había matriculado en un taller literario a cargo de una conocida novelista. Nos juntábamos los días martes en un

departamento en el centro de Santiago. Éramos como diez aspirantes, y las reuniones se prolongaban desde las siete hasta las nueve de la noche. Yo había presentado cerca de seis cuentos, cuando llegó el de Raimundo a mis manos. Leía mis historias todas las semanas, por lo que siempre me iba con la sensación de que los demás me odiaban por robarles su tiempo. Casi siempre recibía malas críticas. Esa semana, escribí un cuento inspirado, en parte en el relato de Raimundo y en parte en su propia vida. Imaginé a Raimundo en una situación que perfectamente, dada las circunstancias, podría haber vivido. Un tipo, un ex alcohólico que cree que su mujer lo engaña, tiene una entrevista de trabajo conseguida por su esposa. Esa mañana se prepara y mientras espera que su mujer esté lista para ir a dejarlo, piensa que probablemente el hombre que lo entrevistará sea el amante de ella. El hombre cree que la publicidad no es para él, así que durante el trayecto piensa que le irá mal. En la entrevista, el hombre cree reconocer al amigo de su mujer como uno de los tantos invitados a las fiestas que hacía alrededor de su piscina. No está seguro, pero el otro hombre se muestra tan amigable y contento de verlo, que la duda persiste en su cabeza. Durante el desarrollo de la reunión, el hombre sufre de temblores y sudoración excesiva. Está nervioso. Finalmente, el amigo de su mujer le dice que no puede contratarlo, debido a su problema con la bebida, y que lo lamenta mucho. El hombre se siente aliviado y se marcha a su casa. Una vez allí, se coloca traje de baño y se lanza libremente al agua. La frase que más me gustaba era la última: *En el fondo de la piscina, todo se veía de un celeste muy claro*. Titulé el cuento “Nadar solo”. Cuando lo leí, lo primero que me dijeron fue que debía cambiar el título. Que había una película argentina del mismo nombre y que sonaba muy parecido a un libro de otro argentino. Después, el cuento se llamó “Nadar sin agua” o “Nadar en el agua”, pero creo que al final respeté la concepción inicial. Pese a eso, las críticas fueron buenas. Esa noche, recostado sobre mi cama, pensé en cuánto podía haber de prestado en mi texto del relato de Raimundo. Volví a leer los dos y me sentí aliviado por no encontrar razones suficientes como para que me acusaran de plagio.

El año transcurrió linealmente. Yo había logrado estabilizarme y dormía de vez en cuando con otra ex alcohólica que provenía del sur y que creía que la capital era el lugar ideal para completar su reinserción. Yo fui el primer escalón en su plan.

Una noche, después que la mujer se había marchado, Raimundo tocó a la puerta. No lo veía desde hacía mucho y esa noche tan sólo se dejó caer. Me pregunté cómo me había encontrado. Se veía alegre y para nada ebrio. Simulé cierta satisfacción y lo invité a pasar. Me dio un fuerte abrazo y me agradeció la ayuda que le había dado la noche del cóctel. Llevaba consigo un pequeño maletín negro. Como mi departamento era pequeño nos sentamos en mi cama. Bonito lugar, dijo. Sí, es arrendado, dije. La que iba saliendo es tu mujer, preguntó. No, tan sólo tiramos algunas veces, respondí. Es muy atractiva, dijo. Sí, lo es, dije. Hubo un momento de silencio. Raimundo hurgó en los bolsillos de su chaqueta. ¿Cómo supiste mi nueva dirección?, le pregunté. Me la dieron en el Centro, dijo. A mi se me había olvidado que aunque ya no estuviera internado, esos tipos siempre mantenían un grado de control sobre tu vida. Cada “compañero”, así nos llamaban, debía avisar si se cambiaba de casa o si salía de la ciudad por un tiempo prolongado. Como una Gestapo preocupada por el futuro de los alcohólicos.

Raimundo dijo que ya no iba, que se consideraba un hombre completamente rehabilitado. Todos decimos lo mismo, dije bromeando. Mientras seguía buscando algo en su chaqueta, insistió en que era cierto; que incluso estaba retomando su labor de escritor. Yo le conté del taller, de la publicación en la revista y del cuento que había escrito inspirado en el suyo. Se sorprendió de que hubiera dado con él. Le comenté que fue una tremenda coincidencia encontrar su libro en mi antigua universidad. Ese cuento es una mierda, creo que cuando lo escribí estaba borracho, dijo. Me pidió que algún día le mostrara mis textos para que pudiera darme alguna opinión. ¡Aquí está!, dijo de pronto. Había sacado una pequeña botellita de Coca-Cola, de esas que se coleccionaban en los ochenta. Es lo único que me permito cada tanto, dijo. Me ofreció, pero yo le dije que estaba sobrio y que no volvería a caer. Pensé que en cualquier momento tendría que presenciar otro espectáculo como el

del consulado. Se apoyó en la pared y dijo que creía que su mujer lo engañaba. Le pregunté si tenía pruebas. Me dijo que no, pero que no había otra opción cuando se está casada con un alcohólico. Después de esa frase, se largó a reír. Yo reí también. Sacó su billetera y me mostró una fotografía de su esposa. Se llamaba Claudia y se veía bastante más joven que él. Era muy hermosa, sobre todo para un hombre tan tosco como él. Pensé que Claudia tenía aspecto de una buena mujer, que a lo mejor eran puras ideas tuyas, pero no se lo dije. Quiero hacerte un regalo, dijo de pronto. ¿Qué cosa?, pregunté sorprendido. Levantó del piso el maletín y lo puso sobre la cama. Aquí están todas las cosas que he escrito durante mi vida. No quiero que las leas, además, está sellado de tal forma que te costaría mucho trabajo y dinero abrirlo, dijo, y sonrió. ¿Entonces?, pregunté. Quiero que juguemos a que somos Kafka y Brod. No te pido que los quemes, sólo que los guardes hasta cuando yo haya muerto. ¿Y si yo muero antes?, pregunté absurdamente. Tomó otro trago de su botellita y me miró fijo. Eso, mi amigo, es muy improbable. Eres un hombre abstemio y yo un simple borracho, sentenció. Raimundo sacudió su brazo izquierdo hasta que pudo ver la hora en su reloj. Yo nunca he sabido mucho de esas cosas, pero ese aparato me pareció definitivamente muy costoso. Tengo que irme, ya sabes, soy un hombre muy ocupado, dijo, y volvió a reír. Lo despedí en el ascensor, deseando no volverlo a ver. Sentí pena por el hombre y también me sentí orgulloso de no haber claudicado nunca en mi intento de cambiar de vida. Sin duda, de Raimundo nadie podría decir lo mismo. Guardé el maletín debajo de mi cama con la seguridad de que aquel hombre estaba tan loco que no se merecía que yo tratara de leer sus famosos cuentos. Ya vería en el futuro lo que haría con ellos.

Para mi desgracia, y de una forma que no esperaba, volví a encontrarme con Raimundo una última vez. Era fin de año y las cosas marchaban bien para mí. Estaba en negociaciones con una editorial para publicar un libro de cuentos. Seguía yendo al taller, pero ahora todos parecían respetarme un poco. Siempre tuve la inquietud si había sido el cuento de la piscina lo que había producido tan notorio cambio. De ser así, quizás debía estarle eternamente agradecido al pobre diablo de Raimundo.

Estábamos celebrando el fin del taller en un bar cercano a Plaza Italia. Yo sólo pedí una bebida y después un vaso de agua. Todos hablaban animadamente, comentando lo buenos escritores que se consideraban. Hablaron también del trabajo y de las vacaciones que se tomarían. Sobre la mesa, alguien había dejado uno de esos diarios de circulación vespertina. Como nadie me preguntaba nada, lo tomé y leí los titulares. En un recuadro inferior, en letras blancas sobre fondo negro, se anunciaba la extraña desaparición de un escritor que había alcanzado cierta notoriedad en el pasado. En las páginas interiores, la información era un poco menos escueta. *El escritor y publicista Raimundo Larco Freire, de cuarenta y siete años de edad, se encuentra desaparecido desde hace seis días. La última persona en verlo con vida fue un colega de una conocida agencia de publicidad. El mismo día de su desaparición, Larco había tenido una entrevista para trabajar en dicha empresa. El colega que lo entrevistó, identificado como Marcos Artigas, declaró que al salir de la oficina, el señor Larco se veía muy tranquilo. Se presume que antes de desaparecer, Larco pasó por su casa, pero no se llevó ningún bien desde ahí.* Después, se pedía a quién pudiera tener alguna información que se contactara con su esposa a un número telefónico o directamente con la policía. También se mencionaba que era un alcohólico que no había terminado su tratamiento y que había protagonizado un penoso incidente en el consulado argentino en Santiago.

176

No podía creerlo, me paré de súbito como si con mi reacción pudiera hacer algo. Recuerdo que tomé el diario, que apenas me despedí de los demás y salí con dirección a mi casa. En el trayecto, pensé que a lo mejor yo podía ayudar en algo si contaba que había dejado a Raimundo en una casa vieja en Ñuñoa, justo después de lo del consulado. No estaba seguro. Temí que Raimundo estuviera involucrado en algo sucio y que finalmente, pese a que no lo había vuelto a ver, terminara arrastrándome. Pensé en el maletín. Pensé en la inconveniencia de entregar la información que poseía. Después de todo, yo no era más que otro alcohólico que se había topado con él durante un periodo determinado, y nadie tenía por qué creerme ni para bien ni para mal. Pensé también en lo que pensaría la gente

de la editorial si se enteraban de que yo estaba, aunque tangencialmente, involucrado en un caso de desaparición. Pero a lo mejor, la policía ya sabía de la casa de Hamburgo, y mis conjeturas no eran más que pura exageración. Igual decidí mantenerme al margen de cualquier contacto oficial con el caso.

Cuando llegué al departamento, busqué el número que Raimundo me había dado y lo comparé con el que aparecía en el diario. Por supuesto, no eran los mismos. Creí que no perdía nada si llamaba al número falso nuevamente. A lo mejor, correspondía a la casa de Hamburgo. Marqué nervioso, pero sólo contestó una grabadora. Raimundo, te habla Souza. Espero que puedas comunicarte conmigo, dije, y colgué. No sabía muy bien lo que hacía, pero ya lo había hecho. Esa noche, rompí mi abstinencia y compré una botella de vino. Los siguientes días los pasé tratando de tomar una decisión con respecto al maletín. Estaba seguro que ahí adentro había cualquier cosa, menos papeles con cuentos o novelas, y eso me desesperaba aún más.

Una mañana, después de comprar una botella de vino, tomé mi auto y fui a la casa de Hamburgo. Me estacioné a una distancia que consideré prudente, aunque ése era un concepto que yo no debía manejar del todo, dado el escaso saldo de alcohol en la botella.

Permanecí allí varias horas, pero nadie entró o salió de la casa. Tampoco me atreví a tocar el timbre. Volví a mi departamento, busqué el papel con la dirección de Raimundo y le solicité al conserje de mi edificio que me explicara como llegar. Cuando di con la casa y detuve el motor, también a una distancia prudente, ya era de noche. No sé en qué momento me quedé dormido y qué pensaba hacer realmente en ese lugar, pero cuando desperté eran las primeras horas de la mañana y algunos vehículos comenzaban a transitar junto al mío. Me acomodé en el asiento y miré la casa de Raimundo. Era tan grande como la había imaginado. Entonces me puse a fantasear, todavía sumido en los efectos del vino, sobre cómo era la casa por dentro. Recuerdo que entraba y caminaba directo hacia el patio trasero, motivado por la idea de ver en persona el sitio de las bacanales referidas tiempo atrás. Abría un gran ventanal y me encontraba en una amplia terraza techada. Si bajaba unos escalones,

pisaba un pasto recién cortado, y varios metros más allá, como depositada ahí por manos divinas, una larga piscina que emanaba un leve halo de luz desde su interior. Raimundo se paraba al borde y me miraba sonriente. Te presento a mi hijo, gritaba. Después seguía riéndose y se desvestía. En el agua, Raimundo nadaba despreocupado. Alcanzaba una cama plástica en el otro extremo de la piscina y se montaba en ella. De pronto, cerraba los ojos.

Estaba a punto de meterme al agua, cuando comenzó abrirse la reja automática. Eran como las siete de la mañana, o algo así. Desde el interior, un automóvil salió y se detuvo sobre la vereda. Un hombre joven iba manejando. En el asiento del copiloto creí reconocer a Claudia, la esposa de Raimundo. El vehículo esperó que pasara un camión de basura y prosiguió su viaje. Pensé en lo peor. Aquel hombre tal vez fuera el Marcos del que hablaban en el diario y, seguramente, el mismo personaje del cual Raimundo sospechaba.

Una conspiración en contra de Raimundo o algo parecido, fue lo primero que se me vino a la cabeza. No quise, o no me atreví, a seguirlos. No había para qué. De ahí, fui a un puente del Mapocho y arrojé el maletín de Brod y Kafka a la mierda.

Poco después, buscando en el diario un nuevo lugar dónde vivir, encontré un anuncio de venta. La dirección correspondía a la de Raimundo. La casa costaba mucho dinero. Probablemente se vendería pronto, pensé.

Ahora estoy abocado a terminar mi libro de cuentos. En algunas ocasiones me tomo una copita, pero no creo necesitar ningún tipo de ayuda. La ex alcohólica se fue de vuelta al sur, pero tengo otra novia. Me compré un perro y cambié de domicilio sin avisarle a nadie.

Estoy escribiendo un cuento sobre un escritor venido a menos que realiza investigaciones sobre fantasmas. El relato transcurre durante una cena en honor a su mujer. No se trata de un alcohólico, sólo es un hombre que no sabe dónde está parado.

Con el tiempo, me fui olvidando de la idea de la conspiración. Nunca más supe de Raimundo o de su mujer, y tampoco siento curiosidad al respecto. Además, ahora sólo me preocupa terminar mi nuevo libro. Eso, y la caída del pelo.

Actor

Claudia Ulloa Donoso

Perú

Nunca te lo he dicho pero yo me enamoré de tus huesos. La forma de cómo las vértebras de tu columna se marcaban en tu piel de mármol, blanquísima, es algo que guardo en la memoria desde ese día cuando te conocí. Llevabas esa blusa con la espalda descubierta y te movías. Podía ver cómo danzaban tus huesos, veía la penumbra que se quedaba en tus clavículas y la luz que brillaba en tus hombros.

Recuerdo cuando te vi desnuda por primera vez: te puse de espaldas con cierta violencia, con esa violencia de un niño al romper los papeles de regalo que envuelven sus juguetes y toqué cada uno de tus huesos. Encajé mis nudillos entre las vértebras de tu columna, metí mis cuatro dedos en tus clavículas, deslicé mis manos por tus tibias, me morí de placer sintiendo tus rodillas duras en mis palmas blandas, hiqué mis pulgares entre tus costillas, tus falanges, en el filo de tus mandíbulas.

Recuerdo esa vez que te rompiste una falange. Para mí fue como si se le hubiese roto a Miguel Ángel la mano del Cristo que reposaba sobre el manto de mármol de su madre en La Piedad. Cuánto te cuidaba entonces. Ahora las cosas han cambiado, ya no puedo ver tus huesos.

Hace días te vienes quejando de dolor de espalda y no me importa. No sé si te dolerán los huesos de los que yo me enamoré, o los músculos. Sólo sé que te quejas.

Hoy por la mañana me has dicho que tenías ganas de sexo. He pensado que a lo mejor me estás mintiendo y no te duele la espalda. He querido excitarme y he cerrado los ojos para ver esos huesos marcando tu piel de mármol de entonces. He tratado pero no he podido. Mejor lo dejamos, no vaya a ser que te pongas peor. Has vuelto a quejarte.

Estoy cansado. No quiero darte un masaje pero aquí estoy descubriéndote la espalda y pensando nuevamente en tu columna de cuando eras joven. Una columna vertebral que era una serpiente que se ondulaba, que se deslizaba, que me volvía loco. Hundo mis manos en tu carne y no siento tus huesos. Te quejas de que soy muy brusco, te quejas y yo me canso.

Tengo ganas de llorar pero me quedo en silencio mirando tu espalda, buscándote, pues no te reconozco. Tú me hablas del amor,

que los masajes con amor lo curan todo, me hablas de las energías positivas y de toda esa mierda que lees en las revistas del corazón.

El amor no me sale pero sí la loción de este tubo a borbotones y cae sobre mis zapatos de gamuza. Me enfado. Me molestas, me molesta tocarte, amasarte.

—Mejor será que te acuestes.

Necesito tomar aire. Salgo. Paso por la farmacia y te compro otro tubo de loción. Busco algo para que te entretengas, una revista de modas y quizás con esto cambies tu manera terrible de vestir. He comprado también un rotulador porque sé que subrayas los tips de belleza y se los cuentas a tus amigas, y los de pareja, me los echas en cara a mí. Me hablas de crisis, de que la relación podría mejorar. Eres una cabrona completa. No me pidas que te quiera ahora que estás más vieja, más acabada, ahora que se te ha ido el brillo, ahora que no veo tus huesos porque estás gorda. No me pidas que te quiera cuando sé que me has engañado.

182

Tengo que fingir ternura al entrar al cuarto. Me gustaría ser un actor, me gustaría ser Jack Nicholson. ¿Cómo hará Jack Nicholson cuando tiene que actuar y parecer tierno? Yo levanto las cejas, aprieto los labios, hago una sonrisa blanda, te doy palmaditas en las manos y te las beso. Te dejo la revista, el rotulador, el tubo de loción muscular en la mesita, al lado de tu inmensa y horrible espalda desnuda. El sueño parece vencerte y yo sigo con la cara de Jack Nicholson tierno. De pronto despiertas e insistes que te dé un masaje. Tantas veces has mencionado la palabra “masaje” que me duelen las sienas. Cuando te quedas totalmente relajada, se me ocurre escribir con el rotulador en tu espalda, en la parte que más te duele: ME FOLLO A OTRA Y ESO ES MI ÚNICA FELICIDAD, DOCTOR AYÚDEME CON ESTO. Con la otra mano, sigo dándote un masaje falso.

Ya casi te has dormido y crees que la tinta del rotulador huele a medicamento. Dices que sientes cierto alivio, a lo mejor es porque la he comprado extra fuerte. Mañana te llevaré al médico pero ahora duérmete, te lo suplico por dentro, mientras sonrío ligeramente. Soy un mal actor.

Hoy he renunciado al trabajo, o más bien he dejado de ir. Después de dejarte en la consulta me he pasado todo el día leyendo,

cosa que disfruto mucho y hace tiempo que no lo hacía, también he tomado unas cervezas y he visto un poco de fútbol. Ojalá que el doctor me ayude y que vengas calmada, y que me digas que empezaremos una vida nueva y que seremos algo así como compañeros de piso, que es así como mejor funcionan los matrimonios.

Llegas de la consulta muy contenta y con un nuevo medicamento que el doctor te ha dado. Me imagino que a lo mejor te habrás follado al doctor. Todo bien pues ya no me duele que me mientas. Seguro habrá leído lo que puse en tu espalda mientras te tomaba por el culo. Si así eres feliz, yo te dejo, pero no te olvides que los chicos están ya en exámenes y necesitan quedarse horas extra en la escuela, no descuides eso. Prepárales los almuerzos, que yo me encargo de comprar una PC nueva para que se sobrecarguen de datos y no jodan después con que no tenían suficiente información y que por eso reprobaron.

Ahora que te he visto contenta al regreso de la consulta, ya he tachado un problema menos en mi lista. Si decides finalmente enrollarte con el doctor, en buena hora porque él tiene dinero, así no usarás el mío para pagarles camisetas y conciertos a tus amantes. A lo mejor hasta nos paga el divorcio. Quizás así sí acepte. Déjame que piense primero en los chicos.

Otra vez debo actuar, otra vez me pides un masaje. Ahora soy Hugh Grant, pongo una cara de idiota que presta atención. He actuado como Hugh Grant toda mi vida. Mientras te vas desvistiendo pienso en la prostituta negra, en la del escándalo y por qué yo nunca fui el verdadero Hugh Grant, por qué yo nunca estuve con una prostituta negra. Pienso en cómo se debe sentir estar con una prostituta y me lo imagino. Me imagino sus huesos sobresaliendo sobre una piel canela, haciendo las cuencas de sus clavículas y sus pliegues oscurísimos. Una ceguera de placer me invade y tengo una erección que me dura poco. Tu voz chillona ha subido de tono. El doctor tiene que chequearte dentro de quince días para ver si hay mejoría, quizás tendrías que seguir una hidroterapia. Estás preocupada. Métete al jacuzzi con el doctor, pero dile a él que se dé el trabajo de aplicarte la loción en tu regordeta espalda colorada.

Te beso los hombros y te abro la bata. Me encuentro con tinta negra del doctor: CUENTA CONMIGO WWW.HOM-BRESSANOS.COM. Te pongo la loción y me doy cuenta que contiene alcohol en un 70%. Tu espalda se vuelve una mancha negra. No sé si preocuparme por la mancha, por tu reacción, por si sabes lo que tienes escrito en la espalda, como cuando en el colegio te pegaban carteles con la palabra “patéame por tonta” y así caminabas por las calles sin enterarte de los que se reían de ti. No sé si sabes que eres un pedazo de carne que usamos el doctor y yo para comunicarnos. Un tablón de mensajes blando.

Toda esta mancha negra me ha dejado desconcertado, como si todo estuviera fuera de control. Te has quedado boca abajo con la espalda desnuda y yo con las manos negras de tinta sin poder tocar nada.

—¿Una ducha caliente le vendría bien a tus músculos, no?

Lo hago por las sábanas blancas de seda que me han costado un ojo de la cara. Entonces ahí estamos tú y yo, en la ducha. Yo no quiero mirarte mientras te jabono la espalda. Miro entonces las gotas que se resbalan por la cortina plástica. Tengo otra vez ganas de llorar. Me gustaría que lloviese ahora, en verano. Tengo ganas de oler a hierba mojada, tengo ganas de oír a cada gota de lluvia estrellándose contra el pavimento y hablándome, tengo tantas ganas de sentirme vivo. Te miro el cuerpo y recuerdo la película *Psicosis*. Si alguien hundiese un cuchillo sobre nuestros cuerpos ahora moriríamos desnudos. No me gustaría morir desnudo. No dices nada, te gusta que te jabone. Te quedas quieta como ese perro que teníamos cuando éramos novios, ese perro peludo y gordo al que le gustaban los baños.

Aún con el cuerpo mojado me siento al PC. Podría electrocutarme, pienso, pero me importa poco. Leo la página web del doctor. Cabrón. Ha escrito un artículo que se llama “Hombre Nuevo” y la verdad es que desde hace días vengo haciendo lo que dice su artículo. Sólo me falta encontrar un trabajo nuevo. Quizás como actor. Algo que siempre he querido.

Hoy, a manera de tomar aire, he ido a darle gracias al doctor por su apoyo y decirle que he leído su artículo en la revista y hasta me he suscrito. Le pido que me ayude a ser hombre nuevo y que me

extienda un certificado médico donde él acredite que tengo una ceguera irreversible.

Dudas un momento, pero no te preocupes, porque lo que aquí sucede es que yo no quiero que nadie se entere que yo no soy ciego realmente y eso a la vez garantiza, que nadie se va a enterar que me has hecho un certificado falso y que eres un poco estúpido. Es más, el día que quiera dejar de ser ciego, acudiré a ti y así te harás famoso porque has curado una ceguera irreversible, que más quieres. Hazme el certificado y fírmalo.

Te abrazo, te doy las gracias, me despido. Dentro de unos días volveré por el certificado. Te dejo una botella de cava en la recepción haciéndole un guiño a tu secretaria en mis últimos días que me quedan sin ceguera.

Llego a casa y me doy cuenta que no voy a poder leer delante de nadie. Un problema muy grande. Entonces decido que mi ceguera empezará oficialmente mañana para mi familia, porque hoy es primero de mes y he recibido todas mis suscripciones.

Así que me encierro en mi estudio y leo. Leo hasta que mis pupilas se secan. Mi mujer me trae un whisky y dice que debo acostarme. No le hago caso. Me tomo el whisky y sigo leyendo hasta que me quedo dormido en el estudio.

Hoy me he levantado ciego. Ella llora y me lleva al doctor. Entonces él le explica lo de mi mal y ella me dice que debería operarme. El doctor arruga las cejas pero no como Jack Nicholson, lo hace muy mal. Yo me aguanto la risa. No, no se puede operar, porque se corre el riesgo de que la ceguera se complique, es decir, no serás más ciego, eso está claro, pero a lo mejor tus ojos se volverían blancos y usar ojos de vidrio no es lo mejor. El doctor no puede inventarse una operación. Sería muy divertido, pero bueno, me basta con que me dé el certificado.

Ella me ayuda a sentarme en el sillón y me dice que debe ser una ceguera por el stress del trabajo. Seguro, porque ese trabajo, la verdad, ya me tiene muy cansado. No me dejas hablar ni porque estoy ciego. Me interrumpes contándome una historia en la que la gente se autocombustionan por stress, o sea se queman solitas, imagínate mi amor.

No me queda otra que renunciar, digo, mirando al techo y ensayando mi mirada perdida. Has puesto una cara y-ahora-de-qué-vamos-a-vivir, así que continúo, para tu tranquilidad, con que tengo dinero suficiente ahorrado, cariño. Y me dices, qué bueno que sólo es una ceguera y no te estás quemando por stress. Serás borrica.

Voy a mi oficina y les muestro el certificado médico. No me creen en principio. Me preguntan las causas y les explico: mal genético, como todo lo que sucede hoy en día que hasta la melancolía es mal genético. Mal que llegó sin avisar. Explotó, así, irreversible.

Me han comprado un pastel que no dice “hasta luego”, claro, porque soy ciego. Tomamos una cava barata porque estos creen que ser ciego es también ser idiota y sin paladar. Ya me voy. Les veo las caras a todos, algunos se ríen, me hacen morisquetas, otros realmente tienen una cara de pena de que me vaya y compruebo entonces, que esos son los pocos amigos que tenía. Ahora empiezo una vida nueva, paso página y sigo fingiendo. Cara de pena, ceguera, hasta pronto amigos.

Tú conduces y yo me relajo en el asiento del copiloto. Me des-parramo con una paz y tranquilidad que no he sentido en años. Me dejo llevar y así pierdo la mirada en el paisaje de la ciudad y miro los postes que van pasando, los cuento uno por uno, como cuando era niño. Observo cada cosa con la mirada perdida y lo puedo ver todo. Siento en mi piel el aire que entra con fuerza como un látigo de seda. Cierro los ojos. Así me quedo hasta que me hablas y me dices que a lo mejor debería usar gafas oscuras. También te pido un bastoncito de esos plegables de aluminio.

A escondidas sigo leyendo mis suscripciones que a ti no se te ocurrió cancelar y también me escapo al cine. Los días a solas me los paso practicando a ser ciego, me vendo los ojos y uso las gafas oscuras. Camino por toda la casa y busco hacer cualquier cosa, subo escaleras, voy reconociendo espacios, examino texturas, me guío por ruidos. Leí hoy también un artículo en la web, que decía que por la pérdida de un sentido se desarrollan otros. Muy cierto. Voy experimentando intensamente la vida en el tacto, el olfato, el gusto, el oído. Nunca antes he disfrutado tanto los vinos, el sexo, la música clásica, mis perfumes, el agua caliente sobre mi piel en

mis duchas a solas, me he vuelto sensible a todo. El artículo me lo has dedicado. Gracias, doctor.

Tú has vuelto a trabajar después de tanto tiempo de vivir a mis expensas. Te he pedido que me compres un perro, así podrá salir más seguido y hacerlo más creíble y menos complicado. Cada vez que salgo, me saludan los que venden lotería, son mis amigos sinceros y viejos, que no ven, pero me conocen y distinguen el ruido de cada bastón de ciego que pasa. Estoy aprendiendo a leer en Braille pero me aburre un poco, así que léeme la sección de clasificados de trabajo, a sabiendas de que sé que se requiere un ciego para trabajar en una central telefónica. Probablemente iré también al casting de ese anuncio que no me has leído. Buscan actor.

Finalmente me han dado el trabajo de ciego, no el de actor. Es casi lo mismo. Me han dicho que con la educación y experiencia que tengo es una pena que me haya quedado ciego. Yo sonrío. Es una pena, sí, porque creen que estar ciego es perder la memoria o lo que ya se sabe.

Contesto llamadas a ciegas pero a veces abro los ojos para usar la central. Últimamente lo hago mejor, a ojos cerrados. Se me da muy bien por hablar con la gente y hasta alguna vez, mi voz les ha inspirado confianza porque me hablan de sus cosas, las mujeres coquetean conmigo y hasta alguna me dejó su teléfono.

Hoy día busqué a una prostituta, una que me ofreció sus servicios por teléfono. Dime Hugh y ella me decía huch, no lo sabía pronunciar tan bien como yo que viví un tiempo en California. Le pedí que me hablara en inglés, le dije las palabras que me tenía que decir y en qué momento. Ella repetía: *jarder, faster, laiquit, yea*.

También le dije que era ciego, pero no me creyó. Como no me creyó, me quité los lentes oscurísimos y le pedí permiso para usar la cámara. Ella no se negó pero me puso la única condición de no filmar su rostro. Le vendé la cara y entonces la ciega era ella. Se reía cuando le ponía la venda. Ella era bonita y yo la trataba con mucha delicadeza. Cerré los ojos y fui ciego otra vez. Toqué sus huesos, cada una de las vértebras de su columna, sus rodillas, sus costillas, sus falanges y ese hueso en forma de puñal entre sus dos pechos. Ella quieta, se reía, confiaba en mí y esa risa era como una

canción para mis oídos. Me susurraba, loco, sonriendo. Sentía su belleza en mi tacto, la suavidad de su piel, la firmeza de sus pechos y de sus nalgas. Con los ojos cerrados, ciego de placer, sentía el brillo de su pelo en mi carne, sentía en mi olfato su olor de hembra joven. La besé ligeramente en los labios y se dejó sólo por un segundo. Me dijo las palabras que le enseñé en inglés. Las oía y de pronto me sonaron tristes. Seguramente nunca fue al colegio. Todo terminó triste a pesar de que yo a ojos cerrados sentía su sonrisa en el aire.

Abrí los ojos, abrí mi billetera, la abracé y fui ciego otra vez. No quise verla vestirse ni salir de la habitación. Mis sentidos se agudizaron, el ruido de sus pasos fueron balas que se me estrellaron contra mi vacío. Me quedé solo y miré a la cámara, *Just because you're a character doesn't mean you have character*. Presioné el botón de *fade* y luego apagué la cámara.

Camino por las calles y ya casi no abro los ojos para nada. Escucho las voces de los niños, las conversaciones de los viejos, el ruido de los granos de maíz que caen en el pavimento, los aleteos de palomas hambrientas, los pasos de la gente con prisas. Siento una ligera alegría que me lleva a volver a casa a compartirla con ellos.

Atravieso la puerta y entro a tientes, golpeando con mi bastón todo lo que está a mi paso. Así anuncio mi llegada desde que soy ciego. El silencio aparente de una casa vacía dura poco, percibo olores de hombre extraño.

Mi mujer llegó temprano del trabajo, mis hijos están en su habitación, alguno de ellos ha fumado un porro y otro juega en el PC nuevo con el volumen en silencio pero yo logro escuchar los botones del *joystick*.

Me siento al piano, al piano que siempre fue sólo ostentación pura *Steinway & Sons*, al piano que gobierna la sala. Me dejo llevar por la música que me quema en el tacto, en cada uno de mis dedos. Lo siento muy dentro como ecos en mis oídos, saboreo notas musicales, huelo melodía y veo sólo negro: negro bemol, negro sostenido. Negro como en la cuenca de sus clavículas, negro el color de mi nueva vida.

Toco el piano con fuerza, con pasión y energía, inspirado por alguna fuerza desconocida, inexplicable y seguramente divina ya que viene desde arriba. Siento que me entra por la cabeza. Me invaden espasmos, escalofríos y temblores hasta los pies.

Esparzo música intensa en el ambiente: precisa para el clímax con tu amante, música que relaja el viaje alucinógeno de alguno de uno de mis hijos y que le hace sentir épico y vencedor al otro dentro de un video juego.

Toco el piano intensamente, no puedo parar. Percibo que la felicidad de ellos y la mía vuela en el aire en forma de partículas de polvo que salen de las teclas. Las puedo sentir en la piel de mis manos, en mis párpados; partículas de felicidad que se elevan en medio de las ruinas de esta casa, para luego caer lentamente y reposar silenciosas cuando la música cese, como los copos de nieve sobre las tumbas en algún cementerio del norte.

Carta de papá

Alejandro J. Varela
Suárez

Uruguay

La primera en suponer su existencia fue mi madre, una mañana de diciembre. La recuerdo de pie sobre el umbral del *living*, observando con atención el jazmín en su vaso sobre la mesa, como éste multiplicaba los rayos furiosos del sol, esparciéndolos sobre el mantel blanco de puntilla.

Quizá lo haya recordado porque ya era entrado el mes de diciembre, o porque el mismo jazmín —que inundaba lentamente la pieza con su último hálito de vida— la retrotrajo a un tiempo en que éstos comenzaban a anunciar de casa en casa, como un secreto que todos sabían leer, la inminente llegada de las fiestas.

Yo, que pasaba por el *living* con un libro en la mano, me detuve ante su mirada abstraída hacia la mesa, para luego quedarme parado, observándola en silencio; sospechando a medias el aviso posterior a su trance.

—La carta. Las niñas van a encontrar la carta de papá en el árbol.

Se lo dijo al jazmín y continuó silenciosa, un poco melancólica quizás, esperando una respuesta que nadie, salvo yo, era capaz de darle.

Fue entonces que lo recordé, como quien se sorprende al revisar algún cajón lleno de objetos abandonados desde hace algún tiempo.

—Dejá que yo me ocupo —Contesté, algo nervioso, sin saber ciertamente qué hacer.

Es probable que haya sido un invento de mi padre, o quizá de mi abuelo, el origen se ha perdido en la memoria familiar. Sucedió a la hora de desarmar el árbol navideño, ese dilatado y parsimonioso rito que llevaba consigo el triste sinsabor de las despedidas.

Despedida no sólo de los fuegos artificiales, los regalos o la comida, sino, y sobre todo, de esa infantil expectación en donde todo lo bueno está aún por sucederse, y un impaciente optimismo parece iluminar los objetos, los rostros y las voces.

Era en aquel funesto día que mi padre escribía una carta, lacrada y misteriosa, que descansaba en una caja junto al árbol desarmado hasta diciembre, más precisamente el ocho, cuando la tradición ordenaba (y creo que aún lo hace) volver a armarlo.

Sólo en aquella fecha, justo antes de comenzar a colgar las hileras de luces, se nos permitía escuchar –y leer cuando fuimos algo más grandes– un fragmento de su contenido. Poco después la llama de algún encendedor terminaba con ella, con sus errores y sus aciertos, como en un rito de purificación e inicio.

Aquellas cartas, que mi padre escribía, y cuyo destinatario no era otro que él mismo, significaban un reto y una interpelación al futuro. Estaban redactadas en un hipotético presente y contenían supuestos sobre lo que creía nos podía haber acontecido en el transcurso de aquellos meses, conjeturas y predicciones que el tiempo se encargaba de confirmar o descartar.

Luego, cumplida la fecha y sentados frente a nosotros, mi padre solía leernos parte de ese mensaje, y al leerlo, al leerse, duplicaba su presencia y la expandía hacia el infinito. Parecía evidente que no era el mismo padre el que disertaba en el presente gramatical de la carta, algo ingenuo, errado o acertado según las circunstancias; que aquel otro que leía, entorpecido por la caligrafía, su propio mensaje.

194

La carta comenzaba todos los años, invariablemente, con una frase introductoria que, de tanto repetirse, terminó siéndome familiar y que aún resuena en mi cabeza, cuando estoy distraído o por dormirme:

“¿Estoy ahí? ¿Puedo todavía leerme? ¿Existo en mi futuro? ¿Qué derrotero han llevado nuestros corazones?”

Luego de ésta le seguían afirmaciones o preguntas quizás más cotidianas, pero no por eso menos trascendentes; al menos para nosotros. Los temas variaban, pudiendo ir desde nuestra escuela, la salud, hasta la fábrica o el matrimonio.

“A esta altura, Lía, ya has terminado segundo grado y probablemente habrás perdido ese temor terrible a la nueva escuela”.

“Este año hemos mejorado, seguramente, como pareja, Silvia. Diego, ahora que estás diez meses más grande y más maduro, podrás comprender por qué no te compramos aquellos zapatos que tanto querías tener la navidad pasada.”

En realidad, salvando la clásica introducción, soy incapaz de recordar nada de su contenido en forma textual. Todo lo demás

son palabras e imágenes que han ido envolviendo poco a poco –como la venda que cubre a una momia inexistente– mis fantasías, hasta darle la consistencia de recuerdos.

Hay algo que sí retengo, debido a que se ha ligado a un sentimiento indeleble: son las conjeturas y reflexiones en las que me adentraba durante las interminables y obligatorias siestas del verano, cuando mi ángulo visual estaba limitado al techo y al altillo, donde descansaba la caja y mi futuro, esperando ser abierto meses después.

Recuerdo que me gustaba pensar que nuestro presente, que no era más que una proyección desde aquel tiempo lejano (era la época en que unos meses equivalían a años) producido por la mano diestra de mi padre que, desde el pasado, tejía interrogantes y certezas de un futuro ignorado e inexistente hasta el momento, provocando un desdoblamiento en el que los tiempos se entremezclaban de manera mágica.

Llegado el momento de la lectura, nuestras expectativas y fantasías nunca eran colmadas. Apenas nos eran cedidos una o dos carillas, que leíamos con fruición, en lucha por retenerlas, sabiéndolas insuficientes a juzgar por el resto de hojas de cuaderno garabateadas; poseedoras de quién sabe cuantos vaticinios y confesiones que mis padres leían juntos, semisonrientes casi siempre, pensativos en ocasiones. Después el fuego, otra vez, culminaba la ceremonia y volvía a condenar el mensaje a la nada.

Más grandes ya, mis hermanas y yo empezamos también a escribir nuestras propias cartas. Mis predicciones rondaban acerca de mis limitados y absolutos intereses infantiles: mi cuadro de fútbol, las calificaciones, las clases de piano.

Ya llegada la adolescencia abandoné la costumbre, siguiendo a mis hermanas menores, que ya casi se habían olvidado del tema.

Marcos, mi viejo, la continuaba tenazmente. Año a año, a medida que la carta ganaba en extensión, menos era lo que se nos autorizaba a leer de ella; aunque confieso que eso ya no nos importaba mucho en ese entonces.

Sospecho –siempre me muevo en el campo de las presunciones– que mi padre había comenzado en aquella época a explorar

en sus propias profundidades, abandonado a la serenidad de sus silencios parcos, moviéndose, acaso, entre aquellas intuiciones imperceptibles de nuestro futuro, que todos solemos sentir, pero a las que rara vez tenemos en cuenta.

De modo que, luego de escuchar la advertencia de mi madre y recibir el posterior aluvión de recuerdos imprevistos, me esforcé por olvidar por completo el tema, restándole importancia. Sin embargo, y contra mi voluntad, podía sentir día a día, y a medida que las fiestas se acercaban, cómo la idea se amplificaba en mi mente, hasta transformarse en una obsesión que ocupaba gran parte de mis pensamientos.

¿Y si existía? ¿Qué tal si todavía estaba, dos años después, esa inútil y desgarradora esperanza, esa apuesta perdida y absurda?

Con el correr de los días se me había vuelto imposible concentrarme en el taller mecánico, las herramientas se me caían de las manos y algún compañero me había hecho volver a los codazos de mis largas meditaciones frente a la mirada inquisidora y extrañada del supervisor.

Un desatino, sin duda, para alguien que no haya vivido los pormenores de aquella ceremonia, o el dolor que la partida del viejo dejó en la familia.

Fue luego de la última Navidad; a ésta le siguieron muchas, pero por alguna razón prefiero seguir utilizando este término. Por ese tiempo los hechos ya se habían sucedido con vertiginoso rigor, y el destino sólo esperaba, frenético y babeante, para mover su última pieza.

En esa época mi padre ya había escupido su primera gota de sangre, y la mancha en las placas había hecho su triunfal aparición. Ya lo habíamos visto saludado con su mano desde la camilla a la salida del quirófano, ocultando nuestro llanto en la sala de espera, y su tratamiento había comenzado ante los augurios cada vez más positivos de mejoría. Las expectativas también habían bajado, al ritmo del agua bendita —esa insomne y desesperada esperanza— proveniente de Lourdes y que mi madre guardaba en una virgencita de plástico para aplicársela en la frente; desvaneciéndose bajo el compás continuo del líquido que descendía por

incontables frascos hacia las venas, de las cuentas de rosario bajando de dedo en dedo.

También había vuelto una tarde fría, luego de su retiro por enfermedad, cargando en su pequeño bolso los objetos que lo habían acompañado en la fábrica durante tantos años: una jabonera antigua en la que descansaban fósiles perfumados de distintas épocas, fotos plastificadas de nuestra madre y de nuestra infancia, las viejas herramientas con las que había superado tantas urgencias imperiosas en la línea de producción, sus cepillos de dientes de cerdas abiertas y vencidas, las sucesivas tarjetas de identificación; aquel uniforme de jefe, blanco y planchado, que nunca logró estrenar. Los fue colocando lentamente sobre la mesa, silencioso, como despidiéndose de cada uno de ellos; inventariando, sin quererlo, su fugaz paso por la vida; y los pormenores de un dolor que nunca pudo, acaso, expresar.

Todo fue pasando, inclusive las fiestas, ante un pasmoso y desesperado optimismo que nadie –o casi nadie– era capaz de creer.

Por esa fecha, más precisamente el diez de febrero, fue que mi madre supuso haberlo visto, al menos así lo recuerda, inclinado sobre la mesa de la cocina, bajo el sol que se filtraba a través de la claraboya, escribiendo, con su mano débil, temblorosa, y esa mirada tan distante, tan alejada del mundo que presentan los desahuciados.

Luego, finalmente, ocurrió.

Ese año también pasó entre trámites, somníferos, visitas, rutinas. Una de mis hermanas empezó el liceo, yo en el taller había conseguido un ascenso que había aliviado un poco los apuros económicos, mi madre abandonó la cama y salió en busca de empleo.

Llegado diciembre, la casa cerró sus puertas y ventanas a los festejos y a la música.

Al segundo año de la muerte de nuestro padre, mis hermanas, bastante menores que yo, insistieron en la idea de armar el árbol de Navidad. Acepté, con el fin de no parecer un egoísta o un ridículo, pero con la condición de desentenderme del tema. Mi único aporte fue la compra de una guía de luces nuevas y un par de bolas azules, para la suerte, como dicen.

Era obvio que las heridas habían comenzado a cicatrizar, y la fuerza de la vida –implacable, estúpida e infinitamente sabia– había logrado desplazar a la oscuridad y la desazón. Éstas habían dejado definitivamente de cubrir nuestros cuerpos y nuestras habitaciones, para replegarse en la seguridad de los pequeños objetos: una foto, una tarjeta, un libro, que nos asaltaba de vez en cuando en cualquier rincón, como pequeñas trampas del no-olvido.

Una tarde, días después del aviso de mi madre y adelantándome a mis hermanas, que ya sospechaban también la inquietante posibilidad, me dirigí clandestinamente al dormitorio, trepé al altillo, abrí la caja del árbol y tomé el sobre, lacrado con saliva paterna y dirigida a sí mismo: Sr. Marcos Leiva. Presente.

Lo contuve entre mis manos temblorosas por la expectativa, pero no me atreví a abrirlo.

Éste parecía estar dispuesto a no ser abierto nunca, su destinatario y remitente habían desaparecido para siempre, y el “Presente” de la carta repercutía como una voluntad inquebrantable.

198

Decidí respetarla todo lo que mi desesperación lo soportara. El sobre, henchido, quizá con seis o siete hojas de cuaderno, auguraba una brutal y sincera despedida.

No había terminado de pensar lo anterior cuando emergió la duda: ¿Y si no fuese así? ¿Y si en realidad el viejo aún preveía vivir? ¿Si hubiese decidido dejarse convencer por las palmadas en el hombro de los médicos, por aquellas sonrisas olorosas a éter disipándose apenas eran descuidadas por las miradas?

Sólo había una manera de saberlo.

De pronto, y sin buscarlo, las palabras comenzaron a sonar en mi mente como un adagio tenaz y sombrío:

“¿Estoy ahí? ¿Puedo todavía leerme? ¿Existo en mi futuro? ¿Qué derrotero han llevado nuestros corazones?”

No pude abrirlo por temor a encontrarme con esa frase, que aún resuena en mi mente, y estar obligado a responderla.

Allí, parado al borde de la escalera, con el sobre aún temblando en mi mano, recordé la conversación que habíamos tenido días atrás con mi madre: cómo ésta parecía estar aferrada a la idea de que el viejo codiciaba restablecerse, de que había escrito, a pesar

de las circunstancias, la carta del árbol, en su afán de proyectarse hacia el futuro, de que nunca –hasta el mismísimo final– había bajado sus brazos. Yo le había intentado explicar, en vano por supuesto, que quizás la carta contenía una despedida hacia nosotros; sobre todo teniendo en cuenta lo mal que se encontraba en aquellos días de febrero. Pero ella insistió, segura y persistente, con que el viejo nunca se había rendido, y que en la carta lo encontraría, incluyéndose en nuestro presente. Cualquiera de las dos posibilidades me estremecía.

Fue entonces que comprendí –al igual que lo comprendo ahora luego de haber abierto el sobre y terminado con su secreto– la profundidad y el sentido de todo esto.

Creí entender también –siempre estuve convencido de que la gente aprende en bloques de conocimiento– qué sentido persiguen nuestras rutinas insistentes y enfermizas, sus rituales y compromisos, la exactitud de nuestras agendas y almanaques, nuestras promesas incumplidas, nuestras hipotecas a diez o quince años.

Pude recordar también a Borges, que creo dijo alguna vez –y si no fue él, lo podría haber dicho perfectamente– que sólo los dioses, por ser inmortales, eran capaces de prometer.

Llegó el anochecer y me sorprendí, entre vaso y vaso, mascando la certeza obvia, y extrañamente inaceptable, de estar destinado a morir.

Fue en ese momento, algo borracho pero sobrehumanamente lúcido, que decidí ocultar la carta, incluso a mi madre, que luego de un tiempo, mentiras mediante, abandonó la búsqueda desilusionada. “Me habré equivocado”, pensó. “Debe haber sido algo que me imaginé, nomás”.

El sobre me acompañó en la billetera durante vacaciones y mudanzas, alegrías y reveses de todo tipo, para luego ocupar su lugar en mi veladora, donde fue amarilleándose debajo de un falso fondo de cartón.

Todavía no sé a ciencia cierta cómo y de qué manera esta carta fue acaparando durante mucho años –y de una manera casi enfermiza– un lugar central en mi vida, cómo fue que llegué a aferrarme a ella cómo la última posibilidad de salvación. Pero así ocurrió, y ya no existe retorno a todo esto.

Los primeros días posteriores al hallazgo solía retener el sobre durante horas en mis manos, sujetándolo con fuerza dentro del bolsillo del pantalón, colocándolo a mi derecha sobre la mesa mientras bebía e intentaba escribir algo. Caía en la tentación de observarlo en la noche antes de acostarme, en la mañana antes de ir al taller. Pasado un buen tiempo solía despertar en la madrugada, sudoroso y encrespado, balbuceando frases de determinación y ánimo. Aquello no tenía sentido y lo sabía, era cuestión de tomar coraje y abrirlo de una vez por todas.

Intentaba conformarme con esos razonamientos, pero llegada la noche la carta permanecía durmiendo, desafiante, dentro del cajón.

“...¿Estoy ahí?...”

La cobardía mutó con el tiempo hacia un profundo y oscuro afán de conservar para mí el último secreto del viejo, un masoquista deseo de mantener la intriga, de custodiarla, de inventarle desenlaces y claves, de realimentar su misterio hasta las últimas consecuencias. No había contratiempo más fuerte en la vida que pudiera vencer el goce que me otorgaba saber que muy cerca de mí un misterio aún aguardaba; y que su existencia dependía de mi voluntad. Sólo era cuestión de esgrimir el sobre como un comodín que me había otorgado el destino para que la desesperación cediera, para volver a creer que algo todavía me aferraba a este simulacro de existencia.

En los últimos años la culpa se había instalado en mi corazón, taladrándome las sienas, agigantándose con mi silencio. Sólo la determinación de no leer la carta, de cumplir con su secreto, con su destino imposible, lograba, en parte, calmarla.

“¿Estoy ahí? ¿Qué derrotero han llevado nuestros corazones?”

Los años siguieron transcurriendo, acumulándose como esos diarios viejos que nunca nos molestamos en leer, arrastrándonos cada vez más al pasado, deformando los recuerdos, bifurcando los caminos; envejeciéndonos sin piedad.

Ahora balconeo la vida, solo, en esta pensión cerca de un parque. Hace meses que el taller cerró sus puertas, para siempre, víctima de la competencia desleal.

Me sustento, por ahora, de la miseria del seguro de paro y algo de dinero que me envía Lía, una de mis hermanas, desde Europa.

Tengo tiempo para meditar, para hundirme en las sombras y ángulos de la pieza, para sentir el viento del abismo acariciando mi rostro, para derramar mi saliva sobre los almohadones azules del dormitorio.

Entonces me dejo seducir por la soledad, diluyéndome, transformándome en esta silueta tras los cristales, en la bestia anónima que deja sus rastros inconexos sobre cientos de papeles sobre la mesa, que respira inquieto y silencioso en el tubo telefónico de extraños.

Pienso, por ejemplo, en esas llaves que suelen merodear por los cajones de las casas, llaves viejas y sin sentido que ya no abrirán ninguna puerta, que han perdido su esencia para siempre, pero que siguen allí, ocupando su lugar; a la espera de la nada.

No hace mucho, tomé el sobre por última vez; sucio y gastado por la manipulación y los dobleces. La locura golpeaba mis sienes sin cesar y no estaba dispuesto a entregarme tan fácilmente.

Tenía tres o cuatro certezas y una decisión tomada.

Mi madre había envejecido con relativa dignidad y rehecho su vida junto a un señor que le brindaba la compañía y la serenidad que necesitaba. Los retratos de papá descansaban ahora plácidamente en algún cajón de la cómoda o en el altillo, como provenientes de otra vida, extraviados por otra persona más real y feliz. Mostrarle la carta, dijese lo que dijese, hubiese sido un castigo cruel e inoportuno.

Lía se había casado y viajado a España, de donde recibíamos fotografías digitales de lugares y sobrinos desconocidos.

Ella tampoco merecía, desde esa existencia a medias que es el exilio, la llegada de un mensaje antiguo, que un loco hubiese pospuesto quien sabe por qué estúpidos motivos.

En cuanto a Naty, la menor de todas, vivía en una pensión cerca de la Facultad de Bellas Artes donde estudiaba pintura. Había reconstruido pacientemente a papá gracias a los recuerdos familiares, las fotografías, las anécdotas exageradas de los compañeros

de la fábrica que a veces nos visitaban. Muchas tardes, también, habíamos pasado hablando de aquellas cartas, del recuerdo supuestamente falso de mamá, de la pena de no haber podido conservar ninguna.

Creo que jamás hubiese perdonado, mi traición y egoísmo, más allá de todas las justificaciones que creo soy capaz de brindarle.

Fue así, luego de haber eliminado uno a uno mis pretextos que decidí terminar con el asunto.

Lo hice, lentamente, sabiendo que llegaba el fin de un tiempo, un pasado que por alguna razón había echado raíces en mí, ignorando obstinadamente la imagen que todas las mañanas me devuelve el espejo del baño, el temblor constante de mis dedos calcinados por el vicio.

Entonces compré el mejor whisky que la altura del mes me permitió, prendí el veinteavo cigarrillo del día y comencé con la tarea.

“¿Todavía puedo leerme?”

Corté el sobre con una tijera, destinada desde hacía años para aquel momento, y extraje las hojas.

Lo primero que me impactó fue el contraste de éstas con la negrura desecha del sobre. Las miré una a una, con un desgano repentino y extraño, la indolencia que usaría un burócrata para revisar documentos más que conocidos.

Lo cierto es que ahí estábamos, después de tanto tiempo, ellas y yo. Las dispuse lentamente, hasta que quedaron desplegadas e inmóviles sobre la mesa.

Ahí estaban, quietas. Vacías. Blancas. Como mi padre seguramente lo había querido.

¿El sentido de su elección? No lo busqué en ese entonces, simplemente me guíé por una percepción inexplicable que me obligaba a sonreír, haciendo temblar las comisuras de mis labios.

Me sentí sólo y vacío como nunca.

Miré por el ventanal: los niños del parque abandonaban las hamacas paulatinamente, y el cielo se incendiaba de un naranja tenue, tibio y piadoso. Tan naranja y piadoso como la llama que quemó lentamente el último mensaje del viejo, iluminando mi rostro y los ángulos de la pieza, culminando con aquel ritual; para siempre.

Café

Eglé Vera

Uruguay

—Los hombres sólo buscamos sexo —me dijo muy seriamente, pero con un leve destello chistoso en sus ojos.

—Y las mujeres romance —concluí yo con una amplia sonrisa.

Y nos quedamos mirando sin nada qué decir. Porque... ¿qué podíamos decirnos acerca de un tema en el que nuestros géneros habían tomado distintos caminos? Y además ¿quiénes éramos nosotros para tratar de empuqueñecer esa diferencia entre las dos mayores subespecies del planeta: *Homo sapiens varoniensis* y *Homo sapiens feminiensis*? No éramos nadie.

Y nos levantamos de la mesa en la que estábamos tomando el café. Y cada uno tomó su dirección: el hacia arriba y yo hacia abajo, siguiendo esa ya ancestral costumbre.

Mientras me dirigía hacia mi casa me puse a pensar en mi relación con Bertrán. Nos conocíamos desde hacía un tiempo, pero nos conocíamos en realidad desde hacía un mes, que fue cuando empezamos a intercambiar más que una sonrisa o un guiño cada vez que nos veíamos. Comenzamos intercambiado palabras, luego experiencias, posteriormente buenos recuerdos de la niñez y ahora estábamos en la etapa de intercambiar nuestras frustraciones. Y al tocar el tema de las frustraciones también se tocaba el tema del amor (aunque, tal vez, sin que el mismo se diera por enterado). Y en esta última charla, al rededor del café, cada uno había resumido, en su propia postura, la postura de su subespecie. *Varoniensis* la definió como la búsqueda del sexo y también de... más sexo. *Feminiensis* la definió como la búsqueda de amor, de amistad, de cariño, de seguridad, de comprensión y... de sexo. Y si este “amor” venía acompañado de un buen trabajo, un buen auto, una linda casa de veraneo, cuñados y orfandad (por lo menos materna) mucho mejor.

Con estos pensamientos en la cabeza, proseguí mi viaje. Al llegar a casa, evité los animales domesticados del jardín, y entré a mi mansión, aunque había que reconocer que la misma había sufrido considerables deterioros desde su época de máximo esplendor, tantos deterioros que ahora era un apartamento de un solo cuarto. Lo único esplendoroso que tenía mi mansión era mi

colección libros de *Enyd Blyton* y de *Jane Austen*, los cuales me acompañaban desde mí más tierna adolescencia (siendo esto exactamente diez años atrás). Cabe destacar que estos eran esplendrosos sólo para mí.

Me tiré en la cama y me puse a mirar el techo y a pensar en Bertrán al ritmo de los *10.000 maníacos*. ¿Qué significaba el chico B para mí? Algo me gustaba, eso era evidente. Pero... ¿me gustaba él como persona física o me gustaba todo lo que él representaba como un hombre simpático, abierto, hablador e inteligente, que se preocupaba de escuchar y respetar mis opiniones? O así por lo menos lo sentía yo.

No puede evitar pensar en Nicolás, quien poseía un buen trabajo, un buen auto, una linda casa de veraneo, dos hermanos simpáticos, y si bien no era huérfano, su madre era encantadora. ¡Era perfecto! Solo por un pequeño defecto: le gustaban *todas* las mujeres. La verdad era que esto no importaba mucho ahora, porque tras un breve entrecruzamiento de nuestros caminos y un par de bocinazos, habíamos tomado direcciones totalmente distintas en la vida.

El chico B: vaya personaje. Una vez por semana nos sentábamos a tomar un café y yo siempre salía un poco inquieta de esas charlas. ¿Sería por el café, por la presencia de Bertrán o por sus ocurrentes ideas? No lo sabía y eso ya me estaba preocupando un poco, puesto que me estaba costando dormir y ya no hallaba consuelo en las sabias palabras de mi querida Jane.

Era cierto que éramos totalmente incompatibles. Yo era *Elizabeth Bennet* y él era *Jack Ryan*. A veces yo era *Simone de Beauvoir* pero definitivamente él no era *Jean Paul Sartre*. Yo era *Natalie Marchant* y él era *Ozzy Osbourne*. Yo era *Meryl Streep* (y a veces *Meg Ryan*) y él *Bruce Willis*. Yo era *celeste* y él *marrón*. Yo era *china* y él era *asado con cuero*. Yo era *Seinfeld* y él era *Married with children*. Yo era *música* y él era *números*. Lo único en común que teníamos era el alemán.

Es cierto que los opuestos se atraen, pero esta repulsión ¿no podría terminar en algo más grave, como en una total indiferencia, o en platos rotos o yo enamorada de su mejor amigo, o en un

divorcio y en una pelea por la custodia de *Tigre de la Malasia*, nuestro hámster? Yo me imaginaba algo de este estilo, algo dramático, en vez del típico “...y vivieron por siempre felices”. Porque con Bertrán nunca se sabía. Eso sí que yo ya lo había aprendido.

* * *

Habían pasado seis días desde ese último encuentro con el chico B. Con la objetividad que nos brinda el paso del tiempo, la lluvia y la falta de café, llegué a la conclusión de que Bertrán era un buen chico, gracioso y simpático, pero no lo suficiente maduro como para tener una relación, o por lo menos no lo suficiente maduro como para tener una relación conmigo. Era lindo, y muy lindo según mis cánones de belleza, que vale la pena aclarar que no son los mismos que los de la mayoría de mi coterráneas. Pero nunca iba a pasar nada entre nosotros, porque a pesar de las grandes charlas que había entre nosotros, teníamos muy pocas cosas en común.

En ese preciso momento sonó el teléfono. Coloqué el violín sobre el sofá y me encaminé hacia mi cuarto. Era la voz de una mujer.

—Con la Srta. Patricia por favor —dijo la sexy voz de mujer

—Ella habla —contesté con tono de pocos amigos e intrigada por eso de “señorita”.

—El Sr. Bertrán la busca. Un momento por favor —dijo la voz, con tono un poco menos sexy ahora.

¿Señor Bertrán? ¿El chico B, llamándome a mí? ¿Para qué? Muy intrigada, esperé con ansias los dos minutos y cincuenta segundos que tardaron en ponerlo en línea.

—Reis ¿Cómo estás? —me dijo con la voz un poco ronca y aludiendo al familiar juego de palabras de mi nombre.

—Muy bien. ¿A qué deidad debo esta irregular gracia? —pregunté con mi siempre jocosos tono.

—Sólo quería avisarte que ni mañana ni el próximo jueves podré ir al *deutsch*. Así que te quedaré debiendo nuestro acostumbrado *kaffee* —me dijo con un tono algo triste.

—¡Qué lástima! Ya me había acostumbrado a nuestras lindas charlas —le dije con un tono aparentemente feliz, aunque reprochándome en mi interior el no haber disfrutado al máximo esa última taza compartida.

—De veras lo siento —y se lo oyó verdaderamente apenado.

—Yo también —le espeté y realmente lo sentía mucho.

—Pero para el próximo viernes, en nueve días, en vez de un café te invito a *speisen* —dijo con un tono que no aceptaba un no como respuesta.

—OK —le dije yo aunque no tenía idea de que era eso de *speisen*, porque mis conocimientos de alemán se reducían a mis dos horas semanales en un período de tres meses y medio. Además, aunque no sabía muy bien por qué, no quería aparecer como tonta a sus ojos.

—No hagas planes para el viernes. A las ocho de la noche en *La Buwette* —me dijo y se cortó la comunicación de una manera abrupta.

208

Apenas colgué el teléfono busqué de inmediato mi diccionario de alemán, porque obviamente el chico B sabía muchas más palabras en esa lengua que yo. Primero busqué *spaison* y lo más parecido que había era *spähen* que era espiar. No creo que el chico B me haya invitado a *espigar*. Estaba casi segura de que no. Me di cuenta de que debería de ser *speisen* que era *cenar*. Así que Bertrán, alias el chico B, me había invitado a *mí* a cenar. Cosas mas extrañas han sucedido en este mundo. ¿O no...?. ¿Y por qué lo habría hecho? ¿Su última conquista lo había humanizado? ¿Habría perdido una apuesta? ¿Tendría una cena gratis en algún restaurante de la zona y justo se le vencía el premio en una semana? ¿Estaba acaso interesado en mí? Este último pensamiento me provocó un ataque de risas y un posterior dolor de estómago. ¿Por qué lo habría hecho? La verdad era que sólo tenía que esperar nueve días para enterarme del motivo.

* * *

Y pasaron los nueve días entre clases de violín y charlas con las amigas el sábado a la noche. Las primeras contribuyendo a mi

delgado bolsillo y las segundas contribuyendo a mi abultada imaginación emocional.

De acuerdo a Jackie, otra profesora de violín, lo único que el chico B, alias Bertrán, quería con mi persona era sexo sin compromiso, dado que era más fácil conseguirlo conmigo que conocer a alguien, simular que estaba interesado en ella y convencer a esta víctima de que lo acompañase a su casa.

—Viste lo que es la necesidad, por lo menos en los hombres —me dijo con el tono muy serio.

Yo la quedé mirando muy extrañada, pero ella no se dio por aludida.

Elena fue un poco más positiva y considerada conmigo, si bien algo imaginativa. Según mi mejor amiga, lo que Bertrán quería conmigo era, según sus propias palabras, “confesar sus sentimientos más profundos”.

—Es obvio que está muy enamorado de ti —dijo con un largo suspiro.

—Seguro —le contesté yo con una sonora carcajada.

Sea como sea, en exactamente trece horas estaría cenando con el chico B, pero primero tendría que levantarme de la cama, bañarme, desayunar, ordenar mi mansión y darle clases a una jauría de chiquillos de entre siete y trece años. Recién después de eso marcharía hacia la cena con Bertrán. ¡Por suerte podría pasar por mi casa para un cambio de atuendo! Ese era el otro gran tema que ocupaba mis pensamientos. *¿Qué me iba a poner?* No algo muy formal ni algo muy elegante, tampoco ni muy casual ni muy serio. De falda nunca se debía ir a la primera cita (¿era esto acaso una cita?), y en alguna parte había escuchado (creo que en algún programa de televisión) que tampoco se debía concurrir con las piernas depiladas, así se evitaban movimientos de los que posteriormente, tal vez, nos arrepentiríamos. Igualmente el chico B nunca tendría por qué enterarse de que tuve tiempo de pasar por mi casa a cambiarme la ropa, así que lo podría simplemente dejar asumir que la ropa con la que me presentaba era la misma con la que iba a trabajar todos los días. Los hombres nunca se fijan en detalles y nunca se les iba a ocurrir que una no podía pasar doce

horas con zapatos de siete centímetros de tacón y con una chaqueta tan entallada que apenas permitía respirar.

Solucionado el problema del atuendo, me dispuse a levantarme y comenzar mi jornada, ataviada con ropa y zapatos deportivos, y con mi mochila sobrecargada de partituras.

* * *

Mientras me dirigía a *La Buvette* me di cuenta de que no habíamos vuelto a hablar desde hacia nueve días, ni siquiera para confirmar la cita. ¿Y si se había olvidado? ¿Y si estaba con otra? ¿Y si yo tenía que pagar la cuenta? Me puse realista por un momento y me dije a mí misma: “Somos gente grande y madura. Él me hubiese llamado para cancelar”. No muy convencida ni con mi propio discurso y dispuesta a darme la vuelta, decidí mirar por la ventana antes de tomar alguna decisión drástica. Nada más asomarme lo vi sentado en la mesa. Tras mirar el reloj y ver que era la hora exacta para hacer mi aparición (ocho horas y trece minutos), y mucho más tranquila, pero con un nudo en el estómago, me encaminé hacia él.

210

Nos saludamos y me acomodé frente a él. Nos formulamos las preguntas de rigor y me preguntó acerca del alemán. Llegó el mozo y elegimos el vino y el plato de entrada. Comenzamos a hablar de los últimos estrenos del cine y cada uno quería ver películas muy distintas. Luego ordenamos la cena y continuamos hablando de cosas generales como la situación económica del país y de Medio Oriente y el precio del petróleo, luego tocamos la cuestión de la migración a Europa y con esto el tema de la Unión Europea. Cuando estábamos a punto de empezar a discutir el tema de la constitución europea, llegó nuestra cena y con ella nos olvidamos de las problemáticas actuales del mundo. La verdad era que yo tenía mucha hambre, porque para que la camisa me permitiera respirar y no me ajustara tanto, decidí sobrevivir el día en base a frutas.

—Me imagino que te preguntarás porque te invité a cenar, *Reis* —me preguntó mientras yo empezaba a degustar mi bacalao a la vizcaína

—La verdad es que estuve tan ocupada esta semana que ni siquiera tuve tiempo de pensar en el porqué de la invitación —mentí descaradamente. Y encima agregué: —Estuve tan ocupada que ni siquiera tuve tiempo de pasar por mi casa a cambiarme de ropa —y acompañé mis palabras con un trágico gesto.

—Las razones por las que te invité a cenar son muy sencillas. La primera de ellas es que eres una persona muy agradable y me encanta tu conversación —me dijo mirándome a los ojos.

Eran muy lindas palabras pero hasta ahora ninguna pista nueva que contribuyera a develar el misterio.

—En realidad el motivo por el que te invité a cenar es que me gustaría saber tu opinión, es un aspecto de mi vida que me está preocupando mucho —me dijo seriamente y con la mirada baja.

—¡Adelante! —le dije yo, más intrigada que antes.

—La razón por lo que requería tu compañía esta noche, es porque, a pesar de que nos conocemos desde hace poco tiempo, valoro mucho tu opinión —y cerró su comentario con una tímida sonrisa.

Lo único que yo hice en respuesta fue tomar otro sorbo del excelente vino que habíamos elegido.

—Estoy pensado seriamente en casarme —me dijo, y se quedó mirándome muy serio.

La verdad es que eso me sorprendió mucho, porque hasta donde yo sabía el chico B no tenía siquiera novia. Tras unos segundos atiné a murmurar algunas palabras:

—Mis felicidades —le dije con una media sonrisa. Y a continuación la infaltable pregunta. —¿Quién es la afortunada novia? —y a ese punto ya estaba muy interesada en el asunto; para disimular un poco seguí tomando vino.

—Tú —me dijo y una chispa apareció en sus ojos.

Casi me ahogué con el vino. En seguida vino a mi cabeza lo que me había dicho Elena unos cuantos días antes, que según ella me había citado para “confesar sus sentimientos mas profundos”. La verdad era que no podía articular palabra ¿El chico B se quería casar conmigo? ¿El chico B estaba acaso enamorado de mí? ¿Cómo era eso posible? ¡Pero si él era *números* y yo era *música*!

—¿Estás borracho? —fue lo único que pude decirle.

—No —me dijo simplemente, y continuó mirándome.

—¿Entonces...? —le pregunté yo.

—¿Qué? —me dijo desfachatadamente

—¿Escuché bien? —dije inseguramente

—¿Que yo me quiero casar contigo? —me dijo desde detrás de una porción de su tortilla a la francesa

—Sí —le dije con la voz muy baja.

—¿Te quieres casar conmigo, Patricia? —me dijo apenas apoyó los cubiertos en la mesa.

—Pero... ¿por qué? —le dije un poco recobrada.

Su respuesta fue insólita: una sonora y amplia carcajada. Yo le quedé mirando sin entender algo.

—Estaba esperando esa pregunta —me dijo todavía riéndose.

—¿Por qué te quieres casar conmigo? —volví a preguntarle borrando de mi memoria su escandalosa carcajada.

—Porque necesito el pasaporte europeo —me dijo muy serio.

¡Con que era eso! No sabía si reír o llorar. Por un lado me sentía aliviada y por otro, desilusionada. Aunque ese mismo día había llegado a la conclusión de que Bertrán no me gustaba, en el fondo (o muy en la superficie) el chico B me resultaba atrayente en una manera algo peligrosa (signifique esto lo que signifique).

—Esto se parece a *Green Card* la película con *Andie MacDowell* y *Gérard Depardieu* —le dije por decir algo.

—Es exactamente lo mismo —me dijo fríamente.

—¿Por qué yo? —le dije ansiosamente.

Su respuesta nuevamente me desilusionó.

—Porque eres la única con pasaporte comunitario que conozco.

En eso me acordé de una de nuestras primeras conversaciones, donde le conté que mis abuelos paternos habían venido desde la ciudad de *Eupen*, al este de Bélgica y muy cerca de Alemania, hacía más de cien años, con un poco de dinero para invertir en el sector agrícola, y que por eso yo estudiaba alemán, tenía el pasaporte europeo (si bien todavía no lo había utilizado) y un apellido tan estrafalario como *Van Der Eycken*. En estos días, lo único belga que quedaba en mi familia era el apellido y el cromosoma Y de mi padre,

mi tío y mi hermano. La fortuna que alguna vez pudimos haber llegado a tener se había borrado cierto tiempo atrás, dado que mis bisabuelos habían tenido muchos hijos y éstos, a su vez, habían tenido una cuantiosa descendencia. Lo que pudo haber quedado de la herencia había desaparecido entre abogados y jugadores compulsivos.

Mientras yo recordaba esto, el chico B empezó a hablar y relató cómo era que se habían sucedido los hechos. Por medio de *Internet* se había enterado de una interesantísima propuesta laboral en el sur de Noruega, para trabajar, por dos años, como pasante en la construcción y mantenimiento de una gran red vial. Él cumplía con todos los requisitos: era hombre, de entre 28 y 35 años, con un título en ingeniería civil vial, no se encontraba trabajando como ingeniero en el momento, había nacido en Latinoamérica, y hablaba perfectamente el inglés. Ya había concursado y había quedado entre los tres elegidos para los tres distintos puestos en tres zonas distintas. El único requisito con el que no cumplía *todavía* (según sus propias palabras) era el de “ser latinoamericano con pasaporte europeo”. Le pregunté por el porqué de este requerimiento, y me dijo que si bien Noruega no formaba parte de la Unión Europea, sí formaba parte del *Acuerdo de Schengen*, firmado en 1995, que permite la libre circulación de personas en el espacio de la Unión, y que él, como ingeniero, precisaría moverse libremente por Europa. ¿No importa que se sea europeo por casamiento?, le pregunté con un poco de sarcasmo. No —me dijo rotundamente, y a continuación tomó otro sorbo de vino.

—¿Cuál es tu opinión? —me dijo disimulando su ansiedad.

—No te puedo dar una respuesta ahora —le dije tras un largo suspiro, porque ¿qué le podía decir? Es cierto que nunca había estado muy inclinada al casamiento, pero en el fondo, aunque yo misma no lo quisiera admitir, siempre había soñado con “el príncipe azul”. Si bien nunca había esperado una propuesta de rodillas, por lo menos había esperado que el que me propusiera casamiento fuera un novio o lo más parecido a este que hubiera en el momento (por supuesto que todo dependía de las circunstancias de la propuesta).

La mesa quedó en silencio, y en silencio terminamos la cena y en silencio ordenamos el postre. En ese preciso momento el ambiente se distendió un poco porque ambos ordenamos el mismo *Nachtsch: Sachertorte*. No pude evitar pensar que al fin teníamos algo en común más allá del alemán: ahora éramos *números, música y sachertorte*. Una triste sonrisa iluminó mi rostro.

Después de eso volvimos a hablar de las cosas intrascendentes de la vida: del trabajo, de la situación política del país, del clima y de porque siempre que uno prendía la televisión pasaban la misma mala película. En eso nos levantamos y nos dispusimos a marcharnos. Como ya era ancestral: el para arriba y yo para abajo. Bertrán no pudo evitar realizar un último intento.

—¿Qué me contestas a mi propuesta? —me dijo después de despedirnos.

—El jueves con el café te cuento —le dije, y me di media vuelta y me fui tan rápido como pude.

* * *

Llegué a casa y me tiré en la cama a mirar el techo.

Los hombres sólo buscamos sexo. Las palabras del chico B daban vueltas en mi cabeza. *Qué mentira* pensé para mí misma, dado que la palabra *sólo* estaba de más en esa oración. *¡Los hombres sólo buscan sexo y pasaporte europeo!* dije en voz alta. Me levanté y me apronté para dormir en compañía del *Fatboy Slim*. La verdad es que precisaba música con energía. *Natalie* no combinaba mucho con mi humor de ese momento.

¡Pero Bertrán es un atrevido! ¿Cómo se atreve a pedirme matrimonio por una razón como ésa? ¿Se estaba aprovechando de mí! Me puse a pensar en la cuestión, y enseguida me imaginé yo casándome con el Chico B. La verdad que era una imagen bastante graciosa. Él era tan alto y solemne en apariencia, tan parecido a mí. ¡Más que esposos íbamos a parecer primos! ¿Estaría su familia presente? ¿Sabrían que era un matrimonio por conveniencia? ¿No le harían problema en Noruega si se casaba en el último momento?

Según él no habría problemas, pero ¡nunca se sabe! ¿Sabría algo de él después de nuestra boda? Supongo que recibiría algunos de esos correos electrónicos que se mandan a todas las amistades que quedaron en el país del que se parte. “Por aquí todo bárbaro...” Seguramente empezaría con un encabezado parecido a este. No le había preguntado muy bien acerca de en qué consistía el trámite, pero por lo que había escuchado, no era muy fácil. ¿Por cuánto tiempo tendríamos que estar casados? ¿Y si yo quedaba embarazada de algún novio en ese tiempo? Legalmente iba a ser su hijo pero ¡yo no quería tener un hijo con Bertrán! Con esto último puse pies en la tierra, y me di cuenta de que nada de esto iba a pasar si yo no me casaba con él. Eso me trajo un gran alivio porque me di cuenta que no había nada decidido todavía, y pude por fin meterme en la cama e intentar dormir algo.

* * *

Habían pasado seis días.

215

Miré el reloj: marcaba las 7:25 de la noche. En cinco minutos empezaría la clase de alemán, y después de eso iríamos a tomar el café con Bertrán, donde le comunicaría mi decisión. No habíamos vuelto a hablar desde la noche de la cena. Estuve a punto de llamarlo algunas veces para preguntarle más datos, pero después me di cuenta de que si elegía casarme, no importaba que fuera por tres o cinco años, de todas formas iba a estar casada con alguien de quien no estaba enamorada.

Yo ya era grande: trabajaba, tenía mi propio dinero y mi propia casa, así que asumía que podría ser capaz de tomar una decisión como ésta. No había consultado el asunto con nadie, ni con mis amigas ni con mi hermano, que él, como hombre, me podría haber dado una mano para entrar en la *psiquis* del joven B. Elena había intentado conocer el motivo de la cita, pero yo le había dicho que era para compensarme por haberlo ayudado un poco con las clases de alemán.

Tras pensar mucho en el asunto, en los aspectos favorables y desfavorables de la propuesta, escuchar mucha música, ver varias

películas (desde *Roman Holidays*, pasando por supuesto por *Green Card* y hasta la más reciente *Down with Love*), y mirar televisión, finalmente la respuesta me llegó con la compra de varias novelas usadas, entre las que se destacaba un libro bastante manoseado llamado *El tonto de la Familia* escrito por Margaret Kennedy en 1930, si bien mi edición era muy posterior. Este libro era la segunda parte de otra obra escrita por la autora en 1924 llamada *La Ninfa Constante* donde se contaba la historia de la familia de músicos Sanger tras la muerte de Sanger padre. Yo ya había leído *La Ninfa Constante* unos cuantos años atrás y me había quedado un muy buen recuerdo, así que me dediqué a *El tonto de la Familia* con mucho entusiasmo, sin saber que en el mismo estaba la respuesta a mi situación. La novela cuenta la historia de dos de los hijos del viejo Sanger, *Caryl* y *Sebastián*, y de la chica de la que ambos se enamoran, la escocesa *Fenella*. La respuesta a mi problema estaba en *Fenella* y en la forma que ella decidió vivir su vida, al menos por cierto tiempo, que me sirvió de inspiración para definir mi propio modo de actuar.

216

En eso empezó la clase de *deutsch* y, como de costumbre, Bertrán llegó unos minutos tarde, me miró y me saludó con una sonrisa y yo le respondí de la misma manera. Así pasaron las dos horas de clase, y en el recreo se me quiso acercar, pero yo me las arreglé para estar siempre conversando con alguien así él no tenía oportunidad de charlar conmigo antes de la hora del café.

Cuando terminó la clase nos miramos y sin ninguna indicación nos dirigimos a “nuestra” cafetería de la esquina del instituto, hablando de la prueba que nos habían fijado para dentro de dos semanas.

Nos sentamos en la mesa de costumbre y ordenamos los cafés. Después de que la moza los depositó en la mesa, empezamos a hablar del tema.

—¿Has llegado a alguna resolución con respecto a nuestro negocio? —me dijo tras unos momentos de silencio, su voz era muy suave pero se lo sentía tenso.

—Sí —le dije, y me quedé en silencio, disgustada por la utilización del término *negocio* en la frase.

—¿Y...? —me dijo.

¡Qué mala soy! me decía a mí misma ¡Cómo lo hago esperar! Contenta con esos segundos de demora me dispuse a contarle mi resolución.

—Tras mucho pensar y reflexionar sobre este *negocio* —le dije utilizando sus mismos términos —decidí aceptar tu propuesta.

Al instante un gran alivio se vio reflejado en el rostro del chico B. Seguramente había pensado que la gran oportunidad de su vida se le había ido por la borda. En ese preciso momento se levantó y me dio un beso en la mejilla y me abrazó. Realmente se lo veía muy contento.

—Te lo agradezco de todo corazón —me dijo y por supuesto que yo le creí, porque realmente estaba siendo muy sincero. Si supieras lo que sufrí estos seis días. Estaba seguro de que ibas a decir que no, porque lo tengo que reconocer, la mía fue una propuesta de lo más atrevida, porque apenas nos conocíamos. ¡Viva Bélgica! —dijo en voz muy alta y levantó su café en el intento de hacer un brindis.

—En cuanto a los trámites para el casamiento —me dijo— el lunes podemos ir hasta el registro civil en la Ciudad Vieja, así nos casamos cuanto antes.

—OK —le dije.

—En cuanto a los testigos —siguió muy entusiasmado— yo puedo pedirle a mi amigo Joaquín y tú a alguna amiga tuya.

Y enseguida vino a mi cabeza la imagen de Elena firmado muy sonriente el libro en el Registro Civil.

—OK —le dije.

—El contrato es para empezar a trabajar el 1° de enero del año que viene, así que tenemos un poco más de seis meses para realizar todos los trámites.

—OK —le dije.

—En cuanto al tiempo que debemos estar casados, creo que el mínimo es tres años —me dijo— pero no estoy muy seguro —me dijo con un poco menos de entusiasmo y se mantuvo en silencio por unos segundos.

Aproveché esos segundos para hablar del tema que a mí me concernía.

—Yo acepté casarme contigo pero con una condición —le dije y su rostro mostró un alto grado de perplejidad.

—¿Una condición? —me preguntó y creo que ya se estaba imaginando nuevamente a su gran sueño tirado por la borda.

—Sí —le dije nuevamente haciéndome la interesante.

—¿Cuál es? —me pregunto muy ansioso.

—Voy contigo a Noruega —le dije tranquilamente.

La mesa quedó en silencio. Se lo veía muy desconcertado, y pálido, y yo no me podía aguantar la risa. La verdad es que lo había tomado muy de sorpresa con mi requisito.

Tras unos segundos me preguntó:

—¿Por qué quieres ir a Noruega conmigo? —me dijo ya con el aspecto de chico B de siempre.

—Quiero ir a Noruega contigo o sin ti —le dije— y ya que vamos a ser esposo y esposa, me parece muy adecuado ir juntos, y aprovechar todos los privilegios que vas a tener. Es lo menos que puedo pedir por casarme con alguien que fue tan atrevido de pedirme matrimonio sólo por su interés personal, sin tener ningún tipo de consideración para con mi persona —y yo ya me había enojado un poco.

—Me parece justo —dijo y agregó a continuación— ¿Y qué pasa con tu trabajo?

—Clases de violín puedo dar aquí en Uruguay, en Noruega o en Rusia, eso no es problema.

—¿Y tu familia qué dirá?

—Estarán encantados de visitarnos.

—¡Pero son dos años!

—Dos años pasan muy rápido —le dije y se quedó sin palabras nuevamente.

—¿Por qué? —insistió nuevamente Bertrán.

En eso me acordé de las palabras de *Fenella* en *El Tonto de la Familia*. Sus palabras eran *Vivir Peligrosamente*. Yo sabía que ir a Noruega como la esposa de un ingeniero no tenía nada de peligroso, pero comparado a la monotonía de mi vida cotidiana, ir a

dar clases, a estudiar alemán, a salir con mi amigas un fin de semana sí y uno no, a compartir la cena de los domingos con mis padres, e ir al fútbol con mi hermano, ir a vivir a Noruega sería toda una aventura. Además si tomaba en consideración que el chico B iba a salir de mi vida, todavía más aburridos se volverían mis días. En Noruega podría conocer muchos lugares, mucha gente y hasta ¡podría ir a Bélgica y buscar los Van de Eycken que hubieran quedado por ahí! La verdad era que la perspectiva era de lo más apasionante. Por una posibilidad como esta ¡me casaba hasta con mi viejo profesor de violín! ¡Las mujeres buscamos *romance* y *aventura*! No sé si todas, pero al menos sí era mi caso.

—¿Por qué quiero ir a Noruega contigo? ¡Porque me gusta *vivir peligrosamente*! —le dije y propuse un nuevo brindis con mi taza de café.

Orquídea

Andrés F. Wassington

Argentina

Han pasado ya varios años desde que ocurrió el episodio que me dispongo a relatar y hoy puedo decir que su recuerdo me atormenta. Aquel fue un tiempo extraño en que me dejé arrastrar por el olor penetrante de la seducción, sólo para caer luego en esta condena en la que resido. No vaya a creer el lector (si es que alguna vez existe un lector) que estoy cómodo en este aislamiento que me impongo a mí mismo, la verdad es que soy desgraciado. Sin embargo, me condeno, porque es la única forma que encuentro para sobrevivir (si es que puedo llamar vida a esta muerte). Recluido en mi cuarto, infeliz hasta los huesos, recuerdo vagamente lo ocurrido durante esa época. Aquello funcionó como una advertencia. Advertencia que se me aparece cada vez que miro por la ventana y veo pasar por la calle personas, más de una, juntas. Veo que se hablan, que se acercan peligrosamente el uno hacia el otro, y veo que no ven lo que yo veo: se perforarán, perderán sangre a borbotones. No estoy loco, tal vez sea un visionario. Sólo intento escaparme de ese destino perturbador para caer en otro más seguro, un poco agrio pero sigo vivo.

223

Pasé toda mi vida, desde sus principios, en este barrio residencial en el que cada casona es un ataúd gigantesco. Soy el único hijo de una familia de clase pudiente y tuve, durante mi infancia, todo lo que un niño puede pedir de sus padres. Recibí todo como lo recibe un rey de sus súbditos. Recibí tanto que ya no se quién fue el rey, si yo al recibir todo aquello, o ellos al mantenerme indefenso, dependiente y subyugado. Sin embargo no creo que exista relación entre mi infancia y el espeluznante episodio en el que me vi embebido durante la pubertad. No tengo razón para escribir demasiado sobre los primeros años de mi vida, esa es una época oscura, sobre la que no recuerdo nada más que los cuidados de mis padres. No sé cómo, ni por qué, llegué a mi pubertad poseyendo una vitalidad esperanzadora que no tardó en traducirse en terquedad y obstinación. Rondaba los catorce años, no puedo precisar exactamente mi edad. Sin embargo lo sucedido quedó impreso en mi memoria con una claridad tan intensa, que supera en mucho a la realidad como me es conocida cotidianamente. Recuerdo que por esa época mis padres eran muy unidos. Yo me

pasaba las horas sorprendido ante mis fantasías, jugando conmigo. Consumía mis excedidas energías corriendo por los amplios pasillos vacíos del caserón, peleando con seres invisibles, penetrando y despedazando sus cuerpos con mi espada imaginada. Creo que así, inocentemente, comenzó eso.

224 Mi cuarto estaba situado en la planta alta. Desde ahí, podía yo observar la calle por uno de sus ventanales, y por el otro, el terreno vecino, habitado por ese viejo. Ni siquiera la cordialidad del extravagante saludo insípido lo relacionaba con mi familia. Sin embargo, el singularísimo carácter del anciano me inspiraba gran curiosidad. Se pasaba largas horas en el patio, sentado en su mecedora con la mirada extraviada, de tal forma que parecía no tener registro alguno de lo que pasaba alrededor, parecía estar absorbido en sus propias tripas. Las veces que lo observé con asco, intenté en vano encontrar el menor indicio de movimiento en su fisonomía, algo que me llevara a convencerme de que seguía con vida. Su inamovible quietud teñía de misterio todos mis pensamientos acerca de sus pensamientos, me parecía que el viejo nunca se había movido de aquel sitio y que sin embargo realizaba un vertiginoso examen de sus propias entrañas. En efecto, si intento recordar, no puedo traer a mi mente ninguna escena, anterior a los acontecimientos que relato, en la que el viejo no se encontrara reclinado en la mecedora, inmóvil y con la mirada perdida como la de un idiota. Invierno y verano, día y noche, sol y lluvia, el anciano jamás abandonaba su retraimiento. Con sólo acercarme a la ventana del cuarto, me enfrentaba a la desoladora imagen del viejo y su jardín de pastizales altísimos, plantas espinosas, charcos embarrados y flores marchitas. Todo en aquel espacio daba la impresión de estar impregnado por una atmósfera de podredumbre y profunda corrupción. Sin embargo, a pesar del nauseabundo terror que me inspiraba todo aquello, siempre me sentía atraído, por alguna especie de curiosidad morbosa, a mirar la quietud asfixiante del jardín. Cada noche, antes de acostarme, espía al viejo e instantáneamente un escalofrío me recorría el cuerpo. Luego corría las cortinas de la ventana como si éstas fueran a protegerme del recuerdo de esas imágenes. Pero era en vano, el recuerdo se

confundía inevitablemente con mis fantasías alimentando grotescas pesadillas.

Recuerdo un sueño que se repitió reiteradamente durante aquella época: yo y el viejo éramos la misma persona sentada en el jardín, inmóviles. De pronto una extraña sensación nos recorría el cuerpo entero. Una sensación similar al cosquilleo pero más babosa y penetrante. Entonces, confundidos e intentando mirar a través de las legañas, volvíamos a la vigilia. El cosquilleo se hacía más intenso a medida que volvíamos a la conciencia y al ver nuestro único cuerpo, descubríamos que estábamos habitados por infinidad de pequeños gusanos blancos que se alimentaban cavando millones de cavernas en nuestra carne. Nos habíamos transformado en un muerto viviente. Se había acabado la soledad y ahora convivíamos con una enorme comunidad de parásitos pálidos.

Fue una de esas noches en que mis fantasías me aterraban, al espiar obstinadamente por la ventana de mi cuarto, que vi aquella flor entre los tallos espinosos y enmarañados que cubrían el terreno de mi vecino. Jamás la había visto antes, simplemente apareció entre la podredumbre como el fantasma de una mujer. Creo que se trataba de una orquídea, pero no se parecía al resto de las orquídeas. Tal vez no fuera una orquídea. Lo cierto es que aquella flor se mostraba de tal forma, que la fascinación se adueñó de mí al mirar sus pétalos carnosos, blandos, teñidos de aquel negro en el que visten los cuervos e inyectado de sanguinolentas manchas rojas. El viejo seguía duro y ausente, no sé si dormía, pero estaba sumido en su monótono estupor. Me pareció evidente que no había notado la variación en el paisaje que se extendía frente a sus ojos inútiles. De pronto preparé la situación perfecta en esa triangularidad de la que yo podía formar parte. Un abrumador impulso me recorrió la piel y ya no pensé en lo que hacía. Un deseo muy parecido al miedo se apoderaba de mi cuerpo. No tardé en descubrir cómo el demonio de la excitación exaltaba mis sentidos y estancaba las palabras de mi pensamiento. Entonces abrí la ventana. Afuera el aire estaba estancado, el ambiente me asfixiaba y un penetrante olor húmedo impregnó la habitación. Creo que nunca se

hubiese enquistado tan profundamente aquel deseo sin la existencia de cualquiera de los imprescindibles elementos que constituían la escena. El viejo sumido en su insoportable lejanía, ajeno a su propiedad. La flor llamándome con los pétalos abiertos. Yo extranjero a toda la situación, y a la vez el único nexo posible entre las dos figuras inmóviles y separadas del mismo cuadro.

Mi primer movimiento se desató en estas circunstancias. El corazón me latía muy fuerte y me temblaba el cuerpo, estaba a punto de adentrarme en aquel triángulo con el cuerpo. Y luego el movimiento lo hizo todo por mí, me descolgué desde la ventana del cuarto por la enredadera que cubría la pared de la casa y hasta el suelo. Estaba cerca, la planta de los pies descalzos sobre la tierra húmeda custodiada por mi peculiar vecino. El olor era ahora más denso y la flor aparecía teñida con intensidad. Recuerdo que caminé vacilante entre los pastos que me cubrían hasta la cintura hacia esa flor. Temí que el viejo me estuviese mirando, y me torcí para verlo tieso en su sillón con los ojos vacíos clavados en mí. No pude saber si me miraba pero inevitablemente se paralizaron mis extremidades. Debieron pasar unos cuantos segundos en los que nos mantuvimos los tres inmóviles, insatisfechos, en perfecto desequilibrio. Luego la mano huesuda y gris del anciano se movió temblando y errática para tomar su bastón. Aquel movimiento me pareció tan artificial y tan imposible como el de una estatua antiquísima. Después aquel cuerpo delgado y rígido se levantó apoyándose trabajosamente en el bastón y todo parecía quebrarse. Dificultosamente, dio un paso grotesco hacia mí y yo corrí desesperado. Los tallos de aquellas plantas se enredaron en mis piernas como una multitud de manos ávidas de mí. Tropecé a cada movimiento, y haciendo ese esfuerzo desesperado me arrastre hacia algún lugar fuera del triángulo. Llegué hasta la pared antes de que me abandonasen las fuerzas y trepé por la enredadera. Llegué arriba temblando, transpirando, agitado, no sé cómo ni con qué me había cortado un profundo tajo en la muñeca del que emanaba abundante sangre espesa y opaca. Miré hacia abajo y el viejo apenas había avanzado uno o dos pasos. Se movía con tremenda lentitud hacia la flor. Tal vez pasaron varias horas hasta que el viejo y la flor se encontraron. A mi parecer el

tiempo transcurrido fue demasiado corto y no pude despegar la mirada de ninguno de sus movimientos. Después el viejo se detuvo frente a la flor y habló. Desde mi cuarto, a salvo pero solo, vi como el viejo movía los labios, escuché un murmullo lánguido, ininteligible. El tiempo continuaba transcurriendo a una velocidad vertiginosa. Miré al viejo y vi que el apetito comenzaba a nacer desde adentro de sus ojos vidriosos dibujándole una extraña mueca en el rostro. Miré la flor y sentí terror al descubrirla al borde de un incipiente movimiento. Vegetación lujurante. El tallo y todas sus carnosas ramas, quietos hacía un momento, se orientaban ahora hacia el cuerpo de aquel anciano apenas vivo. En aquel preciso momento el tajo abierto en mi muñeca comenzó a arder. Atormetado, cerré la ventana y corrí las cortinas. Traté de no volver a pensar, me acosté, tapé mi cabeza con las sábanas e intenté dormir. No sé si dormí, di vueltas en mi cama, el miedo y el ardor en la muñeca nunca desaparecían. La noche parecía nunca avanzar y el constante murmullo del viejo me erizaba la piel. Cada vez más intenso y jadeante, absolutamente incomprensible y desordenado. De a poco la voz se transformó en una suerte de aullido continuado, y éste se fue ahogando hasta dejar lugar al silencio. No aguanté la curiosidad, me levanté de la cama y descorrí abruptamente las cortinas. Entre el pasto húmedo vi el símbolo que nunca me abandonaría.

La flor, rebosante y rechoncha, ha extendido sus ramificaciones como gusanos con bocas hambrientas. Las múltiples extremidades carnosas penetran la piel gris del anciano y succionan la escasa sangre que queda en sus venas. La flor se sonríe y el anciano está quieto, tan quieto como antes.

No soporté el espanto y volví a cerrar las cortinas, pero fue en vano porque aquella imagen ya se había impregnado en mí. Creo que lloré y después el sueño se apoderó lentamente de mí. Ya no había razón para estar despierto.

Han pasado muchos años desde aquella noche. Mis padres ya están muertos y yo sigo adentro de la casa. En este gran ataúd estoy a salvo de todas las manos. Sin embargo, a veces, cuando recorro el recuerdo de aquel símbolo y me detengo en todos sus detalles,

encuentro una cuestión que no llego a comprender del todo. Recuerdo al viejo penetrado y absorbido por los tallos y me detengo en su rostro. Un rostro atravesado por aquella sonrisa apacible, un rostro suavemente satisfecho. Esas veces se me antoja pensar cosas estúpidas, entonces me pregunto si aquella noche no habrá sido toda la vida del viejo. Y me digo cosas estúpidas sin escucharme: “la vida es para morirla”. Por lo pronto, sigo quieto.

Solo hasta el dolor

Victor Wessex

Uruguay

Según mis cálculos faltaba media hora para que la pareja de desvergonzados saliera del cine, donde seguramente disfrutaban de una estúpida comedia romanti-comercial insufrible, y mientras me preguntaba cómo tanta gente podía sentirse cómoda y a gusto en el asiento de la sala mirando esa pantalla enorme y desperdiciada en una película tan liviana y seguramente tediosa y repetitiva, daba vueltas por las calles aledañas al cine, buscando un Fiat azul. Era una fría y poco oscura noche de viernes; el viento soplaba inflexible del suroeste y yo me sentía libre aunque no lo estaba.

Encontré el auto, finalmente, a unas dos cuadras del cine, en una calle tranquila y prácticamente libre de peatones. El vehículo parecía dormido y, según mi experiencia previa, no tenía alarma. Me paré en el cordón de la vereda y, mirando otra vez hacia los costados para cerciorarme de que no viniera nadie, saqué el viejo destornillador del bolsillo interno de mi saco y comencé a raspar la pintura azul, trazando rayas y líneas crueles. Por un momento consideré la idea de pincharle los neumáticos, como el mes pasado, pero renuncié por considerarla poco original. Terminé apresuradamente, acechado por el miedo a ser descubierto en mi grosero acto de vandalismo no tan juvenil y decididamente inmaduro. Miré el destornillador como a un fiel cómplice y lo guardé otra vez. Tan nervioso estaba que no me di cuenta de que ahora estaba parado, o mejor dicho hundido, en un horrendo charco lleno de hojas de árboles.

Abandoné la escena del crimen con pasos disimulados y mirando hacia atrás de vez en cuando, para admirar como lucía mi nueva obra de arte a distintas distancias. La sonrisa fue esbozándose lenta e inevitablemente en mi cara, a la vez que el temor y los nervios desaparecían, vencidos otra vez por la breve sensación de sofocada sed de venganza. Una vez llegado a la esquina, me escondí triunfalmente detrás de un árbol, a esperar a que llegara la pareja feliz.

Allí pasé unos tranquilos minutos recostado en el árbol, fumando un cigarrillo, mirando las estrellas sin prestar mucha atención y esperando con mesurada expectativa. Alguien de aspecto peligroso se me acercó súbitamente a pedirme unas monedas:

—Borrarte —le dije, con voz grave, mientras miraba el auto, y no volví a sentir su voz.

Afortunadamente no pasó nadie más a mi lado, y me vi liberado de simular estar haciendo algo más decente de lo que realmente hacía. Esto me hizo recordar lo que me pasó otra noche similar a ésta, hacía ya un par de meses. Aquella noche tuve la desventura de ser interceptado por una patrulla policial que pasaba por donde yo casualmente me encontraba. Tras ordenarme que apoyara las manos sobre la pared, abrí la boca sin que nadie me lo pidiera:

—¿De qué se me acusa? ¡Fraude a las expectativas sociales! ¿No? —La respuesta fue una noche en la comisaría. Aunque quizá haya influido, para agravar la situación, lo que encontraron en mi bolsillo. Pero estos pensamientos se vieron interrumpidos cuando sentí voces y miré otra vez hacia el auto.

232 Mi corazón empezó a palpitar expectante y alegre al verlo a “él” con las manos apoyadas desconsoladamente sobre su cabeza, mirando incrédulo la superficie rayada de su auto. Y ella, que lo miraba compasivamente, como diciendo “otra vez...”. ¡Sí! Mi objetivo estaba cumplido, y ahogando una carcajada me alejé por la calle perpendicular, dando, ahora sí, rienda suelta a mis risas crueles (que son tan placenteras como los malos de los dibujos animados siempre nos dijeron y nunca los escuchamos) y saltando de alegría como un cuerdo suelto. Exageradamente jovial, paré en un teléfono público y llamé imaginariamente a un taller de autos y, ¡ay!, lástima que no había nadie a mi lado para apreciar mi poco fino sentido del humor... pero me deshice de este último pensamiento antes de que fuera demasiado tarde, profiriendo un terrible grito de triunfo.

Todavía seguía riendo cuando abrí la puerta de la pizzería. Divisé a Verónica y me senté en su mesa, sorprendido de no sentirme disgustado al verla. Esto era debido a que hoy, a diferencia de otros días, no me molestaba contestar sus irritantes y bienintencionadas preguntas, al estilo de “¿cómo andás? ¿qué es de tu vida?” o “¿qué has hecho esta semana?”. Esta vez, por alguna razón que no logro discernir, no escuchaba el imperativo llamado

de la conciencia a ser sincero, y eso me hacía sentir extraordinariamente cómodo e incluido en la raza humana.

Ella, por su parte, no compartía en lo más mínimo mi buen humor, sino que más bien se encontraba en actitud ensimismada y taciturna, cuando no incomprensiblemente ofendida; pero yo no había llegado tarde con respecto a la hora convenida, y la verdad es que en ese momento no me preocupaba en absoluto lo que ella pensara, sintiera o supiera.

—Hola —dije sonriente.

—Hola —dijo ella, simulando frialdad.

—¿Vas a comer algo?

—No.

—Llamé al mozo y le pedí un chivito para dos y una cerveza.

—¿De dónde venís? —preguntó Verónica seriamente.

—Del cine —respondí, sin mentir.

—¿Y qué viste?

—¿Quién dijo que vi algo? —contesté hilarante. Grave error.

—Me miró por primera vez en la noche y pude ver sus hermosos (pero no tanto...) ojos verdes. Esperé a que le dijera que mentía, pero una vez que se dio por vencida apartó de mi rostro su mirada y la dirigió a la ventana con un gesto que no logré descifrar objetivamente. Cualquiera otro día lo hubiera calificado arbitrariamente de compasivo, pero hoy no tenía ganas de sentir lástima por mi persona, ni de que nadie lo hiciera en mi lugar, porque no la merecía. Luego dio un respiro, de forma grave y profunda, como preparándose para darme un poco piadoso sermón, que seguro pensó que yo iba a tolerar fácilmente. La muy ilusa.

—¿Y vos, de dónde venís? —pregunté, intentando cambiar de tema de manera poco sutil y disimulada. Ella contestó algo que no escuché, ya que realmente no me importaba. Transcurrieron unos minutos más en los que la conversación tomó un predecible rumbo de intrascendencia, a raíz de mi indiferencia al respecto y su hermetismo, que en cualquier momento iba a terminar de forma poco feliz, seguramente.

Verónica me hizo la temida pregunta en el momento exacto en que el mozo aterrizaba solemnemente el monstruoso chivito en la mesa.

—La estás siguiendo ¿no?

—¿Me lo voy a comer yo a él, o él a mí? —dije señalando el chivito

—¿Escuchaste lo que te pregunté? —preguntó Verónica, pacientemente

—No —mentí.

—La estás siguiendo, a ella ¿no?

—¿A quién? —pregunté, falsa e inconvincentemente sorprendido, y ella lo tomó como un “sí”. Empecé a comer rápida y ruidosamente, sólo para molestarla, o tal vez como forma de restarle importancia al asunto.

—¿Segura que no querés? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Pero ella ya no me miraba, sino que miraba por la ventana; creo que porque no se animaba, o le daba asco. Pero enseñada comenzó a mirarme con tranquila compasión, lo cual me molestó realmente.

—Tenés que darte cuenta... —empezó y la interrumpí.

—¡Ja! No...—supliqué en vano.

—...que lo tuyo no es real —dijo gravemente. La reacción que despertó en mí esta intromisión en mi vida privada, me sorprendió inclusive a mí mismo. Aproveché para soltarle a ella la conversación imaginaria que había tenido con quién sabe quién durante las últimas semanas (¿cómo saber cuántas?).

—¿Y qué es real? ¿Estar con alguien que no te interesa sólo por no estar solo? ¡Eso es miedo, una forma de vida absolutamente patética y...! —buscaba las palabras, mientras ella suspiraba, pero no llegaban a mí con claridad, la idea aparecía como demasiado obvia a mis ojos— ...la gente cree que ya no hay matrimonios arreglados, ¡pero sí los hay! ¡Los arregla la sociedad! A la mayoría de la gente le da lo mismo, y yo no quiero ser como ellos... —dije casi avergonzado, ya que lo dicho era absurdo y no expresaba lo que yo pensaba. Ella sabía que había ganado terreno tras mis incoherentes palabras, y continuó:

—¡Ni siquiera sabés cómo se llama! ¡Ella no sabe quien sos!

—Eso es precisamente lo que lo hace real... no necesité pasarme seis meses al lado de ella para darme cuenta... y además...

¡su novio es un imbécil! —dije y me rendí ante lo infantil de mis palabras.

—Tampoco a él lo conoces.

—Se pueden averiguar muchas cosas de una persona sólo con ver su corte de pelo, o cómo se viste, o con quien anda, como dice el dicho —contesté, con la batalla ya perdida. No era contra ella, sino contra la realidad o lo que todos creen que eso significa. Verónica, por su parte, no estaba dispuesta a reñir conmigo por este tema. Pero yo sí. Y es más, era la única manera de escapar del lugar en el que me tenía acorralado, que se presentaba ante mí como un abismo oscuro y hostil.

—Tenés que admitir que tenés un problema, no es...

—¿Alguna vez te dije que estabas gorda? —contraataqué— ¿o qué feo tenés el pelo?

—No —admitió confusa.

—¿Entonces por qué tengo que soportar todo lo que decís sin sentirme ofendido? —dije, acordándome de mi vieja teoría según la cuál, en una discusión, es preferible hacer preguntas que dar respuestas, si la intención es salir victorioso.

—Soy tu amiga —respondió ella.

—Eras... —corregí, sin saber realmente si lo decía en serio o no. Esforzándome por adoptar una expresión ofendida, me levanté de mi silla y me dispuse a irme, luego de luchar por un intervalo de casi treinta segundos con mi saco, que estaba tercamente enganchado en la silla (un botón casi suelto era el culpable), lo cual convirtió la escena en algo más penoso y patético de lo que ya era. De esta manera solucionaba, por otra parte, el problema de la cuenta a pagar, ya que esa noche yo había salido sin mi billetera.

La discusión había sido corta, pero lamentablemente no fui inmune a su contenido. Empecé a caminar sin rumbo cierto, sumergido en mis pensamientos. Volví a pensar en “ella”, y la imaginé riendo en algún rincón del mundo, en cámara lenta y junto a él, mientras mis días pasan como autos en una avenida. Hablan de todos los temas del mundo, menos de mí. Me sentí harto de seguirlos todos los días esperando una pelea salvadora que nunca llega y si llega, ¿qué? Harto de sentir asco, rabia, desaliento y confusión cada

vez que los veo abrazarse. Harto de que sea todo para ellos. Porque si yo no la hubiera idealizado, ella no sería nada para mí, pero ¿la hubiera idealizado si ella no fuera nada?

Consideré la posibilidad de caer en un bar a ahogar penas con el alcohol, pero recapacité tras visualizar esa posibilidad. Primero que nada, la imagen de estar sentado y encorvado en la barra de ese antro para perdedores, pocos de ellos anónimos, con cara de “no me gusta”, me pareció muy patética y trillada. En segundo lugar, no creo en el mito de que el alcohol ahoga penas sino que, al menos en mi caso, apacigua su sed. Por último me imaginé una conversación con un viejo barbudo que seguramente me esperaba para darme la bienvenida al mundo de los creídos olvidados:

—¡Yo no soy como usted! —decía yo— yo no soy un viejo frustrado, perdedor, ignorante, trasnochado, y probablemente pedófilo...

—Es verdad —decía el viejo, con un aliento etílico que le daba concluyentemente la razón— vos sos joven... —y en ese momento se oía una risa ahogada en la otra punta del bar, mientras el cantinero miraba un partido de fútbol en diferido, en una televisión blanco y negro.

No, ése no sería mi destino, al menos esta noche. Ahora estaba ocupado pensando en las miles de respuestas que podía haberle dado a Verónica, que invariablemente se le ocurren a uno después de terminado el asunto, como ya es sabido. Pero una en particular ocupaba mi mente más que otras. “La conozco lo suficiente”, o como dijo Dostoievski, “la conozco hasta el dolor”.

A una cuadra ya de llegar a mi casa, pasé por una parada de ómnibus en la cual, con una sonrisa jovial y divertida, me esperaba mi amada. Era un cartel, una foto, una publicidad o propaganda, pero ahí estaba, inmóvil y a la vista de todos. El producto es un perfume y el objetivo de los de *marketing* es sin duda un segmento juvenil del mercado. Me detuve, deslumbrado como siempre, a mirarle los ojos... azules como nada... y me agaché lenta y tristemente a tomar un pedazo de baldosa suelta, el cual arrojé con furia a la jocosa dama. Con tanta fuerza lo lancé que caí al piso pesadamente, quedando de espaldas a la parada de ómnibus, pero escuché

el ruido de vidrios rotos y pensé que había acertado, cuando recordé que lo que cubre estos avisos es plástico... no vidrio. Me di vuelta y vi con terror que éste seguía intacto, pero le había dado al vidrio de un auto, el cual le avisaba a todo el mundo lo sucedido. Me levanté y corrí disimulada y silenciosamente a mi casa, olvidando por el momento las consideraciones sentimentales, espirituales y filosóficas, mientras mi chica seguía riéndose de mí en la parada y quizás también en algún lugar de la ciudad.

Índice

Preliminar	7
Prólogo	9
Veredicto	15
Iguanas rojas. Gabriela Arévalo Angulo (Bolivia)	19
Una larga fila de hombres. Rodrigo Blanco Calderón (Venezuela)	27
Un rencor vivo. Blas Enrique Brítez Santacruz (Paraguay)	43
Piantados. Bruno Cancio (Uruguay)	57

Tranvía.	
Luis Chacón Ortiz (Costa Rica)	65
Souvenires de Guyana.	
Ezequiel D'León Masís (Nicaragua)	73
La delgadez perfecta.	
Paola Esteban Castrillón (Colombia)	81
Camila Rochet.	
Ignacio Fritz (Chile)	87
El sueño de todos.	
Carlos Gómez (Venezuela)	105
Los tatuajes de Ernesto.	
Ulises Juárez Polanco (Nicaragua)	115
La calle, allá abajo.	
Alma Lilia Luna Castillo (México)	123
Cerdo.	
Daniela Maestres (Venezuela)	129
El periódico.	
Lester Ojeda Nieves (Puerto Rico)	137
Gansos.	
Juan Pablo Roncone (Chile)	149
Kafka y Brod.	
Rodrigo Sepúlveda Stephens (Chile)	165
Actor.	
Claudia Ulloa Donoso (Perú)	179

Carta de papá.	
Alejandro Javier Varela Suárez (Uruguay)	191
Café.	
Eglé Vera (Uruguay)	203
Orquídea.	
Andrés Federico Wassington (Argentina)	221
Solo hasta el dolor.	
Victor Wessex (Uruguay)	229

Se terminó de imprimir en
los talleres de **Corpográfica**
en **OCTUBRE DE 2006**,
con caracteres *Sabon y Finnegan*
CARACAS, VENEZUELA.

